5288

Hamlet

MacPherson

1

HÁMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MAC-PHERSON

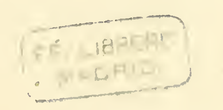
SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

HÁMLET,

PRÍNCIPE DE DINAMARCA.



HÁMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MAC-PHERSON

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

1879

PRÓLOGO.

Hámlet, si no la mejor y más acabada obra de Shakespeare, es sin duda alguna la que goza de más fama, y la produccion más original de su maravilloso ingenio.

Nadie como este profundo analizador de los sentimientos humanos ha descrito con tanta verdad los encontrados afectos que agitan el corazon, ni nadie mejor que él ha medido la fuerza y el temple de los ocultos resortes que impulsan la vida moral.

El amor, los celos, la ambicion, la avaricia y las demás pasiones que ofuscan la inteligencia, han quedado magistralmente reflejadas en sus diversas creaciones, y sus soñados personajes tienen carac-

téres tan peculiares que se fijan en la mente, cual si tuvieran la vida y la realidad de los retratos de Velazquez. En Hámlet, sin embargo, el insigne autor penetra aún más acaso de lo que acostumbra en las profundidades del sentimiento, y descubre en las tinieblas de esë hondo abismo inesperados gérmenes de accion. En el desgraciado príncipe de Dinamarca contemplamos carácter tan aparentemente anómalo y extravagante, pero á la par tan perfectamente definido y tan completamente lógico en su manera especial de ser, que, por más que á veces nos confundimos con su casi constantemente imprevista conducta, jamás dejamos de reconocer que, á pesar de sus extravagancias, es fidelísimo trasunto de la naturaleza; y la línea de conducta que Shakespeare le traza, la que necesariamente resulta de las diversas y encontradas fuerzas que lo solicitan.

Volúmenes enteros se han escrito acerca de esta notabilísima produccion y acerca del extraordinario carácter de Hámlet, debatiéndose y comentándose cada frase, y áun cada palabra, una y mil veces, sin que por eso parezca haberse saciado la crítica ni agotado el análisis. Cada dïa ocurre algo nuevo que decir sobre este verdadero koh-i-noor literario, que quizás aún por luengos siglos seguirá

cautivando la atencion de todos los que comprenden el valor inmenso de esas excepcionales joyas que entraña el génio, y que son adorno y prez de la inteligencia humana.

Seguramente no es la perfeccion artística de lä obra, ni acaso el interés dramático que encierra, la razon principal de habérsele concedido tamaña importancia en el mundo de las letras. El motivo yace principalmente en el profundísimo interés que el extraño carácter del héroe nos inspira, y en la constante admiracion que nos causa la maestrïa sin par con que se patentizan sus excepcionales cualidades, sin que tengamos por eso que hacer el siempre penoso esfuerzo de apartarnos, aunque sëa un punto, de la esfera de la realidad.

Hámlet es el pensador profundo, el culto filósofo, el hombre de gran talento y de esmerada educacion, en una palabra, cuyos sentimientos han sido brusca y hondamente perturbados por violentísimas conmociones.

Divisaba ya los albores que presagiaban el potente sol que en el siglo de Shakespeare pugnaba por disipar las densas tinieblas de la Edad-media. Sabïa que la tierra no era centro del universo; que el sol no giraba á su alrededor; que los planetas no tenïan luz propia, como dice en su preciosa

cuarteta á Ofelia; y, estudiante en la Universidad de Wittenberg, y amante del estudio como lo prueba su deseo de volver al colegio cumplidos ya los treinta años, las nuevas idëas, rompiendo antiguos valladares, lo conducïan naturalmente al campo del escepticismo, haciéndole exclamar á veces que HAY MÁS EN LA TIERRA Y EN EL CIELO DE LO QUE LA FILOSOFÏA SUEÑA, y otras que NADA ES NI BUENO NI MALO SI DAMOS EN PENSAR EN ELLO.

Al conocer el crímen cometido por su tïo Claudio y la fragilidad de su madre, tan profundo es su desaliento, y á través de tan negro prisma contempla al mundo, que para él la tierra se convierte EN ESTÉRIL CALVARIO, el cielo EN CONJUNTO DE PESTILENTES VAPORES, EN MENTIRA EL SONROJO DE LA CASTIDAD, EN HIPOCRESÏA LA VIRTUD y EN JURAMENTOS DE TÄHURES LOS SACROS VOTOS PRONUNCIADOS ANTE EL ALTAR. La duda y el desfallecimiento moral invaden en completo sü alma y su corazon; y aparece ante nuestros ojos, con ser tan raro su talento, tan grande su valor y tan extremada su honradez, como un sér absolutamente inútil para la lucha mundana. Su escepticismo lo mantiene en constante indecision, y todos sus proyectos SE MARCHITAN Á LOS PÁLIDOS RE-

FLEJOS DE SUS PENSAMIENTOS. Ni áun sabe llevar á término el único propósito de su vida: la venganza que le encomienda la sombra de su padre, buscando á cada paso argumentos para posponerla, y á cada paso inculpándose de su irresolucion y de su incapacidad.

Debe, por último, á una série de accidentes, ó más bien á la persistencia de su tïo Claudio en la carrera del crímen, poderla cumplir á medias; pero sus vacilaciones y torpezas ocasionan la desgracia y la muerte de cuantos le rodëan; y, aunque al fin mata al asesino de su padre, impúlsalo á este acto, no el estímulo de su primitivo proyecto, que con tal violencia se impuso, sino más bien uno de sus usüales arrebatos; y, en vez de utilizar, al öir la confesion de Läertes, los breves momentos de vida que le restan y cumplir sus juramentos, diserta acerca de LO CORTOS QUE SON LOS PLAZOS QUE CONCEDE LA MUERTE CUANDO NOS LLAMA, y encarga luégo á su amigo Horacio que divulgue los móviles de su conducta y la série de crímenes cometidos por su tïo.

El carácter de Hámlet es el del hombre que duda; el del que ve con demasiada lucidez acaso el pró y el contra DE LAS PRÁCTICAS DEL MUNDO; y, debatiendo constantemente consigo mismo

acerca de cuál es el mejor camino que debe seguir para llevar á término su propósito, pierde lastimosamente el tiempo y deja pasar la oportunidad de ejecutarlo. Concepcion verdaderamente original, y carácter que nadie, ni ántes ni despues de Shakespeare, ha pretendido describir jamás, pero que no por eso deja de ser copia fidelísima de la naturaleza, y tipo acaso más frecuente en el mundo de lo que imaginamos.

Esta característica indecision de Hámlet, que siempre lo detiene, y que le hace perder siempre en su lucha con las circunstancias, contrasta admirablemente en el drama, no sólo con la firme resolucion de Laërtes, quien, sin más méritos que ser jóven, elegante y disoluto, únicamente porque presume que el Rey pueda haber intervenido en la muerte de Polonio su padre, promueve un motin al poco tiempo de llegar á la corte, y CON ESCASOS MEDIOS, como él mismo dice, está á punto de hacerse árbitro de los destinos del Reino, sino tambien con la audacia de Fortinbrás, quien CON SU ÁSPERO TEMPLE Y SU CARÁCTER VANO, logra más de lo que se habia propuesto, y, sin angustias ni afanes, llega á ocupar el puesto que de derecho correspondia á Hámlet; quien, á pesar de los elogios tributados por su

rival ante su cadáver, no es de presumir que hubiera sido jamás UN EXCELENTE REY en el sentido que está dicha la frase; pues los seres como Hámlet llegarán á filósofos ó sabios, á grandes pöetas ó consumados artistas, pero nunca á Alejandros, Césares ó Napolëones, cuyas brillantes pröezas, por mucho que deslumbren y fascinen, se fundan necesariamente en cualidades más toscas y vulgares.

Además del excepcional carácter de Hámlet, el autor retrata en este drama, con su usüal vigor, en el rey Cláudio al hombre perverso que encubre su maldad con el manto de una cortesïa perfecta, de una suavidad halagadora y de una perenne sonrisa en los labios. En Gertrúdis á la mujer débil y frágil á quien misteriosamente fascina y aträe el vicio, materia apta para tomar cualquier forma, y carácter que Hámlet parece conocer perfectamente cuando reclama de su madre que siquiera se acostumbre al DISFRAZ DE LA VIRTUD, creyendo que así pueda, acaso, llegar á ser virtüosa. En la encantadora Ofelia á la jóven discreta y sensible, tan amante como dócil, tan dulce como firme, cuyas contrariedades y desgracias, en vez de encender sus pasiones, apagan su inteligencia: sér tan bello y tan admirablemente

dibujado, que se encarna en el recuerdo cual si lo hubiéramos conocido; y, sin embargo, para darle tan extraordinario rëalce basta al pöeta poner en sus labios unos cincuenta versos y brevísimas frases ántes de que la infeliz pierda el juicio, y que en su demencia repita TROZOS DE ANTIGUAS COPLAS y vagas expresiones sin aparente sentido. En Polonio al astuto, locuaz y fátuo cortesano que se jacta de descubrir la verdad, AUNQUE SE ESCONDA EN EL CENTRO DEL UNIVERSO y á quien el mundo juzga discretísimo, pero á quien Hámlet califica de CHARLATAN, de NECIO y de BRIBON. En Horacio al amigo desinteresado, cuya abnegacion casi eclipsa su personalidad. En Osric al adulador y absolutamente insignificante pisaverde. En el Sepulturero, al pedante escolástico y casüista.

En una palabra, todos los personajes del drama son hombres y mujeres, y no sus imitaciones HECHAS Á DESTAJO Y DE MALA MANERA como, á juzgar por lo que Hámlet dice á su amigo el cómico, era frecuente ver en escena áun en aquellos tiempos.

Y, si notable es Shakespeare como conocedor del corazon humano y expositor de sus afectos, como pöeta no ha tenido jamás ni imitadores ni rivales.

Su manera de decir es tan especial, tan varoniles y naturales sus idëas, tan breve y cortada su frase, y sin embargo tan llena de sentido, que la forma—acaso lo imitable—queda en completo oscurecida por la brillantez de pensamientos que, á menudo, sólo indica ó sugiere y que aparentemente desdeña dilüir; recordando tanta riqueza y tanta sobriedad al propio tiempo, esas magníficas composiciones de Beethoven, donde las bellísimas melodïas nacen y mueren tan natural y espontáneamente como las flores en el campo.

«Las bellezas admirables que en esta obra se advierten y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones forman un todo extraordinario y monstrüoso,» dice Moratin en el prólogo de su traduccion de Hámlet; y se comprende que quien tan profundo respeto sentïa hácia las severas reglas clásicas, juzgase monstrüosos los caprichos y graves yerros, las imprevistas irregularidades y los espontáneos y fantásticos impulsos del famoso Cisne de Avon.

Es cierto que se pueden suprimir escenas enteras en Hámlet, sin que padezca la accion dramática. Cierto que es demasiado conceder el que durante la representacion del cuartö acto pueda Hámlet embarcarse para Inglaterra, ser hecho

prisionero por piratas en alta mar y volver á Elsinor, ó que Fortinbrás pase con su ejército por Dinamarca en ese mismö acto parä ir contra Polonia y que vuelva de allí triunfante en el quinto. Verdad que el lenguaje de Shakespeare es á veces rastrero hasta el punto de rayar en la groserïa. Verdad que en la época de Hámlet, no habia äún penetrado en Dinamarca el cristianismo, y, sin embargo, todos los personajes del drama son católicos. Verdad que en aquellos tiempos no se habïan construïido relojes todavïa, ni inventado la pólvora; y, no obstante, së oye lä hora en el primer acto, en varias escenas el estampido del cañon, y acaba la tragedia con una descarga en honor de Hámlet. Tambien verdad que es matemáticamente imposible la apuesta del Rey como la comunica Osric; pero, ¿quién no perdona esas escenas inútiles, si se quiere, esos vïajes más imposibles äún de lo que se acostumbra en el tëatro; esos rápidos tránsitos de lo sublime á lo grotesco, esa rebelde heterodoxia dramática, y ese cúmulo de pecados contra la geografïa, la historia, la arqueologïa, la verosimilitud y áun la aritmética, en gracia del raudal de bellas imágenes y de idëas profundísimas con que suele enriquecer áun los pasajes ménos importantes; en cambio de la satis-

faccion que nos causa la exactitud con que presenta, cual si fotografiara, los más mínimos detalles de los distintos caractéres que existen en la sociedad; y en compensacion del placer avasallador que involuntariamente experimentamos al contemplar el supremo atrevimiento y la indómita libertad con que este gran génio recorre en todas direcciones el encantado recinto de lo idëal?

Las obras de Shakespeare se publicaron plagadas de yerros, de mutilaciones, y, acaso, de espúreas añadiduras, efecto, al parecer, del escaso aprecio que hacïa de su póstuma fama quien hoy tanto maravilla; pues, no sólo no se curó de corregir sus obras jamás, sino que permitió que sirvieran de originales para la imprenta los imperfectísimos manuscritos, copiados una y otra vez acaso, que de sus dramas á la sazon posëïan los cómicos de Lóndres. La paciente y escudriñadora crítica de muchos años ha logrado subsanar, en algun tanto, las faltas de entónces; pero todavïa se encuentran en las mejores ediciones de estas célebres comedias, palabras, frases y pasajes cuyo sentido es ambiguo, dudoso y muchas veces ininteligible; palabras, frases y pasajes que en ocasiones es necesario esclarecer y descifrar, bien ó mal, con sólo la luz del propio criterio, pues no ha logrado ha-

cerlo todavïa la que se desprende de ese conjunto de notas y comentarios que ha llegado á constitüir una rama especial de la literatura Inglesa, y tambien de la Alemana.

En una traduccion la mayor parte de estas aclaraciones son, hasta cierto punto, innecesarias, pues la mision del traductor es presentar el original que se propone verter á otro idïoma revestido siquiera del modesto atavïo de un lenguaje inteligible, ya que carezca de otras galas; y no le es lícito dejar confuso ni áun lo que, acaso, confusamente se escribiera en un principio. En raras ocasiones, por este motivo, me he visto obligado, á fin de obtener la necesaria lucidez, á violentar acaso el sentido no seguramente de lo que escribió, sino de lo que aparece escrito por Shakespeare; pero siempre que me ha sido posible, y hasta donde mi impericia me lo ha permitido, he procurado ser fiel intérprete, y nada más, del gran original que he tenido delante. Alguna vez, sin embargo, no he optado por la traduccion literal; pues, en idïomas de tan distintä índole como son el Español y el Inglés, semejantes versiones son á veces falsas y otras no producen el efecto deseädo. He conservado—aunque me hubiera, seguramente, sido más fácil evitarlas—las extravagancias de la ver-

sificacion de Shakespeare, pues estas irregularidades no sólo son características de su estilo, sino que, en mi juicio, dan en determinadas ocasiones vigor extraordinario á la frase.

Existiendo la exacta traduccion del malogrado Clarke, acaso se estime extraño que yo presentë otra version del Hámlet al Castellano; pero debo manifestar que la primera edicion de este trabajo, compuesta de reducido número de ejemplares, se imprimió en el año 1873. Teniendo desde entónces conträido conmigo mismo el natural compromiso de perfeccionar lä obra hasta donde mis fuerzas alcanzaran, hoy me vëo impulsado á ofrecer la edicion segunda, corregidas ya algunas de las faltas que en la primera se deslizaron; tarëa que, si bien ha exigido paciencia de mi parte, me ha proporcionado la satisfaccion de amenas é instructivas discusiones sobre muchos pasajes de esta interesantísima tragedia con queridos amigos mïos, á cuyo excelente criterio y juiciosas observaciones debo no pocas de las enmiendas que hë hecho.

HÁMLET,

PRÍNCIPE DE DINAMARCA.

PERSONAJES.

Claudio, Rey de Dinamarca.
Hámlet, su sobrino, é hijo del difunto Rey Hámlet (1).
Polonio, Chambelan del Reino.
Horacio, amigo de Hámlet.
Läertes, hijo de Polonio.
Voltimand, cortesano.
Cornelio, id.
Rosencrantz, id.
Guildenstern, id.
Osric, id.
Un Caballero, id.
Un Sacerdote.
Marcelo, oficial.
Bernardo, oficial.
Francisco, soldado.
Reinaldo, criado de Polonio.
Cómicos.
Dos graciosos, Sepultureros.
Fortinbrás, Rey de Noruega.
Un Capitan.
Embajadores de Inglaterra.
Gertrudis, Reina de Dinamarca y madre de Hámlet.
Ofelia, hija de Polonio.
Señores, Damas, soldados, marineros, mensajeros y servidores.
La Sombra del padre de Hámlet.

ESCENA: DINAMARCA.

(1) Aspírese suavemente la H de la palabra Hámlet.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Elsinor. Explanada ante el Castillo.

FRANCISCO de centinela.—Entra BERNARDO dirigiéndose á él.

BERN. ¿Quién vive?
FRANC. ¡Oiga! ¡responded vos! ¡Alto!
¿Quién sois?
BERN. ¡Que viva el Rey!
FRANC. ¿Bernardo?
BERN. El mismo.
FRANC. Con gran puntualidad á tu hora llegas.
BERN. Á descansar, Francisco. Son las doce.
FRANC. Gracias por el relevo: hiela el aire
Y mal me siento.
BERN. ¿Fué tranquila guardia?
FRANC. Ni un raton se ha movido.
BERN. Buenas noches.
Si te encuentras á Horacio y á Marcelo,
Rivales de mi guardia, dales prisa.

FRANC. Oïrlos me parece. ¡Alto! ¿quién vive?
(Entran Horacio y Marcelo.)
HORAC. Son de esta tierra amigos.
MARC. Y secuaces
Del rey de Dinamarca.
FRANC. Buenas noches.
MARC. Que guarde Dios á un militar honrado.
¿Y quién te relevó?
FRANC. Bernardo ocupa
Mi puesto. Que tengais felices noches. (Váse).
MARC. ¡Hola, Bernardo!
BERN. Díme, ¿Horacio es ese?
HORAC. Un trozo de él. (Dándole la mano.)
BERN. Horacio, Dios te guarde,
Dios te guarde Marcelo.
MARC. Y esa cosa,
¿Se apareció esta noche?
BERN. Nada he visto.
MARC. Horacio dice que es ensueño nuestro,
Y así crëer en la vision horrenda
No quiere que hemos visto ya dos veces.
Le he suplicado, pues, que con nosotros
Cuente aquí los minutos de la noche,
Y que confirme, si la sombra vuelve,
Lo que vimos nosotros y lë hable.
HORAC. ¡Callad, callad, que ha de venir!
BERN. Descansa
Aquí tú, y otra vez de tus öidos,
Asedie las trincheras el relato
De lo visto dos noches.
HORAC. Que me place:
Nos sentarémos, y Bernardo diga. (Se sientan.)
BERN. La última noche, cuando aquel lucero
Al poniente del polo hácia esa parte
Del cielo descendió donde ahora brilla,

Marcelo y yo, dando el reloj lä una...
(Entra la sombra).

MARC. ¡Silencio, calla: mira, allí aparece!
BERN. De igual aspecto; cual el rey difunto.
MARC. Pues que docto eres tú, háblale, Horacio.
BERN. ¿No se parece al Rey? míralo, Horacio.
HORAC. Sí que es igual: me espanta y me horroriza.
BERN. Desëa que lë hablen.
MARC. Hazlo, Horacio.
HORAC. ¿Quién á la noche su quietud usurpa,
Y la belleza y el guerrero porte
De quien fué majestad en Dinamarca?
¡Responde! Por el cielo te conjuro...
MARC. Se ha ofendido.
BERN. ¡Despacio se retira!
HORAC. !Páratë!, hablä!, habla! ¡Por Dios, habla!
(Váse la sombra.)

MARC. Se fué sin dar respuesta.
BERN. Conque Horacio,
¿Tiemblas y palideces? Dí, ¿no juzgas
Que hay algo más que una ilusion en esto?
HORAC. Ante Dios te aseguro, que no hubiera,
Sin el fiel testimonio de mis ojos,
Crëido cosa tal.
MARC. ¿No se parece
De modo extraño al Rey?
HORAC. Cual tú á tí mismo.
Tal era la armadura que llevaba
Cuando luchó con el audaz Noruego:
Tal el ceño frunció cuando irritado
Arrolló en sus trinëos aquel dïa
Sobre el hielo al Polaco. ¡Extraño lance!
MARC. Ya nuestro puesto así cruzó dos veces
Con marcial continente en estä hora.
HORAC. No acierto á comprender tan gran misterio,

Pero, segun mi corto juicio, augura
Inesperados males á la pátria.

MARC. Pues á sentarse, y dígame quién sepa,
¿Por qué á los hijos de esta tierra obligan
Á estas nocturnas é incesantes guardias;
Por qué razon fundiendo están cañones
De bronce cada dïa; por qué compran
Tantas armas de guerra al extranjero;
Por qué á los carpinteros de ribera
Atarëan de modo que no pueden
Holgar ni los domingos; qué ocasiona
Esta prisa febril que hace á la noche
La compañera de labor del dïa?
¿Quién me puede informar?

HORAC. Tal vez yo pueda.
Esto al ménos se dice. El rey difunto,
Cuya imágen há poco aquí hemos visto,
Fué, como todos ya sabeis, retado
Por Fortinbrás, rey de Noruega, á impulso
De altiva emulacion. El valeroso
Hámlet, que tal estimacion tenïa
En el mundo á nosotros conocido,
A Fortinbrás mató. Pacto sellado,
Legal y al uso heráldico conforme,
Estipulaba que, al perder la vida,
Sus tierras luégo al vencedor pasáran;
Y en cambio equivalente territorio
Nuestro rey obligó, que hubiera sido
Del viejo Fortinbrás, á haber triunfado;
Del propio modo que por tal convenio
Vino el rey Hámlet á heredar las suyas.
Ahora, señores, Fortinbrás el jóven,
De áspero temple y de carácter vano,
En los límites mismos de Noruega
Huronëa las gentes más perdidas

Dispuestas á la gula ó al ayuno,
Con tal que osada empresa les propongan;
Y no es otra, segun ha colegido
Nuestro gobierno al fin, que á mano airada
Venir á recobrar aquellas tierras,
Que de manera tal perdió su padre.
Esta la causa es de los aprestos,
La razon de estas guardias, y el motivo
Principal de este afan y estos trabajos.

BERN. Ni pienso yo que más motivo exista:
Y cuadra bien que esa ominosa imágen
Armada se aparezca á nuestros ojos,
Tan idéntica al rey que ha suscitado
Y que aún suscita semejantes guerras.

HORAC. ¡Arista leve es esa que perturba
Nuestra vision mental! En la gloriosa
Prosperidad de Roma, poco ántes
Que el poderoso Julio sucumbiera,
Envueltos en sudarios los difuntos
Desocupan sus tumbas, dando voces
Y alaridos de Roma por las calles,
Se ven estrellas de encendidas colas,
Llueve sangre, se turba el sol, y el astro
Que influye en los dominios de Neptuno,
Se eclipsa presagiando eterno juicio;
Pues estos precursores de desgracias,
Feroces nuncios de nefasta suerte,
Y prólogo del mal que nos espera,
Ya la tierra y el cielo evidenciaron
Al päís, á nosotros... Mas, ¡silencio!
¡Mirad, mirad, dónde aparece ahora!
(Aparece otra vez la sombra.)
A su encuentro he de ir aunque me hechice.
Vision, detente si la voz te anima,
Háblame tú:

Si alguna buena accion hacerse puede,
Que á tí te dé descanso y que më honre,
Háblame tú: (Canta el gallo.)
Si amenaza algun mal á nuestra pátria
Que feliz prevision tal vez evite,
¡Oh, háblame!
Ó si acaso escondiste bajo tierra
Riquezas adquiridas con usura,
Por lo cual á menudo, segun dicen,
Vagais las sombras, dílo ya. ¡Detente!
¡Respóndeme!—Marcelo, haz que se páre.

MARC. ¿Le doy con mi alabarda?

HORAC. Dále luégo,
Si no se pára.

BERN. ¡Aquí!

HORAC. Por aquí. (Váse la sombra.)

MARC. Fuése.
Hacemos mal en oponer violencias
A tanta majestad que invulnerable
Es como el aire: nuestros vanos golpes
Son burla vil.

BERN. A hablar se disponïa
Al punto mismo de cantar el gallo.

HORAC. Y huyó, sobrecogido, cual culpable
A intimacion tremenda. Segun dicen,
El gallo, que clarin es de la aurora,
Con su orgulloso y penetrante canto
Despierta al Dios del dïa; y á su aviso,
Hállense en tierra, en mar, en aire ó fuego,
Los fantasmas errantes, presurosos
Huyen á sus confines: y una prueba
Vemos de esa verdad en este lance.

MARC. Despareció con el cantar del gallo.
Algunos dicen, que al llegar el tiempo
En el cual se celebra el natalicio

Del Salvador, el ave matutina
Canta toda la noche, cuando dicen
Que no se atreven á vagar fantasmas,
Que son sanas las noches, y los astros
No nos dañan, ni encanta la hechicera,
Ni las brujas nos causan maleficios.
¡Tan santa es esä época y bendita!

HORAC. Tal he öido tambien, y algo habrá en ello.
Pero mirad: la aurora en rojo manto,
De la alta cumbre que al oriente yace
Huella el rocïo: terminó la guardia:
Y es mi opinion que al jóven Hámlet luégo
Narremos los prodigios de esta noche;
Pues por mi vida crëo que esa sombra,
Muda para nosotros, ha de hablarle.
Si consentís, lo haremos como cumple
Al deber y al cariño.

MARC. Yo os lo ruego;
Y sé cuando podemos hoy temprano
Hablar con él en oportuno sitio.

ESCENA II.

Estrado en el Castillo.

Entran el REY, la REINA, HÁMLET, POLONIO, LÄERTES, VOLTIMAND, CORNELIO, SEÑORES y acompañamiento.

REY. Aunque de nuestro amado hermano Hámlet
Fresca está la memoria, y nos cumplïa
Sumirnos en la pena y al país todo
No desrugar de su dolor el ceño;
En lucha la razon y la natura,

Con discreto penar lo recordamos
Sin olvidar por eso lo que somos.
Así, pues, á quien era nuestra hermana
Y hoy nuestra reinä es, compartidora
Imperial de este reino belicoso,
Con júbilo enturbiado, con sonrisas
Y lágrimas, con gozo funerario
Y epitalamios fúnebres, haciendo
Los duelos equilibrio á la alegrïa,
Por esposa escogimos; sin violencia
A vuestro mejor juicio, pues gustosos
Aprobais esta union. Os doy las gracias.
Ahora sabed, que Fortinbrás el jóven,
Teniéndonos en poco, ó bien creyendo
Que, pues murió nuestro querido hermano,
Desquiciado está el reino y desunido,
Fiädo en la ilusion de sus ventajas,
Con mensajes sin fin nos atosiga,
Requiriendo la entrega de esas tierras
Que, por pacto legal, perdió su padre,
Y que ganó nuestro valiente hermano.
Mas basta de él. Fijémonos ähora
En nosotros no más y en el objeto
De esta reunion. Escrito aquí reclamo
Del monarca Noruego, augusto tïo
De Fortinbrás y que impedido vive
En su lecho, ignorando las empresas
Que intenta su sobrino, que le impida
Sus planes proseguir; pues los aprestos,
Los enganches y levas, se efectüan
Entre sus propios súbditos: y ähora,
Tú, Voltimand, y tú, noble Cornelio,
Esta mision llevad á aquel anciano;
Mas el poder de que os revisto alcanza
Sólo á estos puntos y al tenor del texto.

A Dios, y el zelo la lealtad compruebe.
CORN. y VOLT. La vereis, como en todo, en este asunto.
REY. No lo puedo dudar: id en buen hora.
(Vánse Voltimand y Cornelio.)
Y tú, Läertes, cuéntanos tus nuevas.
¿Me hablaste de merced? Dí cual, Läertes.
Al Rey no puedes dirigir razones
Jamás, en vano. ¿Qué querrás, Läertes,
Que no sëa mi don, no tu demanda?
Porque no es el cerebro más propicio
Al corazon, la mano á nuestra boca,
Que el trono de este reino es á tu padre.
Dí, ¿qué quieres, Läertes?
LAERT. Soberano,
Con vuestra vénia retornar á Francia,
De donde alegre á Dinamarca vine,
Mostrando mi lealtad, á vuestra jura;
Mas ya, cumplido ese deber, confieso
Que mis idëas todas se encaminan
Y todos mis desëos hácia Francia:
Y humildemente, pues, perdon os pido
Y vuestra vénia.
REY. ¿La otorgó tu padre?
Polonio, dí.
POLON. Señor, contra mi gusto
Se la vine á otorgar: á su importuna
Peticion accedí poniendo el sello
Á su capricho, mi permiso tardo.
Os ruego, pues, le concedais licencia.
REY. En horabuena; véte, pues, Läertes:
Haz de tu tiempo el uso que te cuadre.
Pero, y ¿mi deudo Hámlet? ¿y mï hijo?
HAML. Un poco más que deudo y deudo en nada.
(Aparte.)
REY. ¿Por qué te cercan nubes todavïa?

HAML. No tal, señor, bastante al sol me pongo.
REINA. Querido Hámlet, abandona el luto;
Tu vista amiga tiende á Dinamarca.
No con velados ojos en el polvo
Busques á tu buen padre: bien conoces
Que es natural, que cuanto vive muere,
Y, hasta alcanzar la eternidad, la vida
Tránsitö es.
HAML. ¡Es natural, señora!
REINA. ¿Por qué, en tí, pues, se ostenta cual si fuese
Un hecho extraordinario?
HAML. ¡Que se ostenta!
Señora, lo es: no sé de ostentaciones:
Que ni mi oscuro manto, madre mïa,
Ni el vestido usüal de negro luto,
Ni el comprimido aliento del suspiro,
No, ni el constante llanto de los ojos,
Ni del semblante el abatido aspecto,
Ni todas las señales, ó expresiones,
O formas de dolor serán bastantes
Para mostrar jamás la pena mïa.
Esto se ostenta, sí, que actos son todos
Que se pueden fingir: pero se oculta
En mï íntimo sér lo que no es dable
Manifestar. Es lo que veis el manto
Y no más que atavïos del quebranto.
REY. Es Hámlet natural en tu ternura
Que llores á tu padre, como es justo,
Mas, sabe, que tu padre perdió un padre,
Y éste el suyo perdió: quien sobrevive,
Debe cual hijo demostrar su duelo
Por tiempo limitado; mas constante
Hollar la senda del dolor conduce
A indómita impiedad; es pena indigna
De ánimo varonil; á los decretos

Del cielo terca oposicion supone;
Endeble corazon; alma impaciente;
Inteligencia pobre y mal guïada.
¿Por qué, por qué lo que ha de ser y ocurre
Como lo más comun á los sentidos,
En nuestra fútil resistencia vamos
A tomar tan á pecho? Reflexiona
Que esto es faltar al cielo, á los difuntos,
A la naturaleza, y es opuesto
A la razon; cuyo constante tema
Es la muerte de padres, y ha exclamado
Desde el primer difunto hasta el de hoy mismo:
«Así ha de ser.» Enjuga, pues, el llanto:
Yo te lo ruego, y mírame cual padre.
Porque, sépalo el mundo, de mi trono
Eres, Hámlet, el próximo heredero,
Y padre alguno puede amar á un hijo
Con más desinterés que yo të amo.
Respecto de ese intento de volverte
Al colegio de Wítenberg, te anuncio
Que opuestö es á mis desëos todos:
Y te aconsejo y ruego permanezcas
Aquí, donde al calor de mis favores
Y del cariño mïo, serás siempre
Mi primer cortesano, deudo é hïjo.

REINA. No desoigas los ruegos de una madre;
Quédate aquí, y á Wítenberg no vuelvas.

HAML. Me quedaré, señora: os obedezco.

REY. ¡Dulce y grata respuesta! Cual nosotros
En Dinamarca estás. Venid, señora:
Esta espontánea decision de Hámlet,
Me alegra el corazon, y en gracia de ella
Hoy al alzarse el vaso en Dinamarca
Para el festivo bríndis, que lo anuncie
Hasta las nubes el cañon potente,

Y el cielo escuche en el terrestre trueno
El júbilo rëal. Venid conmigo.
(Vánse todos ménos Hámlet.)

HAML. ¡Oh! que esta carne densa en demasïa
Pudiera derretirse, disolverse,
Convertirse en vapor! ¡O que el Eterno
Su ley contra el suicidio no fijára!
¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Cuán vanas y marchitas,
Insípidas, é inútiles, se ostentan
A mi vista las prácticas del mundo!
¡Cuánta miseria! ¡Es huerto sin cultivo
Y agostado! ¡Lo fétido y grosero
Impera en él!—¡Quién tal creyera nunca!
Muerto dos meses há—ni áun dos siquiera—
Tan buen Rey que con este Rey contrasta,
Cual á un sátiro Apolo; tan amante
De mi madre, que al viento de los cielos
Ni acariciar su rostro consentïa.
¡Oh cielos! ¿Y es forzoso que recuerde?
Ella misma á su cuello se abrazaba,
Su ánsia de amor creciendo con el pasto
Que lo nutrïa: y, sin embargo, apénas
Pasado un mes—¡Ahogäos pensamientos!
¡Fragilidad, el nombre que te cuadra
Es mujer!—¡En un mes escasamente!
Antes quizá que desechó el calzado
Con el cual caminó tras el cadáver
Del pobre padre mïo, cual Nïobe,
En lágrimas deshecha—ella sí, ella—
¡Oh cielos! ¡una fiera, que carece
Del don de la razon más largo tiempo
Se condoliera! unióse con mi tïo,
Hermano de mi padre, de mi padre
Cual de Hércules yo propio diferente.
¡Dentro de un mes! Con parpados aún rojos

Por la aspereza de su llanto inícuo
De nuevo, desposada se vëïa.
¡Oh! infame ligereza, así lanzarse
Con prisa tal á lecho incestüoso!
Ni esto es bueno, ni al bien va encaminado.
Pero entre tanto, corazon, estalla,
Que me es forzoso refrenar la lengua.
(Entran Horacio, Marcelo y Bernardo.)

HORAC. ¡Salud á vuestra alteza!
HAML. Verte bueno
Me alegra, Horacio, ó ya ni me conozco.
HORAC. Señor, el mismo servidor constante.
HAML. ¿Señor? ¡Amigo! porque tal palabra
He de cambiar contigo. ¿Por qué, Horacio,
Abandonas á Wítenberg? ¡Marcelo!
MARC. ¡Mi querido señor!
HAML. Celebro verte;
Buenos dïas. Mas, díme, ¿por qué causa
Dejas á Witenbérg?
HORAC. Ánimo errante,
mi buen señor.
HAML. De fijo no dirïa
Tu enemigo otro tanto, ni tú mismo
Harás que mis öidos acrediten
Lo que cuentas de tí: jamás vagaste.
Pero dime, ¿á Elsinor qué te conduce?
Te enseñaremos á empinar la copa.
HORAC. Al funeral de vuestro padre vine.
HAML. Compañero, dejémonos de burlas:
Viniste á ver las bodas de mi madre.
HORAC. Verdad, señor, que se siguieron cerca.
HAML. ¡Economïa, economïa, Horacio!
Fïambres las vïandas del entierro,
Para el festin sirvieron de las bodas.
Más quisiera en el cielo cara á cara

Hallar á mi enemigo más odiado,
Que ver, Horacio, semejante dïa!
Padre mïo, ¡parece que lo vëo!

HORAC. ¿Dónde, señor?

HAML. Aquí en mi mente, Horacio.

HORAC. Lo ví una vez tan sólo. ¡Gran rey era!

HAML. Hombre en todo y por todo: tal lo juzgo:
Jamás veré quien á igualarlo llegue.

HORAC. Crëo, señor, haberlo visto anoche.

HAML. ¿Qué viste? ¿A quién?

HORAC. Señor, á vuestro padre:
Al Rey.

HAML. ¡Al Rey mi padre!

HORAC. Contened un momento vuestro asombro
Y escuchad el milagro que atestiguan
Estos señores.

HAML. Sí, por Dios lo pido.

HORAC. Ya Marcelo y Bernardo, estos señores,
Hallándose de guardia, por dos veces,
En el silencio de la media noche
Esto vieron. De pié á cabeza armada,
Igual á vuestro padre, una figura
Se les apareció, que junto á ëllos
Majestüosamente deslizóse
Con marcial dignidad: ante sus ojos,
Que la sorpresa y el espanto hielan,
Acércase tres veces al alcance
De su baston de mando, miéntras, yertos
De terror, silenciosos permanecen.
El prodigio en secreto me narraron:
Velé con ellos la tercera noche;
Cuando, á la hora misma que decïan,
En forma igual, contexte todo, vino
La aparicion. He visto á vuestro padre;
Pues era igual, como lo son mis manos.

HAML. ¿Mas dónde fué?
HORAC. Señor, en la explanada
Donde la guardia hacemos.
HAML. ¿Tú le hablaste?
HORAC. Sí, señor, mas respuesta de él no obtuve.
Una vez, sin embargo, me parece
Que elevó su cabeza y se dispuso
Para hablar, mas el gallo matutino
Recio cantó, y huyendo presuroso
Desvanecióse.
HAML. ¡Maravilla grande!
HORAC. Señor, que es cierto, por mi honor os juro;
É imprescindible obligacion juzgamos
Haceroslo saber.
HAML. Sí, sí, señores;
Pero me hace pensar. ¿Estais vosotros
Esta noche de guardia?
MARC. y BERN. Sí, estarémos.
HAML. ¿Armado dices?
HORAC. Sí, señor, armado.
HAML. ¿De punta en blanco?
MARC. y BERN. Sí, de pié á cabeza.
HAML. No vísteis, pues, su rostro.
HORAC. Sí, lo vimos:
Llevaba la visera levantada.
HAML. ¿Y miraba con ceño?
HORAC. Su semblante
Más la pena indicaba que lä ira.
HAML. ¿Pálidö ó encendido?
HORAC. Cual la cera.
HAML. ¿Fijaba en vos los ojos?
HORAC. Sin moverlos.
HAML. ¡Quien estuviera allí!
HORAC. Señor, de fijo
Os pasmárais de asombro.

HAML. No lo dudo,
No lo dudo. ¿Paróse mucho tiempo?
HORAC. Miéntras con prisa regular se puede
Hasta un ciento contar.
MARC. y BERN. No: más: más tiempo.
HORAC. No cuando yo lo ví.
HAML. Cana la barba,
¿No es verdad?
HORAC. Cual en vida la tenïa,
Negra y de plata.
HAML. Velaré esta noche:
Otra vez quizás venga.
HORAC. De seguro.
HAML. Y si la forma de mi padre ostenta,
Le he de hablar, aunque abiertos los infiernos
Lo quieran impedir. Suplico á todos,
Que, si oculto ha quedado este prodígio,
Permanezca en secreto todavïa;
Y á cuanto ocurra en esta noche os ruego
Presteis inteligencia, no palabras:
Yo os lo agradeceré: que Dios os guarde.
En la explanada, pues, entre once y doce.
TODOS. Contad, señor, con la obediencia nuestra.
HAML. Con el cariño vuestro, igual al mïo.
Adiós. (Vánse todos ménos Hámlet.)
HAML. ¡La sombra de mi padre armada!
Algo pasa, recelo una perfidia:
¡Pluguiera á Dios que ya de noche fuese!
¡Alma mïa, serénate hasta entónces:
No hay crímen en el mundo que se oculte
Aunque la tierra toda lo sepulte!

ESCENA III.

Habitacion en casa de Polonio.

(Entran LAERTES y OFELIA.)

LAERT. Mi equipaje está á bordo: adiós, hermana.
Cuando el próspero viento hinche las velas
Del convoy, no te duermas, que me escribas.
OFELIA. ¿Y tú lo dudas?
LAERT. Con respecto á Hámlet
Y á sus obsequios frívolos, no juzgues
Que eso tiene valor: es pasatiempo,
Violeta fuera de sazon, que crece
Bella pero fugaz; cortos instantes
Su dulce aroma y sus encantos duran;
No más.
OFELIA. ¿De veras, nada más?
LAERT. Aparta
Tus pensamientos de eso. La naciente
Naturaleza nuestra, no tan sólo
En tamaño y en fuerza ha de agrandarse;
Al ampliarse este templo, más espacio
Para el interno culto necesitan
El alma y la razon. Quizás të ame;
Ni astucias hoy ni manchas oscurecen
Su amante voluntad; mas considera
Que coartará su voluntad, su estirpe;
Que obligado se vé por su alta cuna;
Que no puede cual gentes de otra clase
Hacer su gusto; porque de él dependen
El bien y la salud de sus Estados;
Y, así, su voluntad ha de doblarse

A la voz y al consejo de ese cuerpo,
Cuya cabezä es. Si amarte dice,
Debes tener en cuenta hasta qué punto
Realizar puedä él lo que promete;
Y observa que ir más léjos no le es dado
Que adonde ordene Dinamarca entera.
Mira, pues, lo que pierdes de tü honra,
Si sus cantos de amor crédula escuchas,
O te apasionas, ó el tesoro entregas
De tu virtud á sus ardientes ruegos.
Ofelia, teme; teme, hermana mïa:
Resguarda tu cariño, no le alcancen
Los peligrosos tiros del desëo.
Pródigä es la cautelosa vírgen
Que áun á la luna su beldad descubre;
Ni á la virtud respeta la calumnia:
Röe el gusano las tempranas flores
Aun ántes que sus pétalos së abran;
Y en la alborada de los tiernos años
La corrupcion con su hálito inficiona.
Guárdate, pues; que tu mejor defensa
Es tu propio temor: lucha consigo
La juventud, á falta de enemigo.

OFELIA. Mi corazon tu plática excelente
Custodiará; pero, querido hermano,
No cual predicador inexorable
El áspero camino y espinoso
Me indiques de la gloria, recorriendo
Libre y alegre la florida senda
De la frivolidad, sin preocuparte
De tu propio consejo.

LAERT. No te apures
Por mí. Ya tardo: nuestro padre llega.

(Entra POLONIO.)

Doblada bendicion es doble gracia;

Suerte es poder dos veces despedirse.
POLON. ¡Läertes! aquí äún; á bordo, á bordo:
¿Qué haces aquí? Ya el viento está en las velas
De tu buque, y á tí tan sólo aguardan.
Mi bendicion recibe; y estos breves
Preceptos graba fiel en tu memoria.
Lengua no des jamás á las idëas,
Y no ejecutes pensamiento alguno
Sin meditarlo bien. Muéstrate afable,
Mas no vulgar. A quien tu amigo fuere,
Y su amistad acreditada tenga,
Con cadenas de acero al alma liga;
Mas no manches tu mano con el roce
Del primer camarada advenedizo.
De las pendencias huye, mas procura
Que ya, empeñadas, huya tu contrario.
A todos oye, mas con pocos habla;
Atiende á la censura y no censures.
Si puedes, sëa tu vestir costoso;
Rico ha de ser, pero ostentoso nunca,
Porque el traje tal vez nos recomienda,
Y en Francia las personas de alta clase
Muy exigentes son en este punto.
Nunca pidas prestado y nunca prestes;
Que si prestas, el préstamo y amigo
Pierdas quizás; si vives de prestado
Malgastarás tu hacienda. Sobre todo
Contigo sé lëal, y es bien seguro,
Cual lö es que la noche sigue al dïa,
Que nadie te podrá tachar de falso.
¡Adiós: mi bendicion te afirme en esto!
LAERT. De vos, señor, humilde me despido.
POLON. Es tiempo; tus crïados ya te esperan.
LAERT. Adiós, Ofelia, de lo que ántes dije
Atesora el recuerdo.

OFELIA. En mi memoria
Lo encerraré: tú guardarás la llave.
LAERT. Adiós. (Váse.)
POLON. Ofelia, dí, qué te decia?
OFELIA. Señor, trataba de su alteza Hámlet.
POLON. Me alegro, bien pensado.
Me han dicho que al presente te consagra
Amenudo sus ocios; que tú misma
Eres muy liberal con tus audiencias:
Si es así, cual me dicen como aviso
Tan sólo, yo te digo que no entiendes
Cuanto atañe á mï hija y á tü honra.
¿Qué existe entre vosotros? Dílo todo.
OFELIA. Señor, me ha prodigado en estos dïas
Ofertas de su amor.
POLON. ¡Bah! ¡De su amor! cual ciega jóven hablas
No avezada al peligro de estos lances.
¿Crees tú en eso que llamas sus ofertas?
OFELIA. Apénas sé, señor, á qué atenerme.
POLON. Pues yo te he de enseñar; júzgate niña
Que sus ofertas cual legal moneda
Toma, aunque falsas; vendete más cara;
O, por no usar de frases mal sonantes,
Me venderás á la irrision del vulgo.
OFELIA. Me habló siempre, señor, de modo honesto
De su amor.
POLON. ¿Modo, dices? ¡andä, anda!
OFELIA. Señor, y ha confirmado sus protestas
Con cuantos votos suministra el cielo.
POLON. Sí, trampas para pájaros: ya estamos.
Nuestra sangre al hervir, pródiga, votos
Presta el alma á la lengua. Tales llamas,
Que más luz que calor, hija, difunden,
Pero que entrambas cualidades pierden
Apénas logran aträer, evita

Tomar jamás por fuego. Por ähora
Esquiva más tu virginal presencia;
Y en más valor estima tus favores
Del que implica acudir á tales citas.
Y, con respecto á Hámlet, piensa sólo
Que es jóven, y que á rienda suelta puede
Correr, y tú jamás. En fin, no tomes
En sério sus palabras; son terceras
De distinto color del que revisten;
Encubridoras que piadoso manto
Gastan para engañar. Pero, en resúmen,
No quiero, claramente, que de hoy mismo
Ofendas más los ocios de tu vida
Con tus coloquios con su alteza Hámlet.
Atiende á ëllo, te lo encargo. Basta.

OFELIA. Señor, seré obediente. (Váse.)

ESCENA IV.

La explanada.

Entran HÁMLET, HORACIO y MARCELO.

HAML. Sutil el aire está: de veras frīo.
HORAC. Aire que corta y muerde.
HAML. ¿Qué hora es ésta?
HORAC. Ya van á dar las doce.
HAML. Nó: ya dieron.
HORAC. ¿De veras? Nada öí. Pues el instante
Se acerca en que el fantasma se aparece.
(Se oyen trompetas y cañonazos dentro.)
¿Señor, qué es esto?
HAML. Que esta noche vela
Divirtiéndose el Rey, y en la algazara

Del festin, el novel y bullicioso
Monarca ya tenerse en pié no puede;
Y, á la par que del Rhin tragos apura,
Clarines y timbales vociferan
Las glorias de sus bríndis.

HORAC. ¿Es costumbre?

HAML. Sí tal; pero, yo juzgo, aunque nacido
En esta tierra y á estos usos hecho,
Que á tal costumbre más honor se harïa
Con su infraccion que nó con su observancia.
Tan groseras orgïas son motivo
Para que de Este á Oeste los extraños
Nuestra conducta tachen y censuren:
Ébrios nos llaman, y con torpes frases
Mancillan nuestro honor; y en cierto modo,
Por gloriosos que sëan nuestros hechos,
Manchan de nuestro sér la íntima esencia.
Así en la vida de los hombres pasa:
Si un vicio en ellos natural germina,
Sëa de nacimiento, del cual culpa
Ninguno tiene, pues jamás escoge;
O por el predominio del carácter
Que traspasa del juicio las barreras;
O del hábito ya, que rudo choca
Con aceptadas formas; tales gentes,
Cual digo, el sello de un defecto llevan,
Don de naturaleza ó suerte aciaga;
Y, por grandes que sëan sus virtudes,
Y cual la gracia misma su pureza,
Los tachará la general censura
Por sólo el vicio aquel; que leve liga
Al más noble metal acaso logra
Envilecer.

HORAC. Mirad, señor, ahí llega.

(Entra la sombra).

HAML. ¡Angeles, núncios de piedad, amparo!
Génio del bien ó espíritu maldito,
Que las auras del cielo te acompañen,
O del infierno el hálito te cerque,
Sanos ó torpes tus intentos sëan,
Llegas á mí con tan extraña forma
Que hablarte debo yo: te nombro Hámlet,
Rey, Padre, Rey dinamarqués, responde.
No de ignorancia estalle; ¿por qué, díme,
Hoy tus amortajados sacros huesos
Rasgaron el sudario, y el sepulcro
Donde te vimos reposar tranquilo,
Por qué, entreabriendo su marmórea boca,
Te despidió de sí? ¿Qué significa
Que tú, difunto, en acerado traje
Como nocturno espanto te interpongas
Á la luz de la luna, y á nosotros,
Escarnio de falaz naturaleza,
Nos hagas palpitar con pensamientos
Que al alcance no están de nuestras almas?
Dí, ¿por qué? ¿Para qué? ¿Qué hacer nos toca?
HORAC. Con su ademan que le sigais os dice,
Cual si á solas hablaros pretendiera.
MARC. Contemplad con cuán dulce accion reclama
Le sigais á lugar más retirado.
Mas con él no vayais.
HORAC. De ningun modo.
HAML. ¿Hablar no quiere? Pues seguirle debo.
HORAC. No tal, señor.
HAML. ¿Por qué temerle, díme?
Ni en un ápice estimo yo la vida;
Y en cuanto al alma, ¿qué le importa al alma
Si, en su esencia, inmortal tambien es ella?
Ahora otra vez me llama: tras él sigo.
HORAC. Tal vez os lleve al turbulento golfo,

Ó á la terrible cumbre del peñasco
Que se inclina hácia el mar sobre su base;
Y allí, tomando más horrenda forma,
Quizás á la razon su imperio usurpe,
Y á la demencia os lleve: meditadlo:
El sitio basta, sin mayor motivo,
Que á acciones de locura caprichosa
Induce el ver desde elevada peña
Del mar las olas que al batirla braman.

HAML. Aún me llama, adelante, que ya os sigo.
HORAC. No habeis dë ir, señor.
HAML. Quitad las manos.
HORAC. Oïd: no vais.
HAML. Mi suerte lo reclama,
Fuerzas dando á las fibras de mi cuerpo,
En lëon de Nemëa convertido.
Aún me llama. ¡Soltadme ya, señores!
Vive Dios, que en espectro trasformado
Quedará quien intente sujetarme.
¡Soltad dije! Adelante, que ya os sigo.
(Vánse la sombra y Hámlet.)
HORAC. Con su imaginacion se vuelve loco.
MARC. Sigámosle; no es justo obedecerle.
HORAC. Vamos, pues. ¿Á que fin esto conduce?
MARC. ¡Corröe la ponzoña á Dinamarca!
HORAC. ¡Dios lo encaminará!
MARC. Tras él partamos.

ESCENA V.

Otro sitio en la explanada.

HAML. ¿Donde vamos? hablad: no voy más léjos.
LA SOMB. Atiéndeme.
HAML. Lo haré.

LA SOMB. Ya se aproxima
Lä hora, en que es forzoso que retorne
Á las sulfúreas llamas del tormento.
HAML. ¡Sombra infeliz!
LA SOMB. No; no me compadezcas:
Mas presta tu atencion á cuanto ähora
Á revelarte voy.
HAML. Habladme; que obligado estöy á öiros.
LA SOMB. Y á vengarte tambien, cuando me escuches.
HAML. ¿Qué decís?
LA SOMB. Soy el alma de tu padre,
Por limitado tiempo condenada
Á nocturno vagar, á arder de dïa,
Miéntras no se acrisolen y se purguen
Los horrendos delitos consumados
Cuando en cuerpo habitaba. Si no fuese
Porque no debo revelar secretos
De mi condena, historia narrarïa
Cuyo menor detalle te espantára
Congelando la sangre de tus venas;
Hiciera de sus órbitas tus ojos
Cual dos astros saltar; y desrizarse
Viérase tu peinada cabellera,
Separándose erguidos tus cabellos
Cuál de iracundo puerco-espin las püas.
Mas tal revelacion hacer no debo
Á öidos encarnados. ¡Oyë, oye!
Si acaso amaste á un padre cariñoso...
HAML. ¡Eterno Dios!
LA SOMB. Venga su vil infame asesinato.
HAML. ¡Asesinato!
LA SOMB. Es siempre vil asesinar; mas éste
Fué doblemente vil, contra natura.
HAML. Enteradme: con alas más ligeras
Que la razon ó amantes pensamientos

Volaré á mi venganza.

SOMB. ¡Estás propicio!
Y en verdad te animára ménos vida
Que á la grosera yerba que se arráiga
Y medra en las orillas del Letëo
Si esto no te moviese. Escucha, Hámlet:
Han dicho que dormido en mis jardines,
Me hirió un áspid, y toda Dinamarca
Con el falso relato de mi muerte
Fué engañada; mas sabe ¡oh noble jóven!
Que la serpiente que mató á tu padre
Hoy lleva su coronä.

HAML. ¡Oh alma mïa
Profética! Mi tïo.

LA SOMB. Sí tal; ese:
Incestüoso mónstruo adulterino,
Con hechizo ingenioso y torpes artes,—
¡Oh ingénio y artes viles que así logran
Seducir!—á su amante incontinencia
Ganó la voluntad de la que siempre
Apareció cual reina virtüosa.
¡Degradacion incomprensible, Hámlet!
Robómela á mi amor, cuya pureza
Á la par caminó del sacro voto
Pronunciado en mis bodas, descendiendo
De un malvado al nivel, tan pobre en dotes
Conmigo comparado!
Empero así cuál la virtud resiste,
Aunque en divina forma la torpeza
La corteje, de igual manera el vicio,
Aunque ligado á un ángel irradiante,
En su celeste lecho recostado,
Vivirá de impurezas.
Pero yá el aire de la aurora siento:
Seré breve. Durmiendo en mis jardines,—

Mi constante costumbre por las tardes,—
Tu tïo en mi sagrado se introdujo,
Con hechizada ampolla de beleño,
Que vertió en mis öidos: de tal modo
Es su influjo contrario á nuestra vida,
Que cual azogue presuroso cunde
Del cuerpo por canales y conductos,
Torciendo de repente y coagulando,
Como gotas dë ácido la leche,
Nuestra líquida sangre: así lö hizo;
Y herpética erupcion en el instante,
Con lazarina y repugnante costra,
Cubrió mi terso cuerpo.
Durmiendo me privó fraterna mano,
Cuál vés, de vida, de corona y reina:
En flor todas mis culpas, no dispuesto,
Sin santos sacramentos, sin santóleo,
Impenitente ante mi juez llevado
El alma mïa de defectos llena.
¡Horrendo, horrendo, por demás horrendo!
No lo toleres tú, si tienes brïo;
No el tálamo rëal de Dinamarca
De incesto y de lujuria lecho sëa.
Pero, yendo á este fin cuál te propongas,
Ni manches tu razon, ni tu alma intente
Á tu madre dañar. Vénga del cielo
Su expiacion, y la puncen y lä hieran
Esas espinas que en su pecho esconde.
Adiós, que la luciérnaga ya anuncia
El alba y su luz débil se amortigua.
¡Adiós, Hámlet, adiós! Que me recuerdes.
(Váse.)

HAML. ¡Oh córte celestial! ¡Oh tierra! ¡Y basta?
¿Y no el infierno? ¡Horror! Corazon mïo,
Calma, calma! Con fuerzas sostenedme,

Nervios mïos, no luégo envejezcais!
¡Recordaros? Oh espíritu infelice,
Miéntras tenga un asiento mi memoria
En mi agitado cráneo! ¡Recordaros?
Sí: de la tabla de la mente mïa
Los dulces y los frívolos recuerdos
He de borrar, cuanto aprendí en los libros,
Y formas é impresiones que grabaron
Allí mi juventud y mi experiencia;
Y tu mandato vivirá tan sólo
Del libro del cerebro entre las hojas,
Sin que nada lo infecte. ¡Sí, lo juro!
¡Oh mujer desastrosa!
¡Oh vil! ¡Oh vil! ¡Risueño vil infame!
Lo apuntaré para que conste escrito:
« Con la sonrisa inmóvil en los labios
Se puede ser un vil. » Estoy seguro
Que así á lo ménos pasa en Dinamarca.
(Escribe.)
Aquí, tïo, ya estás; ahora me resta
Cumplir yo mi palabra, tal decïa:
« Adiós, que me recuerdes. » Lo he jurado.

HORAC. y MARC. (Dentro.) Señor, señor.

MARC. Alteza.

HORAC. ¡Dios le ampare!

HAML. ¡Así sëa!

HORAC. ¡Señor, holä! ¡Hé! ¡Hola!

HAML. ¡Ven, pajarito, ven! Venga el reclamo.
(Entran Horacio y Marcelo.)

MARC. ¿Qué tal, mi buen señor?

HORAC. ¿Señor, qué ocurre?

HAML. ¡Extraordinario!

HORAC. Mi señor querido,
Contadlo.

HAML. Nó, que á repetirlo väis.

HORAC. Por el cielo lo juro.
MARC. Yo igualmente.
HAML. ¿Y ähora qué direis? ¿Qué pecho humano
Lo entenderá? ¿Mas guardareis secreto?
MARC. y HORAC. Lo juramos, señor.
HAML. En Dinamarca
No hay vil ninguno que bribon no sëa.
HORAC. Señor, no hace gran falta que las sombras
Para dar nueva tal, dejen sus tumbas.
HAML. Verdad; tienes razon; y, por lo mismo,
Y sin más ceremonias, considero
Que es justo despedirnos y marcharnos;
Vosotros á atender á los negocios,
Ó á los caprichos vuestros, pues sin duda
Todos tienen negocios y caprichos.
En cuanto á mí, que soy tan pobre cosa,
Mirad: voy á rezar.
HORAC. Intempestivas,
Y vagas son, señor, esas palabras.
HAML. Pues en el alma siento yo ofenderte;
De veras, en el alma.
HORAC. No hay ofensa,
Señor.
HAML. Horacio, sí, por Dios, te ofendo,
Y mucho. Con respecto á ese fantasma,
Que es espectro honradísimo aseguro;
Pero en cuanto á saber lo que nos liga,
Averiguadlo vos. Y en tanto, amigos,
Que amigos sois discretos, y soldados,
Concededme un favor.
HORAC. y MARC. Sí; ¿qué quereis?
HAML. No divulgueis lo visto en esta noche.
MARC. y HORAC. Nada, señor, dirémos.
HAML. Mas juradlo.
HORAC. Juro, señor, que nó.

MARC. Tambien lo juro.

HAML. Sobre mi espada.

MARC. Ya, señor, juramos.

HAML. Sobre mi espada ahora jurad.

LA SOMB. (Bajo tierra.) Jurad.

HAML. ¡Hola, mozo! ¿Tal dices? ¿Ahí te encuentras?
Venid, que allí en el sótano está ëse.
(Mudan de sitio.)
¿Consentís?

HORAC. Proponed el juramento.

HAML. No hablar jamás de lo que visto habëis
Sobre mi espada ahora jurad.

LA SOMB. Jurad.

HAML. ¿Hic et ubique? Pues mudemos sitio.
Seguidme, caballeros: (Mudan de sitio.)
Las manos extended sobre mi espada,
Y de no hablar de lo que visto habëis,
Sobre mi espada ahora jurad.

LA SOMB. Jurad.

HAML. ¡Bien dicho, topo! ¡Diligente escarbas!
¡Buen zapador! Cambiemos nuevamente
De sitio, amigos mïos. (Mudan de sitio.)

HORAC. ¡Oh cielos; cuán extraño es todö esto!

HAML. Pues, por extraño, bien venido sëa.
En cielo y tierra existe más, Horacio,
Que sueña tu especial filosofïa.
Pero venid;
Aquí, cual ántes, por el alma vuestra,
Aunque os parezca mi conducta extraña
Y extravagante,—pues quizás estime
Aparecer de hoy más estrafalario,—
Nunca, alzando los brazos de esta suerte,
Ni menëando así vuestra cabeza,
Ni pronunciando enmascaradas frases,
Cual «se sabe,» «si hablar me fuera dado,»

«Si decirlo quisiera,» «hay quien lo entiende,»
Ú ötra ambigüedad, dareis indicio
Que algo de mí sabeis: aseguradme
Que no hareis tal; y así en feliz momento
La gracia y el perdon pueda alcanzaros:
Jurad.

LA SOMB. Jurad. (Juran.)

HAML. Descansa ya, descansa,
¡Oh espíritu intranquilo! Y bien, señores,
En vosotros confïa mi cariño;
Y lo que pueda hacer hombre tan pobre
Cual Hámlet es para mostrar cual debe
Su amistad y cariño hácia vosotros
No faltará, si quiere Dios. Entremos:
Y siempre vuestros dedos en los labios.
Desquiciado está el mundo: ¡suerte horrenda,
Haber nacido yo para su enmienda!
Basta, juntos entremos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Habitacion en casa de Polonio.

Entran POLONIO y REINALDO.

POLON. Le darás esta suma y estas cartas,
Reinaldo.
REIN. Así lo haré.
POLON. Y ántes de verlo,
Cuerdamente obrarías, buen Reinaldo,
Inquiriendo qué vida es la que lleva.
REIN. Tal pensaba.
POLON. Bien dicho; muy bien dicho.
Primeramente, qué dinamarqueses
Son los que habitan en París indagas;
Por qué están, quiénes son, en dónde viven,
Á quién tratan, qué gastan; descubriendo
Con tales circunloquios y artificios
Si á mï hijo conocen, más exactas
Noticias obtendrás que preguntando.

Dices, que de él alguna cosa sabes:
Por ejemplo, «su padre, sus amigos,
»Conocidos me son, y áun él un poco:»
¿Reinaldo, estás?

REIN. Muy bien, señor, lo entiendo.

POLON. «Un poco,» ¿estás? y añadirás, «no mucho.»
«Mas, si es quien me he pensado, es un tronera;»
«Dado á estö y á esotro:» y luégo encajas
Cuantas ficciones gustes; pero cuida
De no ofender su honor; atiende á eso:
Cita bromas, deslices y aventuras
Que propias, como todo el mundo sabe,
Son de la juventud y del que es libre.

REIN. Como el juego, señor.

POLON. Ó la bebida,
Ó el ser espadachin y mal hablado,
Ó camorrista, ó licencioso: puedes
Extenderte hasta eso.

REIN. Señor, eso
Pudiera deshonrarlo.

POLON. No lo creäs.
Debes modificar lo que le achaques;
Pues no quiero que aumentes sus defectos,
Ni digas que es un jóven disoluto:
Tal no pretendo: de sus faltas habla
Tan sólo como tachas que proceden
De demasiada libertad, de exceso
De ardor viril, de indómito carácter
Á las contrariedades no avezado.

REIN. ¿Pero, señor?

POLON. ¿Á qué obrar de este modo?

REIN. Sí tal, señor.

POLON. Pues bien, mi objeto es este,
Rasgo de gran ingenio á lo que juzgo.
De mï hijo el buen nombre deprimiendo

Con esas leves faltas, cual si fueran
Cosa corriente ¿estás? al que lë hables
Y desëes sondar, si ya le consta
Que el jóven en cuestion ha malëado,
Conteste exclamará de esta manera:
«Señor,» ó «tal,» ó «amigo,» ó «caballero,»
Segun su rango, ó título, ó el uso
De su päís.

REIN. Muy bien, señor.

POLON. Entónces;
«Esto hace,» dirás, y «esotro...» ¿Dime,
Que te iba yo á decir? pues por mi vida,
Que algo te iba á decir. ¿En qué quedamos?

REIN. En «conteste,» y «amigo,» ó «caballero.»

POLON. ¿En «conteste?» ya caigo; justamente:
Así dirá: «conozco á ese muchacho;
»Lo ví ayer ó lo he visto el otro dïa;
»Ó äntes, ó despues, con éste, ó el otro;»
Y «como vos decís, jugando estaba;»
Ó «en francachela;» ó «en lidia de pelota,»
Ó puede ser que exclame, «entrar lo he visto
»En tal casa, que tiene mala fama.»
Videlicet burdel, ó cosas tales:
Ahora lo ves; con cebo de mentiras
La trucha así de la verdad se pesca:
Los que estamos dotados de talento,
Y penetramos, con sutiles trazas,
Con artimañas, indirectamente,
Á lo directo vamos: aprovecha
Mi consejo y leccion para mï hijo.
¿Lo entiendes, dí?

REIN. Si tal, señor, lo entiendo.

POLON. Adios; véte con Dios.

REIN. Que Dios os guarde.

POLON. Observa por tí mismo su conducta.

REIN. Lo haré, señor.
POLON. Que á su leccion atienda
De música.
REIN. Señor, contad conmigo.
POLON. Adios. (Váse Reinaldo.)

Entra OFELIA.

¡Ofelia! díme ¿qué sucede?
OFELIA. ¡Señor, señor, estoy tan azorada!
POLON. ¡Válgate Dios! ¿de qué?
OFELIA. Miéntras cosïa
En mi cuarto, señor, su alteza Hámlet,
Todo abierto el jubon y sin sombrero,
Descompuesto y sin liga su calzado
Sobre los piés cäido, con el rostro
Cual la cera, temblando sus rodillas,
Con tan triste expresion en su mirada
Cual si salido hubiera del infierno
A hablar de sus horrores, se presenta.
POLON. ¿Loco de amor por tí?
OFELIA. No lo aseguro,
Mas lo temo, señor.
POLON. ¿Y qué te dijo?
OFELIA. Asiéndome con fuerza por el brazo
De sí me aparta á lo que el suyo alcanza;
Y la otra mano así sobre su frente,
Escudriña mi rostro cual si fuera
Mi retrato á sacar. Por largo trecho
Quedó inmóvil; despues, süavemente
Sacude el brazo mïo, y su cabeza
Moviendo así tres veces sucesivas,
Un suspiro lanzó tan lastimero
Y tan profundo, que agitar parece
Todo su sér y consumir su vida:
Suéltame luégo; y, vuelta sobre el hombro
Su cabeza, encontró aparentemente

Sin auxilio dë ojos su camino;
Pues salió por las puertas sin moverlos,
En mí fijando, hasta partir, su lumbre.

POLON. Ven, irémos los dos: al Rey vëamos.
Un frenesí de amor sin duda es eso,
Cuya misma violencia lo destroza,
La voluntad llevando á la demencia,
Cual la pasion más fuerte que en el mundo
Nos perturba. Lo siento. ¿Tú le has dicho
En estos dïas cosa que le ofenda?

OFELIA. No, señor; mas cumplí vuestro mandato:
Le devolví sus cartas y neguéme
A verlo.

POLON. Pues está por eso loco.
Siento no haber juzgado con más calma
Y más cautela de él; pero supuse
Que aquello era un capricho y que querïa
Tu perdicion. ¡Reniego de mi zelo!
Por Dios, que es tan comun á nuestros años
Pecar por más en nuestros juicios todos,
Como es comun entre la gente jóven
Falta de precaucion. Vente conmigo,
Al Rey vëamos, que esto ha de saberse:
Promover puede, oculto, mal más cierto,
Que el odio que concite descubierto.

ESCENA II.

Salon en el castillo.

Entran el REY, la REINA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN, y acompañamiento.

REY. ¡Oh, Rosencrantz y Guildenstern amados,
Bien venidos! Promueve nuestra prisa

En llamaros, no sólo afan de veros,
Sino necesidad de vuestro auxilio.
Sin duda ya sabeis que se halla Hámlet
De modo tan completo trasformado
Que, á la verdad, ni el mismo ser parece.
No comprendo que exista otro motivo
Para que así su juicio se conturbe
Más que la muerte de su padre: os ruego,
Ya que fuísteis los dos con él crïados,
E igual edad teneis é iguales gustos,
Que algun tiempo vivais en nuestra corte,
Y hagais por inducirlo á los placeres
En la compaña vuestra; descubriendo,
En ocasion propicia, si algo causa
Su afliccion que, ignorado de nosotros,
Remediar se pudiera conocido.

REINA. Mucho habla de vosotros, caballeros,
Y cierta estoy no existen dos personas
Á quien estime más: y si en agrado
Os viniera mostrarnos gentileza,
Quedándoos con nosotros algun tiempo,
Y alimentando así nuestra esperanza,
Fuera vuestra visita agradecida
Cual cumple á la rëal munificencia.

ROSENC. Á vuestras majestades sólo incumbe,
Por el poder omnímodo que ejercen,
En nosotros mandar, no suplicarnos.

GUILD. Obedecemos ámbos, y ofrecemos
Sin restriccion nuestros servicios todos
Á vuestros piés, dispuestos á serviros.

REY. Mil gracias, Rosencrantz y Guildenstern.

REINA. Gracias mil, Guildenstern y Rosencrantz.
Yo os ruego que vëäis en el momento
Á mi hijo, ya tan otro.—Lleve alguno
Donde Hámlet se encuentre á estos señores.

GUILD. ¡Sëa nuestra venida y permanencia
Para su agrado y su provecho!

REINA. ¡Amen!

(Vánse Rosencrantz y Guildenstern y algunos servidores.)

Entra POLONIO.

POLON. De Noruega, señor, alegres vuelven
Ya los embajadores.

REY. Siempre fuiste
El padre tú de las noticias faustas.

POLON. ¿De veras, mi señor? Pues yo aseguro
Á mi excelente rey, que mis servicios,
Como mï alma misma, se hallan siempre
Á lä órden de Dios y mi monarca;
Y ahora imagino, ó mi cerebro acaso
El rastro de la intriga ya no husmëa
Cual ántes, que por fin hallé la causa
Que promueve de Hámlet la locura.

REY. ¡Oh! ¡Hablad, hablad! Con ánsias os escucho.

POLON. Á los embajadores ved primero:
Postres de este festin serán mis nuevas.

REY. Obsequioso recíbelos y ëntren. (Váse Polonio.)
Dice, Gertrúdis mïa, que ha encontrado
La causa del quebranto de tü hijo.

REINA. Es lo que ya sabemos: de su padre
La muerte, y nuestra union precipitada.

REY. Lo pondremos á prueba.

Entran POLONIO, VOLTIMAND y CORNELIO.

Bien venidos,
Amigos mïos. Voltimand, responde:
¿Qué nuevas de mi hermano el de Noruega?

VOLTIM. Corresponde á saludos y desëos;
Las levas suspender mandó al instante
Que su sobrino hacïa, y que él juzgaba
En contra del polaco; pero ha visto,
Informado mejor, que eran realmente

Contra la alteza vuestra. Contristado
Al ver tamaño abuso de los fueros
De su edad, sus achaques é impotencia,
Órdenes manda á Fortinbrás, que en breve
Le obedece. Repréndelo el monarca;
Y en fin, llega á jurar ante su tïo
No hacer armas jamás en contra vuestra.
El viejo rey de regocijo lleno
De renta le otorgó tres mil coronas,
Y permiso, además, para que ocupe
Las gentes que enganchó, contra el polaco:
Con súplica, en extenso aquí expresada,
(Dando un papel.)
Pidiendo concedais paso seguro
Á tal empresa por el reino vuestro,
Con justas garantïas y franquicias
Que hallaréis anotadas.

REY. ¡Qué me place!
Lo leeremos despues con más espacio,
Y respuesta daremos, al asunto
Prestándole atencion. Por el momento
Las gracias aceptad por esta empresa
De éxito tan feliz. Tomad reposo,
Y á la noche al festin. ¡Muy bien venidos!
(Vánse Voltimand y Cornelio.)

POLON. Terminó felizmente este negocio.
Soberano y señora, que yo explique
Lo que es la majestad, qué son deberes,
O por qué el dïa es dïa, noche noche,
Y el tiempo tiempo, inútilmente fuera
Dïa desperdiciar y noche y tiempo.
La brevedad es del ingenio el alma,
La pesadez sus miembros y accesorios.
Seré, pues, breve. Vuestro excelsö hijo
Loco está, loco. ¿Definir locuras

No fuera en uno confesarse loco?
Pase esto, pues.

REINA. Más miga y ménos arte.

POLON. Ningun arte, gastar juro, señora.
Que está loco es verdad, verdad sensible,
Y sensible verdad; no hay duda en ello:
Antítesis ridícula; mas pase,
Que usar no quiero de artificio alguno.
Admitámosle loco: ahora nos resta
Investigar la causa de este efecto;
O la causa, más bien, de este defecto;
Que este defecto, efecto es de una causa.
Esto sentado queda, y esto queda.
¡Atencion!
Tengo unä hija, miéntras fuere mïa;
Que, cual cumple al respeto, á la obediencia
¿Estais? Esto me ha dado; oigan y juzguen.
(Lee.) «Al ídolo celestial de mi alma, la ricamente dotada Ofelia.» —Esta frase es mala, es una frase rastrera. Ricamente dotada es una frase rastrera; pero ya oireis. Así dice: (Lee.) «En su puro y blanco pecho, estos etc.»

REINA. ¿Así le escribe Hámlet?

POLON. Esperad, la verdad dirán mis labios. (Lee.)
«Pon en duda si el sol gira,
Si hay en la estrella fulgor;
Si la verdad no es mentira;
Mas no dudes de mi amor.»
«Sí, mi querida Ofelia, no sirvo para hacer versos; me falta arte para expresar mis ánsias; pero crëe que të amo inmensamente; oh, inmensamente: adiós. Tuyo por siempre, mi queridísima dama, miéntras esta máquina sëa suya, *Hámlet.*»
Mi hija, obediente, me enseñó esta carta,

Y cuándo y dónde y cómo principiaron
Y siguieron despues los galantëos
Del Príncipe me dijo: todo, todo
Me lo ha revelado.

REINA. ¿Perö ella,
¿Ha aceptado su amor?

POLON. ¿Qué me crëeis?

REY. Os tengo por lëal y caballero.

POLON. A eso aspiro. Mas, ¿qué hubiérais pensado?
Si ese ardoroso amor que he visto en ciernes,
(Como lo ví en efecto, he de advertiros,
Antes que mi hija hablara) qué pensárais,
Vos, ó la majestad de mi querida
Reina y esposa vuestra aquí presente,
Si, atendiendo á mis libros y pupitre,
El tonto yo me hiciera, ó sordo y mudo,
Sin dar á esos amores importancia?
¿Qué pensárais? Mas no; porque á mi niña
Así hablé yo sin malgastar el tiempo:
«Príncipe, cuya esfera no es la tuya,
Su alteza Hámlet es y ser no puede.»
Aconsejéle luégo que esquivara
Su trato, ni admitiera sus mensajes,
Ni aceptara regalos; y estö hecho,
En ella mis consejos dieron fruto.
Repulsado... En brevísimas palabras,
Dió en la tristeza, luégo en el ayuno,
Vino el insomnio, abatimiento luégo,
Luégo caprichos, y, por tal declive,
Llegó al fin la demencia que le embarga,
Y todos lamentamos.

REY. ¿Creeis vos eso?

REINA. Sí tal, es muy probable.

POLON. ¿Ha sucedido
Alguna vez (quisiera averiguarlo)

Que haya yo asegurado que «eso es eso»
Y no haya sido?

REY. Nunca en mi experiencia.

POLON. (Señalando á su cabeza y á sus hombros.)
Esta quitad á éstos, si me engaño:
Si me apremian á mí las circunstancias,
Hallaré la verdad, aunque se esconda
De la tierra en los senos más profundos.

REY. ¿Y qué hacer para verlo comprobado?

POLON. A veces hasta cuatro horas pasëa
Por estas galerïas.

REINA. Es muy cierto.

POLON. Pues hago que mï hija aquí lo encuentre,
Presenciando nosotros la entrevista
Tras los tapices. Si es que no lä ama,
Si es que por ella no ha perdido el juicio,
No debo ser ministro de un Estado:
Cuidaré de un cortijo y sus carretas.

REY. Probaremos.

REINA. Mas ved, cuán tristemente
Leyendo el desgraciado se aproxima.

POLON. Idos ambos os ruego: voy á hablarle.
(Vánse el Rey, la Reina y acompañamiento.)

Entra HÁMLET leyendo.

Con vuestro permiso: ¿cómo está vuestra alteza?

HAML. Bien, á Dios gracias.

POLON. ¿Me conoceis, señor?

HAML. Os conozco perfectamente; sois pescadero.

POLON. ¿Yo? ¡Nada de eso, señor!

HAML. Pues ojalá que fuérais tan honrado.

POLON. ¡Honrado!

HAML. Sí, señor: tal cual el mundo anda, ser honrado es como ser escogido uno entre diez mil.

POLON. Esa es gran verdad.

HAML. (Leyendo.) « Si el sol cría gusanos en el cadáver de un perro; y siendo un Dios acaricia la podredumbre...» ¿Teneis alguna hija?

POLON. Sí, señor.

HAML. Pues que no ande al sol: es una bendicion concebir; pero no como podría concebir vuestra hija. Atended á ësto, amigo mïo.

POLON. ¿Qué quereis decir con eso? (Aparte.) Siempre el tema de mï hija: pero al principio no me conoció; dijo que era pescadero. Muy loco está, muy loco: por cierto, que en mi juventud tambien me trastornaron los amores: casi tanto comó á él. Le hablaré otra vez.— ¿Qué lëeis, señor?

HAML. Palabras, palabras, palabras.

POLON. Mas, señor, ¿de qué se trata?

HAML. ¿Entre quién?

POLON. Quiero decir, ¿de qué asunto trata el libro?

HAML. Calumnias, caballero: este tunante es tan mordaz, que afirma que los viejos tienen cana la barba, arrugas en la cara, que sus ojos manan ámbar y goma de ciruelo, y que unen á una gran falta de ingenio, flaquísimas nalgas; y, aunque todo esto lo crëo yo total y absolutamente, no me parece justo que se asiente de este modo; porque, señor mïo, vos mismo tendríais mi edad, si pudiéseis caminar hácia atrás como los cangrejos.

POLON. (Aparte.) Aunque esto es locura, hay cierto método en lo que dice.—¿No quisiérais quitaros del aire?

HAML. ¿Meterme en mi sepultura?

POLON. (Aparte.) Verdad que eso es quitarse del aire. ¡Qué intencionadas son sus respuestas! Más felices son á veces las ocurrencias de la

locura que los productos de la inteligencia y del sano juicio. Lo dejaré, y haré que inmediatamente se encuentren él y mi hija.— Humildemente pido la vénia á vuestra alteza para despedirme.

HAML. Nada podíais pedirme que con mayor satisfaccion os concediera, exceptüando mi vida, exceptüando mi vida, exceptüando mi vida.

POLON. Adiós, señor.

HAML. ¡Necios y pesadísimos viejos!

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

POLON. ¿Vais en busca de su alteza Hámlet? Pues ahí le teneis.

ROSEN. (A Polonio.) Dios os guarde. (Váse Polonio.)

GUILD. Mi estimado señor.

ROSEN. Mi querido señor.

HAML. ¡Mis queridísimos amigos! ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Ola, Rosencrantz! Guapos chicos, ¿cómo estais ámbos?

ROSEN. Como la gente de poco más ó ménos en la tierra.

GUILD. Dichosos, por no ser harto dichosos
Ni el airon del tocado de fortuna.

HAML. Ni la suela de sus zapatos.

ROSEN. Ni lö uno ni lö otro.

HAML. Entónces os hallais hácia su cintura, ó en el centro de sus favores.

ROSEN. ¡Pues! ¡Sus favoritos!

HAML. ¿De su secreta privanza? Sí: ya caigo! es una meretriz. ¿Qué noticias hay?

ROSEN. Ninguna; únicamente que el mundo aumenta en virtudes.

HAML. Pues entónces se acerca el dïa del juicio; pero tus noticias son falsas. Dejadme interrogaros más detenidamente: ¿qué habeis he-

cho, amigos mïos, para merecer que la fortuna os envïe á esta prision?

GUILD. ¡Prision!

HAML. Dinamarca es una prision.

ROSEN. Prision, pues, es el mundo.

HAML. Y magnífica: en que hay confinados, carceleros y calabozos: uno de los pëores Dinamarca.

ROSEN. No lo crëemos así.

HAML. Pues entónces para vosotros no lo será; porque nada es ni bueno ni malo si damos en pensar en ello: para mí es una prision.

ROSEN. Así os la hará juzgar vuestra ambicion; será demasiado estrecha para vuestras aspiraciones.

HAML. ¡Oh, Dios mïo! Pudiéranme encerrar en una cáscara de nuez y me creerïa rey del infinito universo, á no soñar horrores.

GUILD. Son sueños de la ambicion, porque el alimento del ambicioso es sólo la sombra de un sueño.

HAML. Un sueño no es más que una sombra.

ROSEN. Es cierto, y yo sostengo que la ambicion es tan esencialmente äérea y baladí, que es la sombra de una sombra.

HAML. Pues entónces nuestros mendigos son cuerpos, y nuestros monarcas y grandes héroes sombras de mendigos. ¿Vamos á la corte? pues á fé mïa que no estoy para discutir.

ROSEN. y GUILD. Acompañaremos á vuestra alteza.

HAML. De ningun modo: no quiero poneros al nivel de mis demás sirvientes; porque, á fé de hombre de bien, estoy tremendamente acompañado. Pero, en el seno de la amistad, ¿qué os conduce á Elsinor?

ROSEN. Veros: ningun otro asunto.

HAML. ¡Qué miserable soy! ¡Pobre hasta en dar gracias! Pero, gracias! y por cierto, amigos mïos, que áun á ochavo, caras son mis gracias. ¿No os han mandado venir? ¿Es de propia voluntad? ¿Es vuestra visita espontánea? Vamos, tratadme como debeis: vamos, vamos; respondedme.

GUILD. ¿Qué vamos á decir, señor?

HAML. Cualquier cosa, pero al caso. Se os ha obligado á venir; hay de ello una tácita confesion en vuestro semblante, á cuya inocencia no puede dar color vuestra astucia: sé que el buen Rey y la Reina os han mandado llamar.

ROSEN. Y ¿á qué fin, señor?

HAML. Eso me lo direis vosotros. Pero yo os conjuro, por los derechos de nuestro compañerismo, por la consonancia de nuestra edad, por las obligaciones de nuestra nunca interrumpida amistad, y por todo aquello que os fuere más querido, y que otro más orador que yo pudiera recordaros, á que sëäis francos y lëales conmigo: ¿os llamaron, sí ó no?

ROSEN. (Aparte á Guildenstern.) ¿Qué dices?

HAML. (Aparte.) ¡Ola! Entónces me guardaré de vosotros. Si me quereis, no me reserveis nada.

GUILD. Señor, nos han mandado venir.

HAML. Yo os diré por qué; y el anticiparme evitará que me lo descubrais, y aparezca como que ha pelechado la fidelidad que debeis al Rey y á la Reina. Desde hace corto tiempo, no sé por qué causa, he perdido mi alegrïa; he abandonado mis distracciones usüales; y, á la verdad, me encuentro tan abatido, que esta

hermosa tierra me parece estéril calvario; esta magnífica bóveda, esta atmósfera, sí, este espléndido firmamento que nos cubre, ese majestüoso techo tachonado de áureo fuego, es para mí, sólo un conjunto de inmundos y pestilentes vapores. ¡Obra cuán maravillosa es el hombre! ¡Cuán noble su razon! ¡Cuán infinitas sus facultades! Sus formas y movimientos ¡cuán expresivos y admirables! ¡Sus actos como los de los ángeles! ¡Su inteligencia ¡cuán parecida á la de un Dios! ¡La gloria del mundo! ¡El modelo de los seres! Y sin embargo, ¿qué es para mí esta quinta esencia del polvo? No me agrada el hombre, ni la mujer tampoco, aunque con vuestras sonrisas deis á entender que no lo crëeis.

ROSEN. No pensaba en eso, señor.

HAML. Pues ¿por qué te rëïas cuando dije que no me agrada el hombre?

ROSEN. Pensaba, que si la gente no os agrada, van á tener los cómicos un recibimiento cuaresmal: los hemos comprometido en nuestro viaje, y aquí vienen para ofreceros sus servicios.

HAML. Quien haga de rey será bien venido; pagaré tributo á Su Majestad; el caballero aventurero usará su espada y su rodela; el amante no suspirará en vano; el gracioso concluirá su papel en paz; el payaso hará rëir á quienes tengan la risa en el disparador, y la dama podrá expresar libremente sus pensamientos, aunque el verso cojëe.—¿Qué cómicos son?

ROSEN. Los mismos que tanto os agradaban, los trágicos de la ciudad.

HAML. ¿Y por qué viajan? Más ganarïan en reputacion y en intereses quedándose quietos.

ROSEN. Crëo que últimamente les está prohibido.

HAML. ¿Sè les aprecia tanto como cuando estaba yo en la ciudad? ¿Acude tanta gente á verlos?

ROSEN. No, señor.

HAML. ¿Y por qué? ¿Se han enmohecido?

ROSEN. No: tratan de agradar como siempre; pero ha aparecido una crïa de chiquillos, de unos polluelos que chillan á más no poder, y se les aplaude frenéticamente: ahora están de moda, y vociferan de tal suerte en los tëatros públicos (como ellos los llaman), que actores de espada en cinto han cogido miedo á la crítica de ciertas plumas de ganso, y apénas se atreven á presentarse en ellos.

HAML. ¿Conque, niños? ¿Y quién los dirige? ¿Cuánto ganan? ¿Seguirán en el arte sólo miéntras puedan cantar? Y ¿no exclamarán luégo si, como es probable, no mejorando su suerte se hacen actores, que aquellos para quienes escriben les hacen poco favor obligándoles á declamar contra la profesion que deberán seguir más tarde?

ROSEN. Lo cierto es, que ha habido mucha agitacion por ambas partes, y el público no cree pecar con azuzarlos: durante algun tiempo, no se pagaba dinero por pieza alguna, sin que pöeta y actores no se hubiesen abofetëado préviamente.

HAML. ¿Es posible?

GUILD. ¡Oh! ha habido gran desperdicio de ingenio.

HAML. ¿Y vencen los muchachos?

ROSEN. ¡Vaya! vencen á Hércules y á todo su poder.

HAML. No es extraño; porque mi tïo es rey de Dinamarca, y los que le hubieran hecho muecas

cuando mi padre vivïa, ahora darïan veinte, cuarenta, cincuenta y hasta cien ducados por su retrato de miniatura. ¡Voto vá! se probarïa que esto es anti-natural, si la filosofïa se metiese en dilucidarlo.

Suenan trompetas dentro.

GUILD. Ahí vienen los cómicos.

HAML. Amigos, bien venidos á Elsinor. Vengan esas manos, ¿estamos? Corresponde dar la bien venida con cumplimientos y ceremonias, pero dejadme cumplir con vosotros en esta forma, no vaya á aparecer el recibimiento que he de hacer á los cómicos,—que, como ya os he dicho, ha de ser lucido,—más fastüoso que el que á vosotros hiciera. Bien venidos sëais; pero mi tïo padre y tïa madre se equivocan.

GUILD. ¿Cómo, señor?

HAML. Estoy loco sólo cuando sopla el Nornordeste: cuando sopla el Sur sé distinguir la garza del halcon.

Entra POLONIO.

POLON. ¡Me alegro de veros buenos, caballeros!

HAML. Oye, Guildenstern: y tú tambien: cada oreja un oyente. Esa vieja criaturita que veis ahí, está todavïa en mantillas.

ROSEN. Acaso las use por segunda vez; pues dicen que los viejos vuelven á la primera edad.

HAML. Me atrevo á profetizar que viene á hablarme de los cómicos: ya vereis.—Decís bien: el lúnes por la mañana: así fué.

POLON. Señor, os traigo noticias.

HAML. Señor, os traigo noticias. Cuando Roscio representaba en Roma...

POLON. Los cómicos han llegado.

HAML. ¡Bah! ¡Bah!

POLON. ¡Os lo juro sobre mi...

HAML. ¿Acaso en burro cabalgando vienen?

POLON. Los mejores cómicos del universo, sëa para lo trágico ó para lo cómico, para lo histórico ó para lo pastoral; para lo cómico-pastoral, ó para lo histórico-pastoral; para lo trágico-histórico, ó para lo trágico-cómico-histórico-pastoral; para la escena indivisible ó para el pöema ilimitado. Con ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto es demasiado leve. Sëa ateniéndose á las reglas del arte, ó libremente improvisando, no hay actores que los igualen.

HAML. ¡Oh Jefté, juez de Isräel, qué tesoro teneis!

POLON. ¿Qué tesoro tenïa?

HAML. ¡Vaya!

«Su única hermosä hija,
Á quien sin tasa amaba.»

POLON. (Aparte.) ¡Siempre mï hija!

HAML. ¿No tengo razon, oh vetusto Jefté?

POLON. Si soy Jefté, entónces tengo unä hija á quien amo sin tasa.

HAML. No; consecuencia no es.

POLON. ¿Pues cuál es la consecuencia?

HAML. Esta:

«Y por suerte
Dios lo advierte;»

Y luégo, como sabeis,

«Porque al fin aconteciera,
Lo que acontecer debiera.»

La primera estrofa de esta cancion piadosa os dirá más; porque mirad, ahí llegan los que terminan mi discurso.

Entran cuatro ó cinco actores.

Bien venidos, señores; bien venidos todos.

¡Me alegro de veros buenos, amigos mïos; bien venidos. Antiguo amigo mïo! Desde que no te vëo adornan guarniciones tu cara. ¿Te me subes á las barbas en Dinamarca? ¡Hola, señorita y dueña mïa! Válgame la Vírgen, el alto de un chapin está vuestra merced más cerca del cielo que cuando la ví la última vez. Dios quiera que vuestra voz no se haya echado á perder con el uso, como moneda de baja ley. Señores, sed todos bien venidos. Vamos desde luégo al grano. Como halconeros franceses, á volar tras lo primero que se vëa: oigamos ahora mismo una relacion: vamos, dadnos una muestra de vuestro ingenio: venga un pasaje apasionado.

PRIM. ACT. ¿Qué pasaje, señor?

HAML. Te öí una vez una relacion, que nunca llegó á representarse ante el público; ó, si acaso, una vez únicamente; porque recuerdo que la pieza no agradó á la multitud. No era manjar para el vulgo: pero sí una composicion magnífica, segun mi juicio y el de otras personas, cuya opinion en estas materias está muy por encima de la mïa. Bien combinadas las escenas, y desenvuelto el argumento con tanta naturalidad como arte. Recuerdo, haber dicho uno, que quizás no habïa sal bastante en el verso para sazonar el dïálogo, ni en la frase énfasis bastante para calificar de apasionado al autor; pero que era una pieza de gran mérito, instructiva y agradable, é infinitamente más bella que brillante. Un pasaje me agradó extraordinariamente: la relacion de Enëas á Dido; y, con particularidad, el trozo en que habla de la muerte de Príämo:

si lo recuerdas, principia con este verso: vamos á ver, vamos á ver:

«Pirro el feroz, como la fiera Hircana...»
No es así...; principia con Pirro.

«Pirro el feroz, el de las armas negras,
Negras cual su propósito siniestro,
Del caballo ominoso en las entrañas
La imágen de la noche parecïa.
Ahora su oscuro y pavoroso aspecto
Más espantosa heráldica reviste:
Gules todo su cuerpo, ya chorrëa
Con la sangre de ancianos y matronas,
De vírgenes y niños, que apiñados
Y ardiendo entre los muros humëantes,
Con siniestros y lúgubres fulgores,
El triste fin de su señor alumbran;
Por lä ira y el fuego enardecido,
Abultando su cuerpo sangre espesa,
Y á carbunclos sus ojos semejantes,
Pirro, cual mónstruo que abortó el averno,
Busca al vetusto Príämo.»—Prosigue.

POLON. Pardiez, señor, muy bien dicho: con excelente entonacion y mucha inteligencia.

PRIM. ACT. «Lo encuentra al fin en vana lid luchando
Contra el griego. Su espada envejecida,
Inútil en su brazo, ya nï hiere,
Ni le obedece ya: Pirro á él se lanza:
¡Oh lucha desigual! en ira ciego
Le yerra; empero de su espada el aire
Postra al débil anciano. El golpe entónces
La inanimada Ilion sentir parece:
Al suelo caen las torres incendiadas
Y á Pirro espanta su fragor tremendo.
¡Mirad! La espada que cäer debïa
Sobre las canas del ilustre anciano,

Suspendida en los aires permanece;
É inmóvil, cual estátua, se halla Pirro
Sin voluntad ni objeto.
Así, cual suele en hórrida tormenta
La calma intervenir, quietas las nubes
Y mudo el huracan, y silenciosa
La tierra cual la muerte; y luégo el trueno
La celeste region airado rasga,
Despierta Pirro así de su letargo
Y la venganza incita su tarëa.
No al forjarse de Marte la armadura
Para la eterna prueba, los martillos
De los gigantes cíclopes cayeron
Con ménos compasion que sobre Príämo
Cayó de Pirro la sangrienta espada.
¡Atrás, atrás, fortuna veleidosa!
¡Oh, dioses! ¡Suspended su poderïo!
De su rueda romped rayos y aro
Y el pezon circular hacéd que ruede
La cuesta celestial á los profundos.»

POLON. Esto es demasiado largo.

HAML. Como dirïa el barbero de vuestra barba.— Haz el favor de seguir. A este le agrada un baile ó un cuento verde: si no, se duerme. Sigue, lleguemos á Hécuba.

PRIM. ACT. «¡Mas ¡ay! ¡Quién viese á la encubierta reina!»

HAML. ¿A la encubierta reina?

POLON. Está bien «la encubierta reina;» está bien dicho.

PRIM. ACT. «Correr descalza; y con copioso llanto
Amenazar las llamas: tosco lienzo
Ciñe en vez de corona su cabeza;
Y en vez de vestiduras, una manta
Que en su pavor arrebató, recubre
Su harto fecundo y relajado cuerpo:

Quien esto viese, en ponzoñosas voces
De traidora tachara á la fortuna;
Y hasta los mismos dioses, si escucharon
El hórrido estallido de su pena
Cuando á Pirro encontró que con su espada
Los miembros laceraba del esposo,
O las humanas penas no los turban,
O de los ojos fúlgidos del cielo
Las lágrimas cayeran, y los dioses
Contristados quedaran!»

POLON. ¡Mirad! ¡Pues no está demudado y las lágrimas se asoman á sus ojos! Por Dios, no más.

HAML. Muy bien: pronto haré que me repitas el resto.—Señor mïo, ¿tendreis la bondad de cuidar de que se hospeden bien los actores? ¿Lo oís? Que se les agasaje en regla, porque son el resúmen y la crónica de su época: más os valdrïa mal epitafio despues de muerto que gozar de mala fama entre ellos en vida.

POLON. Señor, cuidaré de que los traten como se merecen.

HAML. Hombre, ¡qué tonterïa! Mucho mejor. Si se trata á cada cual como se merece, ¿quién podrá eludir una paliza? Tratad á cadä uno como corresponda á vuestro honor y á vuestra dignidad: miéntras ménos merezcan, tanto más valdrán vuestros agasajos.—Id con ellos.

POLON. Venid, señores.

HAML. Seguidlo, amigos. Mañana habrá representacion.

(Váse Polonio con todos los actores ménos el primer actor.)

Escucha, antiguo amigo; ¿puedes representar «El asesinato de Gonzago?»

PRIM. ACT. Sí, señor.

HAML. Pues se representará mañana. Si fuese preciso, ¿podrïas aprender quince ó veinte versos para intercalarlos si yo quisiera, no es verdad?

PRIM. ACT. Sí, señor.

HAML. Muy bien. Sigue á ese caballero; y cuidado con hacerle burla. (Váse el primer actor.) Amigos mïos, hasta la noche: bien venidos á Elsinor.

ROSEN. Noble señor.

HAML. Sí, sí tal. Id con Dios.

(Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)

Me encuentro solo.
¡Oh, cuán infame soy, cuán vil esclavo!
¿No es monstrüoso que ese actor, fingiendo,
Soñando sólo una pasion, amolde
El alma de tal modo á su capricho,
Que en completo su rostro palidece,
Vierten sus ojos lágrimas, su aspecto
Espanto causa, sus palabras tiemblan,
Y se acomoda su organismo entero
A una vana ficcion? ¡Todo por nada!
¡Por Hécuba!
¿Y qué le importa á él Hécuba, ni á ëlla
Qué importä él, para que así la llore?
¿Qué hiciera si el motivo le impulsase
Y el aguijon que mi dolor provoca?
Inundara la escena con su llanto,
Traspasara á las gentes su terrible
Lenguaje, al delincuente enloqueciera,
Causara horror al hombre virtüoso,
Al necio confundiera, y asombrara
Del ver y öir las facultades todas.
Mas yo...
Vil miserable, espíritu de cieno,

Amilanado, de intencion vacïo,
Cual sonámbulo nada decir logro,
Nada; ni aun por un rey, que despojado
De sus riquezas y preciosa vida
Inicuamente fué.—¿Que soy cobarde?
¿Quién me llama rüin, mi frente hiere,
Mi barba arranca y á mi faz la arroja,
Osó asir mi nariz, y en mi garganta
«Mentís» me arroja, que en lo más profundo
De mi pulmon penetra? ¿Quién tal hace?
¡Ah!...
Pardiez, que lo aguantára; pues preciso
Es que yo tenga entrañas de paloma,
Y que de hiel carezca que acibare
Las ofensas, ó ya cebado habrïa
Todos los gavilanes de la esfera
Con los inmundos restos de ese esclavo:
¡Ah, sanguinario, sanguinario, infame
Crüel, traidor, lascivo, vil infame!
¡Oh! ¡Venganza!...
Pero ¡cuán necio soy! ¡Gran valentïa!
Hijo de amante padre asesinado,
¡Yo á quien el cielo y el infierno impulsan
A tremenda venganza, desähogo
Mi corazon cual hembra, con palabras,
Y á maldecir me doy como ramera
O grumete!
¡Qué oprobio! ¡á trabajar, cerebro mïo!—
He oido asegurar que en ocasiones
Herido en su conciencia el delincuente
Al asistir á una comedia puesta
En escena con arte, su delito
En aquel mismo instante ha confesado;
Que si la lengua no proclama el crímen,
Órganos milagrosos lo delatan.

Yo haré que ante mi tïo representen
Un paso semejante los actores
Al vil asesinato de mi padre:
Lo observaré: lo sondaré á lo vivo:
Si palidece, mi camino es llano.—
Tal vez la sombra el diablo mismo sëa,
Pues su poder alcanza á revestirse
Con agradables formas: quizá intente,
Melancólico al verme y abatido,
(Pues grande es su poder si así nos halla),
Engañarme y perderme. Quiero datos
Más fijos. La comedia: con su ayuda
La conciencia del Rey veré desnuda.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Habitacion en el Castillo.

Entran EL REY, LA REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

REY. ¿Y no pudísteis en manera alguna,
Obligarle á decir cuál es la causa
Que turba su quietud, y que lo induce
A esa crüel demencia que lo agita?
ROSEN. Confiesa, sí, que se halla perturbado;
Pero cuál es la causa no revela.
GUILD. Ni permite tampoco que la indaguen;
Pues, como loco, se repara astuto
Cuando ve que arrancarle pretendemos
Alguna confesion.
REINA. ¿Os vió gustoso?
ROSEN. Nos recibió con mucha cortesïa.
GUILD. Pero sin duda alguna se esforzaba.
ROSEN. Cauteloso en su trato; pero dando
Respuesta pronta á las preguntas nuestras.

REINA. ¿Alguna diversion le propusísteis?
ROSEN. Es el caso, señora, que encontramos
En el camino á ciertos comediantes:
De ello le hablamos y lo oyó gustoso:
En la corte ahora están; y me parece
Que ante él representan esta noche.
POLON. Es cierto; y me ha pedido qne rogara
A vuestras majestades su asistencia
A la funcion.
REY. Con toda el alma mïa.
Placer me causa verlo en tal camino.
Caballeros, seguidle estimulando
A que así se distráiga en los placeres.
ROSEN. Así se hará, señor.
(Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)
REY. Gertrudis mïa,
Déjanos tú tambien; pues he arreglado
Que, al llegar aquí Hámlet, cual si fuese
Casualidad se encuentre con Ofelia:
Su padre y yo, espïas intachables,
Dispuestos para ver, mas de él ocultos,
Juzgaremos con calma la entrevista;
De su conducta entónces coligiendo
Si proviene su mal de esos amores.
REINA. Os obedezco. Ofelia, á tí te digo,
Que, ojalá tu belleza sea la causa
Del delirio dë Hámlet; porque espero
Que si es verdad, á su razon lo vuelvan,
Para dicha de ámbos, tus virtudes.
OFELIA. Señora, Dios lo haga. (Váse la Reina.)
POLON. Pasëa aquí.—Señor, si bien os place,
Ocultémonos.—Tú, lëe este libro; (Á Ofelia.)
Y así tu soledad se disimula
¡Con esa ocupacion. ¡Cuán á menudo
Nos prueba la experiencia que pecamos;

Pues con santo ademan y actos piadosos
Al diablo mismo sobornar queremos!

REY. (Aparte.) ¡Cuán cierto es; y cuán violentamente
Tales palabras mi conciencia azotan!
Con la beldad que imitan comparadas,
No ménos fëas son las falsas tintas
Que da á la tez de mujerzuela el arte
Que mis pintadas frases con mi crímen:
¡Oh dura carga!

POLON. Ahí viene; á retirarnos.

(Vánse el Rey y Polonio.)

Entra HÁMLET.

HAML. ¡Ser ó no ser, que la cuestion es esta!
Si es á la luz de la razon más digno
Sufrir los golpes y punzantes dardos
De suerte horrenda, ó terminar la lucha
En guerra contra un piélago de males!
Morir; dormir. No más. Y con un sueño
Pensar que concluyeron las congojas,
Los mil tormentos de la carne herencia,
Debe término ser apetecido.
Morir; dormir. ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rémora es esa; pues qué sueños
Podrán ser los que acaso sobrevengan
En el dormir profundo de la muerte,
Ya de mortal envuelta despojados,
Suspende la razon: ahí el motivo
Que á la desgracia da tan larga vida:
¿Quién las contrariedades y el azote
De la fortuna soportar pudiera
La sinrazon del déspota, del vano
El ceño, de la ley las dilaciones,
De un amor despreciado las angustias,
Del poder los insultos, y el escarnio
Que del menguado el mérito tolera

Cuando él mismo su paz conseguirïa
Con un mero punzon? ¿Quién soportara
Cargas, que con gemidos y sudores
Ha de llevar en vida fatigosa,
Si el recelo de un algo tras la muerte,
Incógnita region de donde nunca
Torna el viajero, no turbara el juicio,
Haciéndonos sufrir el mal presente
Más bien que en buscä ir de lo ignorado?
Nuestra conciencia, así, nos acobarda;
Y el natural matiz de nuestro brïo,
Del pensar con los pálidos reflejos
Se marchita, y así grandes empresas
Y de inmenso valer su curso tuercen,
Y el distintivo pierden de su impulso.—
Pero silencio. ¡La gentil Ofelia!
¡Ah ninfa! en tus plegarias
Que todos mis pecados se recuerden.

OFELIA. ¿Cómo os hallais, despues de tantos dïas,
señor?

HAML. Mil gracias; bueno, bueno, bueno.

OFELIA. Tengo, señor, recuerdos que me dísteis,
Y que hace tiempo devolver ansïo;
Os ruego, pues, que los tomeis ähora.

HAML. Yo no, yo no: jamás te dí yo nada.

OFELIA. Que es cierto, bien lo sabe vuestra alteza;
Y con ellos palabras de tan dulce
Hálito rodëadas, que aumentaron
Su intrínseco valor; pero, perdido
Ya su perfume, recobradlos luégo;
Que estos ricos presentes nada valen
Para quien alma generosa hubiere,
Si quien los dió con su crueldad nos hiere:
Tomad, señor.

HAML. ¡Ya, ya! ¿eres honrada?

OFELIA. ¡Señor!

HAML. ¡Eres hermosa!

OFELIA. ¿Qué quereis decir?

HAML. Que si eres honrada y hermosa, no debe haber trato alguno entre tu virtud y tu belleza.

OFELIA. ¿Pudiera la belleza tener mejor comercio que con la virtud?

HAML. ¡Bueno fuera! Más fácil es á la belleza trasformar á la virtud en meretriz, que á la virtud lograr que la belleza la iguale: ántes, esto era una paradoja, pero las circunstancias lo han comprobado. Te amé.

OFELIA. En verdad que me lo hicísteis creer.

HAML. No debieras haberme crëido; porque, aunque en este carcomido tronco se ingerte la virtud, siempre habrá de notarse el primitivo sabor. No te amaba.

OFELIA. Mayor, pues, fué mi engaño.

HAML. Vete á un convento: ¿por qué has de ser tú madre de pecadores? Yo, que soy honrado á medias, pudiera, sin embargo, echarme en cara tales cosas que más valiera que mi madre no me hubiera dado á luz: soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más tentaciones criminales que pensamientos tengo para abarcarlas, imaginacion para darles forma, ó tiempo para ceder á ellas. ¿Por qué se han de arrastrar entre el cielo y la tierra las gentes como yo? Somos unos miserables todos: no crëas á ninguno. Anda, vete á un convento. ¿En dónde está tu padre?

OFELIA. En casa.

HAML. Que le cierren las puertas, para que no se ridiculice sino en su propia casa. Adiós.

OFELIA. ¡Ay, amparadle, santos cielos!

HAML. Por si te casas, toma este torcedor para tu dote: aunque sëas cual el hielo casta y pura cual la nieve, no evitarás la calumnia. Vete, vete á un convento. Adiós. O si necesariö es que te cases, cásate con un necio: los discretos saben perfectamente que los convertís en mónstruos. Vete á un convento, vete, y pronto. Adiós.

OFELIA. ¡Dios mïo, volvedle á la razon!

HAML. Sé que os pintais; lo sé perfectamente; que Dios os da una cara, y que os fraguais otra; respingais, os contonëais, balbuciendo poneis motes á lo que Dios crïa y haceis pasar vuestra astucia por inocencia. Vete. No hablemos más de esto: me ha vuelto loco. Digo, que no ha de haber más casamientos: los ya casados, exceptö uno, vivirán así: los demás que permanezcan solteros. Vete, vete á un convento.

(Váse Hámlet.)

OFELIA. ¡O noble inteligencia quebrantada!
Del político, el sabio y el soldado,
La voz, la prevision, la valentía.
De este reino la flor y la esperanza,
De la elegancia espejo fiel, modelo
Del galan, tú entre todos distinguido,
Postrado así! ¡No habrá mujer alguna
Más que yo desgraciada y miserable!
Yo que libé la miel de tus palabras,
Hoy tu razon tan clara y vigorosa
Discorde y bronca resonar escucho,
Como dulces campanas mal pulsadas;
Y de tus años juveniles vëo
La hermosura sin par que se marchita
Por delirio crüel. Suerte traidora

Aquello ver ayer, ver esto ähora!

Entran el REY y POLONIO.

REY. ¡Amor! no tal: no es ese el sentimiento:
Y aunque inconexo su lenguaje fuera
No es el de un loco, no. Algo hay oculto
Que incuba su tristeza; y yo me temo
Que cuando salga á luz, serán desdichas.
Para evitarlas, pues, he decidido
Que á Inglaterra inmediatamente vaya,
Y demande el tributo no pagado:
Quizás el mar, la tierra diferente
Y objetos varios, de su pecho arranquen
Esë algo que ahí tanto predomina,
Que embarga su cerebro, y que le impulsa
A obrar fuera de sí.—¿Vos qué pensäis?

POLON. Decís muy bien: mas, sin embargo, crëo
Que el principio, el orígen de su pena
Fué despreciado amor.—Ofelia, ¡hola!
De qué te habló su alteza no nos digas;
Lo hemos öido.—Haced lo que gusteis;
Mas, si quereis, despues de la comedia
Que la Reina su madre le hable á solas
Para inquirir de su afliccion la causa:
Yo, si lo permitís, ocultamente
Verlos quiero: si nada se descubre,
Á Inglaterra envïadlo, ó encerradlo;
Segun vuestro buen juicio determine.

REY. Así lo pienso hacer; que no es cordura
No vigilar del grande la locura. (Vánse.)

ESCENA II.

Salon en el Castillo.

Entran HÁMLET y algunos actores.

HAML. Te suplico que declames la relacion como yó te la he dicho, con lengua suelta: pues si la articulas, como hacen algunos actores, más me valiera que el pregonero de la ciudad recitase mis versos. Ni asierres el aire con las manos de este modo; sé mesurado: áun en el torrente, en la tempestad, en el torbellino, por decirlo así, de tu pasion, debes ostentar alguna templanza, á fin de darle suavidad. Me destroza el alma öir á un robustísimo y empelucado actor, hacer trizas y harapos la pasion que interpreta, y atronar los öidos del vulgo; á quien, por lo comun, conmueven sólo incomprensibles pantomimas ó rüidos. Harïa azotar á quien así sobrepuja al mismo Trivigante: es ser más Herodes que Herodes: no los imites, te ruego.

PRIM. ACT. Lo aseguro á vuestra alteza.

HAML. Tampoco has de ser demasiado süave: tu propio juicio sea tu guïa: que corresponda la accion á la palabra y la palabra á la accion, poniendo especial cuidado en nö ir nunca más allá de lo que reclama la sencillez de la naturaleza; porque todo lo que á ella se opone se opone igualmente al arte de declamar, cuyo objeto, desde que se inició hasta hoy, fué y es, como si dijéramos, presentar fiel espejo

á la naturaleza, mostrar á la virtud su verdadero semblante, al vicio su imágen propia, y ser fiel trasunto de la distinta faz y costumbres de cadä época. Ahora bien, estö, ejecutado mal ó exageradamente, aunque haga gozar al ignorante, hará padecer al discreto; cuya aislada censura debes tener en más valïa que la opinion de un público entero. Actores he visto, y muy aplaudidos por cierto, cuya manera de declamar y accionar no era ni de cristianos, ni de paganos, ni dë hombres siquiera, moviéndose y vociferando de tal modo, que más parecïan séres hechos á destajo y mal, que séres racionales. Tan detestablemente imitaban la humanidad.

PRIM. ACT. Confïo en que nosotros hemos remediado, en algun tanto, estos defectos.

HAML. Remediadlos por completo; y que los graciosos no ejecuten más que lo que les esté indicado; porque hay algunos, que inmotivadamente rïen para hacer rëir á una parte del público ignorante; aunque en el entretanto sëa necesario atender á algun incidente esencial de la comedia: esto es inícuo, y patentiza la miserable ambicion del necio que de esta manera abusa. Vete y preparäos. (Vánse los actores.)

Entran POLONIO, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

¡Y bien! Señor mïo, ¿verá el Rey este trabajo?

POLON. Y la Reina tambien, y desde luégo...

HAML. Haced que los cómicos se alisten. (Váse Polonio.) (Á Rosencrantz y Guildenstern.) ¿Quisiérais vosotros dos darles prisa tambien?

ROSEN. y GUILD. Sí, señor. (Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)

HAML. ¡Hola, Horacio!

Entra HORACIO.

HORAC. Aquí, señor, estoy á la órden vuestra.
HAML. Horacio, yo en mi vida he visto un hombre
Más honrado que tú.
HORAC. ¡Señor querido!
HAML. No imagines siquiera que te adulo:
¿Qué puedes darme tú que yo apetezca,
Si no tienes más rentas que tus brïos
Para vivir? ¿A qué adular al pobre?
No; que lama la lengua almibarada
La pompa absurda, y la servil rodilla
Dóblese do se premie la lisonja.
Escucha; desde que árbitra mï alma
Pudo un dïa elegir y entre los hombres
Vino á diferenciar, se aunó contigo:
Tranquilo tus desgracias soportaste,
Tú, de la suerte el golpe y el halago
Recibiste con ánimo sereno;
Y benditos los hombres cuyo juicio
Con su temperamento se armoniza,
Por no ser instrumentos cuyas cuerdas
A su capricho la fortuna hiere.
Encuentre el hombre yo que no sea esclavo
De la pasion, y vivirá en mi pecho,
Junto á mi corazon, como tú vives:
Pero basta. Esta noche se ejecuta
En presencia del Rey una comedia;
Y una de sus escenas, semejante
Es á las circunstancias de la muerte
De mi padre, que ya te he referido:
Al llegar ese paso, yo te ruego
Que con la intensidad de tu alma toda
Observes á mi tïo: si evidente
Su crímen no aparece en ese instante,
Falsö es el espíritu que vimos,
Y negras como el yunque de Vulcano

Mis indignas sospechas. Mira atento:
Clavados en su faz tendré mis ojos;
Y despues uniremos nuestros juicios,
Su aspecto analizando.

HORAC. Bien; si hurtare,
Nuestra atencion burlando, lo más leve
Durante la comedia, pago el robo.

HAML. A ver el espectáculo ya llegan;
Ocioso me han de ver; ocupa un puesto.
(Marcha dinamarquesa. Suenan clarines.)

Entran el REY, la REINA, POLONIO, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y otros.

REY. ¿Qué tal mi deudo Hámlet?

HAML. Perfectamente bien: como el camalëon vivo del aire; repleto de esperanzas; no cebareis faisanes con eso.

REY. Nada tengo que responderte, Hámlet: esas palabras no me corresponden.

HAML. Ni á mí tampoco ya. (A Polonio.) ¿Decís que representásteis una vez en la Universidad?

POLON. En efecto; y pasé por buen actor.

HAML. ¿Qué representásteis?

POLON. Julio César: me mataron en el Capitolio. Bruto me mató.

HAML. Mal hizo en matar á tan distinguido compañero.—¿Están listos los cómicos?

ROSEN. Sí, señor. Esperan vuestras órdenes.

REINA. Ven aquí, querido Hámlet, siéntate á mi lado.

HAML. No, señora; hay aquí más poderoso imán.

POLON. ¡Ola! ¿Habeis öido? (Al Rey.)

HAML. ¿Me permitireis, señora, que me recline en vuestra falda? (Sentándose á los piés de Ofelia.)

OFELIA. No, señor.

HAML. Digo, reclinar mi cabeza.

OFELIA. Sí, señor.

HAML. ¿Pensásteis que quería ofenderos?

OFELIA. Nada pienso.

HAML. Dulce es pensar á los piés de una dama.

OFELIA. ¿Qué decís?

HAML. Nada.

OFELIA. Alegre estais.

HAML. ¿Quién, yo?

OFELIA. Sí, señor.

HAML. Es cierto: bufonadas son. Pero, ¿qué ha de hacer uno sino estar alegre? porque, mirad, ¡qué contenta está mi madre; y mi padre murió hace sólo dos horas!

OFELIA. No, señor, hace dos meses.

HAML. ¿De veras? pues entónces vista de luto el diablo, yo me vestiré de gala. ¡Oh cielos! ¿murió hace dos meses, y aún no está olvidado? Tengamos esperanzas: la memoria de un gran hombre tal vez subsista seis meses despues de su muerte; pero, ¡válgame la Vírgen! tendrá que edificar iglesias; ó, si no, nadie se acordará de él, como nadie se acuerda ya de aquel caballito de palo, cuyo epitafio es:

«Oh dolor, oh dolor.
El caballo de palo se olvidó.»

Suenan clarines. — Entran un Rey y una Reina abrazándose amorosamente. La Reina se arrodilla, haciendo protestas de su amor. El Rey la levanta y sobre su seno reclina su cabeza: se recuestan en un lecho de flores: y ella viéndolo dormido lo deja. Entra uno luégo, quita al Rey su corona, la besa, vierte veneno en los oidos del Rey y váse. Vuelve la Reina: vé muerto al Rey y acciona apasionadamente. El envenenador, con otros dos ó tres acompañantes, vuelve á entrar, y parece condolerse como ella. Llevánse el cadáver. El envenenador agasaja con presentes á la Reina, que resiste por algun tiempo, pero luégo acepta su amor. — (Vánse.)

OFELIA. ¿Qué significa esto?

HAML. Desastres, por supuesto, nada más que desastres.

OFELIA. Quizás esta pantomima sëa el argumento de la comedia. Entra el Prólogo.

HAML. Éste nos lo dirá: los cómicos no pueden guardar secretos; todo lo cuentan.

OFELIA. ¿Nos dirá lo que significa esa pantomima?

HAML. Y cualquier otra que le hagais ver: si vos no os avergonzais, lo que es él no se avergonzará de explicárosla.

OFELIA. ¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

PRÓLOGO. Para nosotros pedimos
Y para nuestra tragedia,
Vuestra atencion bondadosa,
y necesaria indulgencia. (Váse.)

HAML. ¿Pero es esto prólogo, ó mote de sortija?

OFELIA. Breve es.

HAML. Como amor de mujer.

Entran dos actores. — Rey y Reina.

A. REY. El rubicundo Febo en su carrera
Treinta vueltas cumplidas
Dió á las salobres ondas de Neptuno,
Y al par de Telus á la extensa esfera;
Y tambien treinta veces repetidas
Doce lunas al mundo han alumbrado
Con su fulgor prestado,
Desde que amor las almas nos ha unido
Y propicio las manos Himenëo
Con nudo bendecido,
Colmando así recíproco desëo.

A. REIN. ¡Pues otras tantas veces su carrera
Terminen sol y luna,
Sin que se enturbie nuestro amor siquiera!
Pero ¡ay negra fortuna!

Tan enfermo te encuentro y abatido
Que angustiada tu estado considero;
Mas, esta mi inquietud nada te aflija,
La ansiedad femenil de amor es hija,
Ilusorio el peligro ó verdadero.
Lo inmenso de mi amor no se te esconde
Y mi inquietud tal vez á él corresponde,
Pues si el amor es grande
Temores son las dudas más ligeras,
Y allí el amor florece
En donde ese temor se arraiga y crece.

A. Rey. Pronto, mi dulce bien, debo dejarte:
Desfallecer me siento lentamente;
En esta tierra hermosa,
Honrada, amada, vivirás dichosa;
Y un esposo quizás tan indulgente
Cual yo he sido...

A. Rein. Por Dios, cierra tu boca;
¡En mí otro amor mi indignacion provoca!
Si por la vez segunda me desposo
De Dios eterna maldicion espero.
La que se casa con segundo esposo,
Es que mató al primero.

Haml. (Aparte.) Acíbar, acíbar.

A. Rein. Nunca á un segundo matrimonio unido
Puedë ir el amor, va la codicia:
Mato segunda vez á mi marido
Cuando segundo esposo me acaricia.

A. Rey. Yo bien sé que ahora sientes cual te expresas;
Pero es cosa segura
Que á veces vanas son nuestras promesas.
El propósito esclavo del recuerdo,
Robusto nace, pero poco dura.
La fruta verde al tronco está adherida,
Mas cäe sin violencia desprendida

Estando ya madura;
Y el pagar es forzoso que olvidemos
Si deudas con nosotros contrāemos.
El fin que apasionada
Quiere el alma alcanzar, su objeto pierde
La pasion apagada.
Las fuerzas del dolor y la alegrïa
Con su propia violencia se consumen:
Tras gran placer el llanto nos destroza;
El gozo pena al fin, la pena goza.
El mundo no es eterno, y, en resúmen,
No debe extraordinario parecerte
Que cambie nuestro amor con nuestra suerte;
Pues aún no está probado
Si es el amor quien guïa á la fortuna
O es por ella guïado.
Si el grande cäe, sus amigos huyen;
Pero, si sube el pobre,
Sus mismos enemigos á él afluyen.
Siempre el amor á la fortuna sigue:
Tiene amigos quien no los necesita;
Mas, si la suerte acaso nos persigue,
Y al falso amigo acudes, en recurso
De tu enemigo al punto se acredita.
Mas mi comienzo es fin de mi discurso:
Propósitos cumplir no nos es dado,
Que opuestos son la voluntad y el hado:
Son nuestros pensamientos de nosotros,
Mas su tendencia no: tú crees, es cierto;
Que no te casarás por vez segunda:
Crëencia tan profunda
Quizás muera tambien, tu esposo muerto.

A. Rein. Ni la tierra sus frutos me conceda,
Ni luz el cielo hermoso;
Ni de dïa tener placeres pueda

Ni de noche reposo;
Que pierda toda fé, toda esperanza;
Presa en cárcel oscura,
Del ermitaño envidie el alimento;
Contrariedades en fatal momento
Palidezcan la faz de mi ventura,
Y el dolor me persiga paso á paso
Si, viuda, segunda vez me caso.

HAML. ¿Y si ahora rompe el voto?

A. REY. ¡Con tu alma juras! Déjame, querida,
Un rato aquí; mis fuerzas van faltando
Y las pesadas horas de mi vida
Conciliaré durmiendo. (Se duerme.)

A. REIN. El sueño blando
Tu cerebro repare,
Y nunca aciaga suerte nos separe. (Váse.)

HAML. (A la Reina.) Señora, ¿qué os parece esta comedia?

REINA. La dama promete demasiado quizás.

HAML. ¡Oh! pero cumplirá su palabra.

REY. ¿Conoces el argumento? ¿No hay en él nada que ofenda?

HAML. No, no, todo es de mentirillas; envenenamientos de mentirilla; nada hay en ello que ofenda.

REY. ¿Qué título tiene?

HAML. La Ratonera. ¿Por qué, me direis? Es título metáforico. Esta comedia representa un asesinato cometido en Viena: el duque se llamaba Gonzago: su mujer, Batista. Ya vereis, es un argumento horrible: pero, ¡qué importa! A vuestra majestad y á nosotros todos, que tenemos puras las almas, no nos puede herir. Padezca el pobre penco que tenga mataduras; nuestros lomos están sanos.

Entra LUCIANO.

HAML. Este es un tal Luciano, sobrino del Rey.

OFELIA. Sois una especie de coro.

HAML. Pudiera hablar por vos y vuestro amante, sólo con ver ambas figuras.

OFELIA. Qué agudo, qué agudo sois.

HAML. Os costarïa más de un suspiro el perder yo mi agudeza.

OFELIA. En eso hay de bueno y de malo.

HAML. Como en los maridos que teneis que elegir.—Principia asesino: termina esas malditas muecas, y principia; vamos.
«Venganza pide ya graznando el grajo.»

LUC. Negros designios, mano diligente,
Drogas nocivas, crítico momento,
Propicia la ocasion, nadie presente,
¡Oh tósigo violento
De hierbas recogidas á deshora,
Por Hecate tres veces marchitadas
Y tres inficionadas!
Que tu magia fatal, y tu violencia
Usurpen del vivir la dulce esencia.
(Vierte el veneno en los öidos del Rey.)

HAML. Lo envenena en su huerto para apoderarse de sus Estados. Su nombre era Gonzago: es verdadera historia, y së halla escrita en italiano en lenguaje escogidísimo: ya vereis más adelante cómo el asesino logra ser correspondido por la mujer de Gonzago.

OFELIA. El Rey se levanta.

HAML. ¡Qué! ¿Le asusta el fuego fátuo?

REINA. ¿Qué tenëis? (Al Rey.)

POLON. Cese la representacion.

REY. Luces: ¡vámos de aquí!

POLON. ¡Luces, luces, luces!

(Vánse todos, ménos Hámlet y Horacio.)

HAML. Que llore el ciervo que cayó postrado;
Goce la res no herida;
A unos velar, á otros dormir es dado:
Así pasa la vida.

Si se me cierran todas las puertas de la suerte, con esta manera de declamar que tengo, con un bosque de plumas, y con dos rosas provenzales como moñas en mis zapatos escotados; dime, ¿no podré aspirar á ser partícipe en una compañía de cómicos?

HORAC. De fijo os darán media parte.

HAML. ¡Quiá! una parte entera!....
Porque ya sabes, ¡oh! Damon querido!
Que este reino perdió
A su Jove; despues le ha sucedido
Este pavo rëal.

HORAC. Pudiérais haber terminado en consonante.

HAML. ¡Ay, mi querido Horacio! Apuesto mil libras á que el espíritu tiene razon: ¿observaste?

HORAC. Sí tal, señor.

HAML. ¿Al tratarse del envenenamiento?

HORAC. Muy bien que lo observé.

HAML. ¡Já, já! ¡Suene la música! ¡Vengan los flautistas!
Que si al Rey la comedia pone en áscuas,
Será que no le gusta, y santas páscuas.
¡Música! ¡Música!

Entran GUILDENSTERN y ROSENCRANTZ.

GUILD. Permitidme, señor, una palabra.

HAML. Te permito una historia entera.

GUILD. El Rey...

HAML. Y bien ¿qué le pasa?

GUILD. Está en su aposento destempladísimo.

HAML. ¿Ha bebido?

GUILD. No, señor, es más bien bílis.

HAML. Pues debïås tener discernimiento bastante para conocer que eso atañe á su médico; porque si yo le doy medicinas quizás aumente su bílis.

GUILD. Señor, respondedme acorde y no os aparteis tan violentamente del asunto.

HAML. Seré dócil: prosigue.

GUILD. Vuestra madre la reina, en el extremo de la afliccion, aquí me envïa.

HAML. Bien venido.

GUILD. Señor, esta cortesïa es extemporánea. Si quereis responderme acorde, obedeceré las órdenes de vuestra madre: si no, cumplo con pediros perdon y retirarme.

HAML. Pues no puedo.

GUILD. ¿Qué, señor?

HAML. No puedo responderte acorde; mi cerebro está enfermo, pero hasta donde alcance, te complaceré contestándote: ó más bien, como dices, complaceré á mi madre: conque basta, y vamos al asunto; mi madre dice...

ROSEN. Pues dice así: que vuestra conducta la ha admirado y asombrado.

HAML. ¡Oh hijo maravilloso que así puede asombrar á una madre! Pero ¿no sigue nada como rëata á esa materna admiracion? dí.

ROSEN. Desëa hablaros en su aposento, ántes que os recojais.

HAML. Obedeceremos, aunque fuese diez veces nuestra madre. ¿Teneis algun otro asunto con nos?

ROSEN. Señor, en pasados tiempos me estimábais.

HAML. Y ahora tambien, te lo aseguro por estos diez mandamientos.

ROSEN. ¿Cuál es el motivo de vuestra perturbacion? Cerrais las puertas de vuestra libertad, si no comunicais vuestras penas con vuestros amigos.

HAML. Ambiciono ser más de lo que soy.

ROSEN. ¿Cómo puede ser eso, cuando el Rey mismo os reconoce como sucesor al trono de Dinamarca?

HAML. ¡Ya, caballero! «Pero, miéntras, la hierba crece.» Muletas tiene el refran.

(Vuelven á entrar los actores y músicos.)

¡Hola, los flautistas! dadme una.—¿Que me vaya con vosotros? ¿Porqué me seguís por todas partes, ganándome el barlovento, y obrando como si quisiérais hacerme cäer en una trampa?

GUILD. Señor, mi deber me hace demasiado atrevido, y mi cariño poco cortés.

HAML. No entiendo bien eso. ¿Quisieras tocar esta fláuta?

GUILD. Señor, no sé.

HAML. Te lo ruego.

GUILD. Crëedme que no sé.

HAML. Te lo suplico.

GUILD. Ni siquiera sé hacerla sonar.

HAML. Es tan fácil como el mentir. Coloca tus dedos en estos agujeros: sopla y verás qué preciosa música sale: mira, estos son los registros.

GUILD. Pero no podré lograr que salga de ella melodïa ninguna; no tengo la necesaria habilidad.

HAML. Pues oye: ¡se te figura que valgo yo tan poco! A mí, sí, me quieres hacer sonar. Parece que conoces todos mis registros; quieres sacarme hasta el corazon de mi secreto; quie-

res que vibren todas mis notas, desde la más baja hasta la más aguda de mi escala; pues te advierto que hay aquí mucha música; que tiene precioso timbre este pequeño instrumento... pero no lo harás sonar. ¡Voto vá! ¿Se te figura á tí que soy más fácil de tocar que una fláuta? Llámame el instrumento que se te antoje; me destemplarás, pero no lograrás tañerme.

Entra POLONIO.

Dios os bendiga, caballero.

POLON. Señor, la Reina quiere hablaros ahora mismo.

HAML. ¿Veis esa nube cuya forma es semejante á la de un camello?

POLON. ¡Por la Vírgen! en efecto, es muy semejante á un camello.

HAML. Quizás se parezca á una comadreja.

POLON. El lomo es de comadreja.

HAML. ¿O á una ballena?

POLON. Igual á una ballena.

HAML. Pues veré á mi madre luégo. (Aparte.) Quieren hacerme el tonto á más no poder. Iré más tarde.

POLON. Así lo diré. (Váse Polonio.)

HAML. (Aparte.) Más tarde se dice fácilmente. Dejadme, amigos.

(Vánse todos, ménos Hámlet.)

De maleficios es hora siniestra,
Cuando se abren las tumbas y el infierno
Lanza al mundo sus males: puedo ähora
Sangre hirviente beber, y hacer que el dïa
Mis fieros actos con espanto mire.
¡Silencio! Ahora al cuarto de mi madre.
Tus afecciones, corazon, no pierdas.
No el alma de Neron entre en mi pecho:

Crüel seré, mas no feroz: el solo
Puñal que esgrimiré serán palabras:
Sed hipócritas, alma y lengua mïas;
Y, aunque mis frases con furor la hieran,
¡Evita, corazon, que cuerpo adquieran!

ESCENA III.

Salon en el Castillo.

Entran el REY, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

REY. No me agrada su estado, ni es prudente
Dejarle en libertad, y, por lo tanto,
Preparäos: al punto credenciales
Extenderé; é irá en compaña vuestra
A Inglaterra: no es justo que se arriesgue
La general salud por sus caprichos.

GUILD. Nos hallamos dispuestos: santo y pïo
Es proteger á tantos como viven
De vuestra majestad bajo el amparo.

ROSEN. La vida nuestra preservar se debe
De todo mal, con el vigor y armas
Que dá la inteligencia. Más esfuerzos,
No obstante, se han de hacer, si de esa vida
Dependen otras vidas. Si el Rey muere
No muere solo; que con él se abisma,
En fatal remolino, cuanto hay cerca:
Es rueda poderosa colocada
En alto monte: á sus gigantes rayos
Concurren adherencias infinitas;

Si cäe, cada parte del conjunto,
Por pequeña que sëa, en el terrible
Destrozo ha de sufrir: que van unidos
Siempre al gemir del Rey, otros gemidos.

REY. Para el vïaje, preparaos os ruego;
Que es fuerza encadenar estos temores
Que libres vagan.

ROSEN. y GUILD. Presto estamos listos.

(Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)

Entra POLONIO.

POLON. Señor, vá al gabinete de su madre:
Oculto yo detrás de los tapices,
Escucharé: le piensa hablar al alma;
Y, cual dijísteis vos con gran cordura,
Á otro escuchar cuanto suceda toca
Además de una madre, pues las ciega
La natural parcialidad. Quedäos
Con Dios, señor. Sabreis lo que ocurriere
Antes que os recojais. (Váse Polonio.)

REY. Os lo agradezco.
¡Mi crímen cuán corrupto hedor exhala!
Su hálito infecto hasta los cielos sube.
Sobre él cayó la maldicion primera.
¡El fratricidio! Ni rezar yo puedo,
Que, aunque es mi inclinacion cual mi vehemente
Voluntad entregarme á la plegaria,
Cede de mi propósito la fuerza
A la fuerza mayor de mi delito;
Y, cual hombre que emprende dos tarëas,
Ocioso y sin saber darles comienzo
Desatiendo á las dos. ¿Aunque se hallara
Aún más teñida con fraterna sangre
Esta maldita mano, no hay rocïo
Bastante en ese cielo bondadoso
Para que blanca cual la nieve brille?

¿Y la misericordia á qué conduce,
Si á la faz del delito no hace frente?
La oracion, ¿de qué sirve si no evita
Cäer en el pecado, ó si no logra
El perdon para aquel que ha delinquido?
¡Alta mi frente, pues! ¡Pasó mi culpa!
Mas ¿qué forma de rezo ha de valerme?
No ha de ser «Perdonad mi atroz delito;»
Pues gozando me encuentro todavïa
Las consecuencias todas de mi crímen:
Del cetro, del poder y de mi esposa...
¿Perdon no cabe y retener la prenda?
En la impura corriente de este mundo
Puede del crímen la dorada mano
Apartar á la ley; y áun muchas veces
La infame presa á la justicia compra.
No así en el cielo; nada allí se oculta;
Allí forzosä es la consecuencia,
Y en sü íntimo ser nuestros pecados
Allí á las claras ostentarse deben.
Y entónces, ¿qué me resta? Arrepentirme.
Pero si arrepentirme yo no puedo,
¿Qué puedo hacer? ¡Oh situacion tremenda!
¡Oh corazon más negro que la muerte!
¡Oh älma aprisionada, más estrechas
Tus lazos al luchar para librarte!
¡Cielos, favor! ¡Probemos! Prosternäos
Tercas rodillas; corazon de acero,
Süave, cual las fibras de criatura
Que acaba de nacer, muéstrate ahora:
¡Quizás perdon alcance! (Se arrodilla.)

Entra HÁMLET.

HAML. (Saca la espada.)
Ahora rezando está; puedo ahora mismo
Hacerlo, y lo he de hacer. Al cielo vaya:

Así me vengaré.—Reflexionemos:—
Un infame asesina al padre mïo,
Y yo, su únicö hijo, al vil infame
Por ello envïo al cielo.
Esto es paga: salario: no venganza.
Asesinó á mi padre entre sus goces
Con sus culpas en flor, cuál se halla el campo
En Mayo vigoroso; y hoy quién sabe
Cómo sus cuentas quedarán saldadas;
Mas, segun lo entendemos, árdua empresa
Será la suya. ¿Y yo vengarme ansïo
Quitándole la vida en el instante
De acrisolar su alma, cuando limpia
Se encuentra y apta para el viaje eterno?
¡No!
Detente, espada, y dá más fiero golpe.
Ó bëodo, ó dormido, ó ïracundo,
Recostado en su lecho incestüoso,
Jugando, ó maldiciendo; en cualquier acto
Que su posible salvacion no implique:
Hiérelo entónces: maldecida y negra
Su alma por siempre viva en el infierno
Donde arrojado de cabeza caiga.
Mi madre espera. Medicina ha sido
Con que prolongas tu existir podrido.

REY. (Levantándose.) Mis palabras se van y mis idëas
Quedan aquí: jamás alzan el vuelo
Huecas palabras, sin valor, al cielo.

ESCENA IV.

Gabinete de la Reina.

Entran la REINA y POLONIO.

POLON. Pronto debe venir. Habladle al alma;
Sepa que no se sufren sus locuras:
Que vuestra majestad ha intervenido
Y un cúmulo de males ha evitado.
Aquí me oculto. Habladle recio.
HAML. (Dentro.) ¡Madre!
¡Madre! ¡Madre!
REINA. Si tal, tengo de hacerlo.
No temais: ocultäos; aquí llega.

Entra HÁMLET.

HAML. Y bien, madre, ¿qué ocurre?
REINA. Has ofendido
Mucho á tu padre, Hámlet.
HAML. A mi padre
Mucho habeis ofendido, madre mïa.
REINA. Vamos, vamos, con lengua sueltä hablas.
HAML. Idos, idos, hablais con lengua torpe.
REINA. ¿Qué es esto, Hámlet?
HAML. ¿Qué es lo que ahora ocurre?
REINA. ¿Te olvidas de quién soy?
HAML. No, por mi vida,
No tal: vos sois la Reina, sois la esposa
De aquel que hermano fué de vuestro esposo;
Y, ojalá así no fuera, sois mi madre.
REINA. Pues te enviaré quienes hablarte sepan.
HAML. Vamos, vamos, sentäos; quieta, inmóvil:
Miéntras que en el espejo que os presente

Vueströ íntimo sér se patentice.

REINA. ¿Qué pretendes? ¿Atentas á mi vida?
¡Ay, socorro, socorrö!

POLON. (Detrás del tapiz.) ¡Eh, socorro!

HAML. ¡Hola! ¿Una rata? ¡Muerta! pardiez, muerta!
(Atraviesa con su espada el tapiz y hiere á Polonio.)

POLON. ¡Ay, muerto soy! (Muere.)

REINA. ¡Triste de mí! ¿Qüé hiciste?

HAML. Yo nada sé. ¿Quizás el Rey, no es cierto?

REINA. ¡Oh, cuán violenta, cuán sangrienta hazaña!

HAML. ¡Sangrienta, sí! Tan torpe madre mïa
Como fuera matar al soberano,
Para casarse luégo con su hermano.

REINA. ¡Matar al soberano!

HAML. Sí, señora,
Eso dije. (Levantando el tapiz y descubriendo á Polonio.)
Tú, mísero atrevido,
Estüpido oficioso, adiós. Pensaba
Que eras más distinguido personaje:
Tu triste suerte acepta. ¿Ya habrás visto
Que la curiosidad sus riesgos tiene?
¡No retorzais las manos: no! sentäos:
El corazon dejadme que os retuerza:
Y lo haré, si está hëcho de sustancia
Compresible, quizás endurecido
El hábito lö haya de tal modo
Que á prueba esté de todo sentimiento.

REINA. ¿Mas qué hice yo, que con tan rudas frases
Vibras tu lengua contra mí?

HAML. Tal crímen
Que á la modestia su sonrojo quita,
Y á la virtud, hipócrita proclama,
Aja la rosa de la casta frente
De un puro amor, y, en su lugar, imprime
Mancha oprobiosa: los nupciales votos

En juramentos de tähures trueca:
¡Oh, tal hazaña que del sacro pacto
Mata el alma, y en juego de palabras
La religion convierte: enrojecido
El sol, sobre esta masa inmunda y tosca,
Con triste aspecto horrorizado brilla,
Cual si el juicio final se aproximára!

REINA. ¡Ay de mí! ¿qué delito he cometido,
Que así lo anuncias con tu voz de trueno?

HAML. Mirad el cuadro aquel, y mirad este.
Retratos fieles son de dos hermanos.
¡En esta frente ved cúanta nobleza!
Son de Apolo sus rizos: su semblante
De Júpiter; de Marte su mirada
En dignidad y en altivez henchida;
Su porte de Mercurio cuando posa
En el cerúleo monte: tal conjunto
De belleza, formada parecïa
En competencia por los dioses todos
Para mostrar lo que es un hombre al mundo:
Era vuestro marido. Ved ähora:
Mirad aquí ;vuestro marido es ese;
Podrida mies que corrompió al hermano.
¿Acaso teneis ojos? ¿Es posible
Que aquel collado espléndido dejárais
Para pacer en valle cenagoso?
¡Ah! ¿Teneis ojos? No es amor, por cierto:
A vuestra edad la sangre ya nö hierve,
Y esclava es del juicio; mas, ¿qué juicio
Así escoge? Sentís, sin duda alguna,
Puesto que accion teneis; paralizado,
Sin embargo, está en vos el sentimiento.
No puede errar así ni áun la locura:
Ni la razon ni la demencia pueden
Jamás de tal manera esclavizarse,

Para no ver tamaña diferencia.
¿Qué espíritu infernal entre sus redes
De tal manera seduciros pudo?
Con la vista sin tacto, con el tacto
Sin vista, con öir sin tacto ó vista,
Con el aislado olfato, ó üna parte
Imperfecta tan sólo de un sentido
No hubiérais así errado.
¿Dónde están, ¡oh vergüenza! tus sonrojos?
Rebelde infierno, pues así en los huesos
De una matrona á sedicion induces,
Para la ardiente juventud cual cera
Que sëa la virtud, y derretida
Arda en su propio fuego. Cese al punto
Toda modestia, si á excitar nos llega
El indómito ardor de las pasiones;
Puesto quë arde hasta la misma nieve,
Y el juicio prostituye los desëos.

REINA. Cesa, Hámlet, mis ojos á mï alma
Diriges; ¡y allí vëo tan horrendas
Y negras manchas que borrar no puedo!

HAML. No tal: viviendo en el calor inmundo
De un hediondo lecho, enardecido
Por la vil corrupcion; y allí y en ese
Lupanar asqueroso, prodigando
Vuestro amor.

REINA. Cesa, cesa; tus palabras,
Puñales son, que mis öidos hieren:
No más, Hámlet amado.

HAML. Un asesino,
Un infame, un esclavo; que no alcanza,
Ni la centava parte tan siquiera
Del valer que tenïa vuestro esposo;
Un ridículo Rey; un vil ratero,
Que usurpó dignidad y poderïo,

Y, sigiloso, la imperial diadema
Hurtó y llevó consigo!

REINA. ¡Calla! ¡Calla!

HAML. ¡Monarca de remiendos y de andrajos!

Entra la sombra.

Salvadme, recubrid con vuestras alas,
Ángeles de mi guarda, el alma mïa.
¿Qué pretendeis, oh veneranda sombra?

REINA. Demente está.

HAML. ¿Venís á vueströ hijo
Á reprender, que el tiempo y las pasiones
Deja pasar, sin que por obra ponga
Vuestra tremendä órden? Respondedme.

LA SOMB. No lo olvides: á verte vengo sólo
Para avivar tu amortiguada empresa.
Mas contempla el espanto de tu madre,
Dale auxilio en la lucha que sostiene
Sü alma, que en el sér de cuerpo frágil
Obra con más vigor la fantasïa:
Háblale, pues.

HAML. ¿Cómo os sentís, señora?

REINA. ¡Ay! ¿Tú como te sientes, que tu vista
Se fija en el espacio; y con el aire
Incorpóreo discurres? Por tus ojos
Tu alma agitada asoma; y, cual soldados
Cuyo sueño la alarma interrumpiera,
Tus peinados cabellos se incorporan
Y erizados se ven. ¡Oh dulcë hijo!
Sobre el calor y llama de tu pena
Frïa paciencia vierte. ¿Qué estás viendo?

HAML. A él, ä él! ¡Cuán pálido allí brilla!
Tal forma y cáusa tal, áun á las piedras
Lograran conmover. No me mirëis,
Pues con ese mirar tan lastimero
Mi cólera aplacais; y faltarïa

Á mi empresa su tinte fiel, que es sangre,
No lágrimas.

REINA. ¿Mas eso, á quién lo dices?

HAML. ¿Nada allí veis?

REINA. No, nada: y, sin embargo,
Vëo todo á mi alredor.

HAML. ¿Ni öísteis nada?

REINA. Nuestras voces tan sólo.

HAML. ¡Pues miradle!
Vedle ahí deslizarse lentamente.
¡Mi padre: cual en vida se vestïa!
¡Ved dónde vá! ¡Miradlo: por la puerta!

(Váse la sombra.)

REINA. Es la creacion de tu cerebro sólo;
El delirio nos forja esos fantasmas.

HAML. ¡El delirio! Mi pulso, como el vuestro,
Acompasado late: no es locura
Lo que acabo de hablar: ponedme á prueba,
Que yo os repetiré cada palabra,
Imposible tarëa para un loco.
¡Ay! si salvaros pretendeis ¡oh madre!
Al alma no apliqueis la grata untura
De crëer que es la voz de mi demencia,
No la de vuestro crímen la que os habla:
Tan sólo castrareis la superficie
Del lugar ulcerado miéntras viva
La corrupcion, minándoos las entrañas,
Seguirá ocultamente. Confesäos
Al cielo; del pasado arrepentïos;
Mirad al porvenir; no cultivëis
Y hagais crecer la yerba ponzoñosa.
Perdonad mi virtud; en estos tiempos
De goces y de orgullo es necesario
Que perdon la virtud al vicio pida,
Que le suplique, sí, que lo agasaje

Aun para hacerle el bien.

REINA. Has dividido
Mi corazon ¡oh Hámlet! en mi pecho.

HAML. Pues arrojad la parte más dañada,
Y más pura vivid con la otra parte.
Adiós. Hüid del lecho de mi tïo;
Si no sois virtüosa, parecedlo.
La costumbre, ese mónstruo que devora,
Génio infernal, los sentimientos todos,
Ángel á veces es cuando los actos
Que se encaminan hácia el bien recubre
De apropiado disfraz. Por esta noche
Abstenëos, y así más fácilmente
La siguiente lo hareis, y la otra luégo;
Que el hábito cambiar á veces logra
De la naturaleza el sello mismo:
Dominad al demonio, ó arrojadlo
Léjos de vos. Adiós, por vez segunda:
Y cuando desëeis ser bendecida,
Yo vuestra bendicion vendré á pediros.
(Señalando á Polonio.)
En cuanto á vos, señor, yo me arrepiento:
Pero el cielo ha querido que así sëa;
Castigarme con vos y á vos conmigo,
Sirviendo yo de azote y de verdugo.
De él cuidaré: yo me hago responsable
De su muerte. Quedad con Dios, repito.
Á la crueldad mi compasion me obliga,
El mal principia: lo pëor que siga.
Una palabra más: öid, señora.

REINA. ¿Qué es lo que debo hacer, dí?

HAML. Por supuesto.
Nada hagais vos de lo que hacer os pido.
Que ese bëodo rey vuelva á llevaros
Otra vez á su lecho: que os comprima

La mejilla festivo: que os titule
Su paloma, y os haga, en justo premio
De un par de inmundos besos, de halagaros
El cuello con sus dedos maldecidos,
Todo lo aquí ocurrido revelarle.
Que no estoy loco en realidad, que es sólo
Fingida mi locura: es conveniente
Que así se lo digais. ¿Cómo es posible
Que quien es solamente reina, hermosa,
Discreta y buena, y nada más, de un zorro,
De un murciélago vil, de un sapo inmundo
Oculte nuevas de importancia tanta?
¿Ni quién lo puede hacer? Aunque se oponga
Á la razon, á toda conveniencia,
Abrid la puerta de la jaula y vuelen
Los pájaros que hay dentro; y, cual el mono
Amigo de experiencias, en la trampa
Introducïos, y morid en ella.

REINA. Te lo aseguro: si el hablar se forma
Con el aliento, y el aliento es vida,
La vida que yo tengo no me alcanza
Para alentar siquiera lo que has dicho.

HAML. Ya sabeis que me envïan á Inglaterra.

REINA. ¡Ay, lo olvidaba, sí, ya está arreglado!

HAML. Sé que pliegos cerrados me acompañan:
Y mis dos compañeros de colegio,
De quienes cual de víboras me fïo,
Órdenes llevarán: han de barrerme
De la maldad la vïa por completo:
Trabajaré; que es divertido lance
Hacer saltar al ingeniero mismo
Con su propio petardo: suerte adversa
Será la mïa, si cavar no logro
Mi mina por debajo de la suya,
Para hacerlos volar hasta las nubes:

Es diversion perfecta
Dos ingénios chocar en línea recta.—
Estë hombre ha de hacer que con él cargue:
Arrojaré sus restos allá dentro.
Madre, quedad con Dios. Cuando vivïa
Este ministro, ya tan silencioso,
Tan quieto, de apariencia tan severa,
¡Charlatan y bribon y néciö era!
¡Vamos, pues, caballero! ¡Concluyamos!
¡Madre, quedad con Dios!
(Váse Hámlet arrastrando á Polonio.)

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Salon en el Castillo.

Entran el REY, la REINA, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

REY. Esos suspiros, tu terrible angustia,
Algo ocultan que debes revelarme,
Y he de saber. ¿En donde está tü hijo?
REINA. Dejadnos aquí solos un momento.
(Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)
¡Qué noche, esposo mïo, tan horrible!
REY. Habla, Gertrúdis. Dí: ¿qué ocurre á Hámlet?
REINA. Demente está, como la mar y el viento
Cuando disputan: en su acceso loco,
Viendo que se movïan los tapices,
«Una rata» exclamó; saca el estoque
E, ilusionado, mata al pobre viejo
Que oculto estaba allí.
REY. ¡Funestö acto!
Tal me pasára á mí si allí estuviéra.

Su libertad á todos amenaza;
A tí, y á mí, y á todos: ¿cómo puede
Ahora explicarse hazaña tan sangrienta?
Me culparán, pues mi deber mandaba
Refrenar y poner á buen recaudo
A ese jóven demente: lo impedïa,
No obstante, el gran cariño que le tengo;
Y lo que á aquel me pasa, que padece
Odiosa enfermedad que no divulga,
Dejándola atentar á su existencia.
¿A dónde hä ido?

REINA. A recoger el cuerpo
Del que mató. Cual oro, que ligado
Se halla á metales ménos nobles, brilla
Pura su alma en su demencia; y llora
La ocurrencia fatal.

REY. ¡Oh! ven, Gertrúdis.
Antes que el sol tras la montaña asome
A bordo quedará: que acto tan fiero
Con maña y el carácter que nos presta
La autoridad rëal, debe explicarse
Y ver de disculpar. ¡Guildenstern! ¡Hola!

Vuelven á entrar ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

Amigos, id: buscad quien os ayude:
Que Hámlet, en un rapto de locura,
Ha matado á Polonio; y el cadáver
Desde la alcoba de su madre arrastra:
Buscadlo, habladle; y conducid el cuerpo
A la capillä: id, os ruego, al punto.

(Vánse ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.)

Gertrúdis ven: nuestros amigos sepan
Lo que ha ocurrido, y lo que hacer pensamos;
Y veremos si así puede evitarse
Que la calumnia, que recorre el mundo,
Y que, cual bala que el cañon arroja,

Destroza lo que encuentra en su camino,
Hiera nuestro buen nombre, y que su fuerza
Pierda en el aire invulnerable: vente,
De espanto y dudas llena está mi mente.

ESCENA II.

Otra habitacion en el Castillo.

HAML. ¡Bien estivado está!

ROSEN. y GUILD. (Dentro.) ¡Hámlet! ¡Alteza! ¡Hámlet!

HAML. ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama á Hámlet? ¡Oh! aquí vienen.

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

ROSEN. ¿Qué habeis hecho, señor, con el cadáver?

HAML. Hélo mezclado con lo que es: con polvo.

ROSEN. Decidnos dónde está, para llevarlo A la capilla.

HAML. No lo crëais.

ROSEN. ¿Crëer qué?

HAML. Que siga vuestra opinion y no la mïa. Además; interrogarme una esponja! ¿Qué respuesta ha de dar el hijo de un Rey?

ROSEN. ¿Me crëeis esponja?

HAML. Sí tal: te empapas en el favor del Rey: en sus dádivas; en su poderïo. Por supuesto, que estas gentes son las que al fin y al cabo sirven mejor al Rey, quien las coloca, como el mono, en un rinconcito de su buche: son su primer bocado, y lö último que tragan. Cuando necesite lo que hayas adquirido, no tiene más que exprimirte; y ¡oh esponja! seca quedarás otra vez.

ROSEN. No os entiendo.

HAML. Me alegro infinito: sutiles frases duermen en los öidos del necio.

ROSEN. Señor, teneis que decirnos dónde está el cuerpo, y venir con nosotros á ver al Rey.

HAML. El cuerpo está con el Rey, pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey es una cosa...

GUILD. ¿Cosa?

HAML. Que no es cosa: vamos á buscarlo; juguemos al esconder.

ESCENA III.

Otra habitacion en el Castillo.

Entran el REY y acompañamiento.

REY. Ya lo he llamado, y el cadáver buscan.
¡Es peligroso en libertad dejarlo!
Mas no lo puedo restringir: lö ama
El fanático pueblo, que se inspira
En sus ojos, y no en su inteligencia:
Y, en casos tales, pesa los castigos,
Mas las ofensas no. Para arreglarlo
Y suavizarlo todo, es conveniente
Que aparezca con calma preparada
Su marcha repentina: á grandes males
O remedios heróicos corresponden,
O nada hacer.

Entra ROSENCRANTZ.

Y bien, ¿qué ha sucedido?

ROSEN. Señor, decir no quiere donde oculto
Está el cadáver.

REY. Y él, ¿dónde së halla?

ROSEN. Ahí fuera custodiado á la órden vuestra.

REY. Que venga, pues.

ROSEN. ¡Eh! ¡Guildenstern! quë entre.

Entran HÁMLET y GUILDENSTERN.

REY. Y bien, Hámlet, ¿en dónde está Polonio?

HAML. De cena.

REY. ¡De cena! ¿En dónde?

HAML. No donde cena, sino donde es cenado: un congreso de políticos gusanos ähora lo discute. Estos son los verdaderos emperadores de la alimentacion: nosotros cebamos á los demás animales, para cebarnos despues, y servimos luégo para engordar gusanos: el rey obeso y el escuálido mendigo son diferentes manjares: dos platos para una mesa: ese es el fin.

REY. ¡Dios mïo!

HAML. Un cualquiera puede pescar con el gusano que ha comido de un rey, y comer el pez que comió ese gusano.

REY. ¿Qué quieres decir con eso?

HAML. Sólo demostrar cómo puede hacer camino un rey por las entrañas de un mendigo.

REY. ¿Dónde está Polonio?

HAML. En el cielo: mandadlo averiguar: si vuestro mensajero allí no lo hallare, id vos mismo á buscarlo al otro sitio. Pero, francamente; si no lo encontrais dentro de un mes, lo olereis al subir las escaleras de la galerïa.

REY. Id; y buscadlo allí. (A varios servidores.)

HAML. Os esperará. (Vánse los servidores.)

REY. Este hecho, Hámlet, necesariö hace

Para tu propia salvacion, que es cara
Para mí, äunque al par la accion lamento
Que has cometido, que de aquí te ausentes:
Prepárate, así, pues; el buque pronto
Së halla, y es el viento favorable:
Tu séquito te espera, y todo listo
Para Inglaterra está.

HAML. ¿Para Inglaterra?

REY. Sí, Hámlet.

HAML. Bien.

REY. Si tal, si tu supieses
Los propósitos mïos.

HAML. Estoy viendo
A un querubin que los está mirando.
Pero, corriente: ¡vamos á Inglaterra!
Adiós, madre querida.

REY. Tu amoroso
Padre, Hámlet.

HAML. ¡Mi madre! ¡Padre y madre
Son marido y mujer; un cuerpo solo
Son marido y mujer; y así ¡mi madre!
¡Vamos, pues, á Inglaterra! (Váse.)

REY. Cerca seguidlo; á bordo vaya al punto;
No os detengais; de aquí esta noche salga:
¡Idos! que todo se halla preparado
Para el vïaje; os ruego la premura.
(Vánse Rosencrantz y Guildenstern.)
Y tú, Inglaterra, si mi amor estimas,
Cual debes apreciar mi poderïo;
Pues tienes aún abiertas las heridas
Que te infirió dinamarquesa espada,
Y aún nos concede tu terror tributo,
No trates con tibieza nuestro encargo;
Y á las cartas atiende en que prescrita
Se halla de Hámlet la inmediata muerte.

Hazlo, Inglaterra, calentura tengo
De él en la sangre; á tí curarme toca:
Hasta saber que es hecho consumado,
Los goces para mí no han principiado.

ESCENA IV.

Una llanura en Dinamarca.

Entran FORTINBRÁS, un capitan y soldados marchando.

FORTIN. Id, capitan, y al rey de Dinamarca
Saludad en mi nombre; que suplica,
Fortinbrás, con arreglo á su permiso,
Atravesar sus reinos con su gente:
Sabeis dónde estaremos. Si el Monarca
Verme quiere, yo iré mis homenajes
A ofrecerle en persona.
CAPIT. Vuesträ órden
Voy á cumplir, señor.
FORTIN. Seguid marchando.
(Vánse Fortinbrás y soldados.)
Entran HÁMLET, ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.
HAML. ¿De quién es esa fuerza?
CAPIT. De Noruega.
HAML. Decid, ¿contra quién vá?
CAPIT. Contra Polonia.
HAML. Y ¿quién la manda?
CAPIT. Fortinbrás la manda,
Sobrino del monarca de Noruega.
HAML. Decid, ¿vá contra el reino de Polonia,
O contra una frontera solamente?
CAPIT. Para decir verdad desnuda y seca,

Vamos contra un pedazo de terreno
Cuyo valor es nominal tan sólo,
Pues si en arriendo á mí me lo ofreciesen
Cinco ducados, cinco, no darïa,
Y no diera á Polonia ni á Noruega
Renta más alta, ni vendido á censo.

HAML. No lo defenderá, pues, el Polaco.

CAPIT. Está ya guarnecido.

HAML. Veinte mil hombres, veinte mil ducados,
¡Debatirán tamaña bagatela!
Es la postema de la paz y el auge
Que cunde interiormente, y que no indica
Al exterior la causa de la muerte
Del enfermo. Señor, os doy las gracias.

CAPIT. Con Dios quedad. (Váse.)

ROSEN. Señor, ¿estais dispuesto?

HAML. Al punto he de seguiros: id delante.
(Vánse todos, ménos Hámlet.)
¡Como en mi contra los sucesos hablan,
Y mi venganza amortiguada excitan!
Y ¿qué es el hombre, si se ocupa sólo
En dormir, en vivir? No más que el bruto.
Quien nos dotó con tanta inteligencia,
El que todo lo ve, no nos ha dado
Este poder y esta razon divina
Para que faltas de uso se enmöhezcan.
Ahora bien, sëa por infame olvido
O escrúpulos cobardes, porque piense
Harto en aquel asunto—pensamiento
Que dará si en cuarteles se divide
De razon uno y tres de cobardïa,—
Lo ciertö es que la razon nö hallo
Que me explique, por qué viviendo digo
«Esto se debe hacer,» habiendo causas
Y voluntad y fuerzas y maneras

Para poderlo hacer. Ejemplos tengo,
Grandes como la tierra, que me exhortan:
Este ejército aquí tan numeroso,
Por un príncipe imberbe dirigido,
Á quien alienta la ambicion de gloria
Y así del porvenir audaz se burla.
Con lo perecedero é inseguro,
La muerte, la fortuna y el peligro
Afrontará por vana fruslerïa!
No consiste ser grande en no agitarse
Sino por causa grande; es, al contrario,
En la más leve causa hallar motivo
De gran querella si el honor lo exige.
¿Cuál es mi situacion? Asesinaron
A mi padre, mi madre está sin honra,
Estímulos del juicio y de la sangre,
Y los dejo dormir. En tanto miro,
Para mi oprobio, veinte mil soldados
Próximos á la muerte por un sueño,
Por un dïa de gloria: ufanos marchan
A su tumba: guerrëan por un trozo
De terreno en el cual de pié no caben;
Donde los muertos no podrán siquiera
Enterrarse:—desde hoy mis pensamïentos
Serán ó nulos ó serán sangrientos.

ESCENA V.

Elsinor, habitacion en el Castillo.

Entran la **REINA**, **HORACIO** y un caballero.

REINA. No quiero hablar con ella.
CABAL. Insiste en veros;

En realidad la embarga la demencia:
Su estado inspira lástima.

REINA. ¿Qué quiere?

CABAL. Mucho nombra á su padre; que ya sabe
Que hay en el mundo engaños; y solloza,
Y se golpëa el pecho: por frioleras
Se incomoda: tan vagamentë habla,
Que apénas se comprende lo que dice;
Pero ese mismo desaliñö hace,
Pensar á quien la escucha, á quien sugieren
Sus inconexas frases pensamientos.
Esto, unido á su accion, á lo expresivo
De su semblante al pronunciar palabras,
Que tiene idëas presumir nos hace.
Vagas, mas por desgracia dolorosas.

HORAC. Bien fuera que le hablárais, porque puede
En torpes almas infundir recelos.

REINA. Que éntre, pues. (Vánse Horacio y Caballero.)
Lo más leve á mi alma enferma
Cuál prólogo de males aparece;
En pecho pecador así acontece.
Procurando evitarlo, temeroso
Se vierte al fin el crímen receloso.

Entran HORACIO y OFELIA.

OFELIA. ¿A donde está la majestad hermosa
De Dinamarca?

REINA. ¿Como estás, Ofelia?

OFELIA. Mi dulce amor, ¿dime, cómo
Te podré reconocer?
De peregrino y con báculo
Y con sandalias vendré.

REINA. ¡Pobre Ofelia! ¿qué significa esa cancion?

OFELIA. ¿Hablábais? no: os suplico que escucheis.
Se murió y se fué, señora,
Se murió y se fué:

El césped cubre se cuerpo;
Hay una piedra á sus piés.

REINA. ¡Pero, Ofelia!...

OFELIA. Oid, öid.
Blanco cual la nieve pura...

Entra el REY.

REINA. Mirad á la infeliz.

OFELIA.
Un sudario lo envolvió,
Cubrieron su sepultura
Flores que el llanto regó.

REY. ¿Cómo estás, preciosa niña?

OFELIA. Muy bien, ¡Dios os lo premie!... Dicen que la lechuza era hija de un panadero. ¡Válgame el Señor! Sabemos lo que somos, pero no lo que seremos. ¡Dios os bendiga!

REY. Desvarïa por su padre.

OFELIA. ¡Por Dios! no hablemos de esto: cuando os pregunten qué significa, decid:
Mañana que es dïa
De grande alegrïa,
Pues la vísperä es de San Juan,
En hora temprana
Yo iré á tu ventana,
Que ese dïa serás mi galan.
Se hallaba dormido,
Mas presto vestido,
Para abrirle la puerta, bajó.
Entró la cuitada;
Mujer deshonrada
Pensativa á su casa volvió.

REY. ¡Ofelia encantadora!

OFELIA. ¿De veras? No maldigäis: vöy á concluir.
De tí justo cielo
Reclamo consuelo
Y la Vírgen su amparo me dé.

Causó mi desgracia
Tan sólo tu audacia,
Que inocente de tí me fïé.
Cien veces dijiste,
Y aleve mentiste,—
Que të ibas conmigo á casar.—
Y hubiéralö hecho
Si incauta á mi lecho
No me hubieras venido á buscar.

REY. ¿Cuánto tiempo ha estado así?

OFELIA. Todo será para bien: debemos tener paciencia: pero ¿quién no ha de llorar al ver que lo colocan en la tierra frïa? Se lo diré á mi hermano; muchas gracias por vuestros buenos consejos. ¡Que venga mi coche! Buenas noches, señoras: buenas noches, amigas mïas; buenas noches, buenas noches. (Váse.)

REY. Seguidla, y vigiladla; os lo suplico.
(Váse Horacio.)
De su profunda pena es el veneno
Y fluye por la muerte de su padre.
¡Oh, Gertrúdis, Gertrúdis! Las desdichas,
Cuando llegan, no vienen una á üna
Cual espïas: en huestes se abalanzan.
La muerte de su padre; de tü hijo
La partida, y él solo, responsable
De su destierro justo: el pueblo todo,
Inquieto y murmurando por la muerte
Del infeliz Polonio: en descubierto
Nosotros por su entierro clandestino:
Privada de razon la pobre Ofelia,
Lo que nos hace autómatas ó brutos;
Y en fin, lo que es pëor que todö ello,
Su hermano, que de Francia está de vuelta,
De espanto lleno, entre tinieblas vive:

Ni faltan maliciosos que susurren
En sus öidos frases ponzoñosas
Acerca de la muerte de su padre;
Y la necesidad ha de inducirles,
La verdad ignorando, á que en secreto
Se me acuse quizás. ¡Gertrúdis mïa!
Estö es de disparo de metralla,
Morir herido de diversas muertes.

REINA. ¿Qué ruido es ese?

REY. ¿Donde están mis Suizos?
Las puertas custodiad.

Entra un caballero.

¿Qué es lo que ocurre?

CABAL. Salvaos, señor: no ménos presuroso
Que asalta el mar la playa, á la cabeza
De un tumulto, ha arrollado á vuestra gente
Läertes en su furia impetuosa:
Rey le llama la turba; y cual si fuera
Hoy principio del mundo y despreciando
Lo que pasó, desconociendo el uso,
Páuta y sosten de todo lo que existe,
Exclaman: «Escogemos á Läertes
Por nuestro rey,» y manos y sombreros
Y palabras proclaman á las nubes
«Ha de ser rey Läertes: rey Läertes!»

REINA. ¡Oh cuán gozosos en la falsa pista
Aullando van! La errásteis, falsos perros
Dinamarqueses.

REY. Ceden ya las puertas.

Entra LÄERTES armado. Dinamarqueses le siguen.

LAERT. ¿Dónde está el Rey? Quedad fuera, señores.

DANES. Entremos.

LAERT. Yo os lo ruego.

DANES. Obedecemos. (Se retiran.)

LAERT. Gracias: guardad la puerta.—Rey villano,
¡Dáme á mi padre!
REINA. Calma, buen Läertes.
LAERT. Si hay una sola gota de mi sangre
Que en calma esté, bastardo me proclama,
Difama al padre mïo, y en la pura
Inmaculada frente de mi madre,
El sello vil de prostituta estampa.
REY. ¿Por qué razon, Läertes te presentas
En rebelion con tan gigante forma?—
Por mí no temas, no, Gertrúdis mïa,
Celeste proteccion circunda el trono,
Y á la traicion es sólo permitido
Impotente mirar lo que desëa.—
Dí, Läertes, ¿por qué tan iracundo?—
¡Apártate, Getrúdis!—¡Jóven, habla!
LAERT. ¿Dónde, decid, está mi padre?
REY. Muerto.
REINA. Mas no por él.
REY. Pregunte cuanto quiera.
LAERT. ¿Cómo murió? No admito subterfugios.
¡Lealtad, á los infiernos! ¡Juramentos,
Con Satanás! ¡A los profundos vaya
Mi conciencia, mi suerte! Audaz afronto
Hasta mi salvacion. Tal es mi estado:
Que este mundo ni el otro ya me importan,
Y, ocurra cuanto quiera, sólo ansïo
De mi padre obtener feroz venganza.
REY. ¿Y quién te detendrá?
LAERT. Yo, ningun otro:
Y en cuanto á medios, aunque escasos sëan,
Léjos iré con ellos.
REY. Buen Läertes,
Al inquirir la muerte de tu padre
Que tanto amé, ¿va escrito en tu venganza

Que es tu deber medir con un rasero
Idéntico al amigo, al enemigo,
Al que gana, al que pierde?

LAERT. Busco sólo
Sus enemigos.

REY. ¿Conocerlos quieres?

LAERT. A sus amigos abriré mis brazos:
Sabré, como el pelícano, mi sangre
Darles por alimento.

REY. Por fin hablas
Cual hijo cariñoso y caballero:
Tan clara cual la luz del medio dïa
Es á tus ojos, quedará patente
Á tu razon, que sobre mí no pesa
De tu padre la muerte que deploro.

DINAM. Dejadla entrar. (Dentro.)

Entra OFELIA.

LAERT. Mas ¿qué rumor es ese?
Seca ¡oh calor! mis sesos. ¡Llanto amargo,
La sensacion consume de mis ojos!
Compensaré, lo juro, tu locura
Con peso tal que quedará inclinado
Del lado nuestro el fiel de la balanza.
¡Rosa del mes de Mayo! ¡Amada vírgen!
¡Querida hermana mïa, dulce Ofelia!
¿La inteligencia, ¡oh cielos! de una jóven
Es tan perecedera, cual la vida
Del anciano? El amor, si puro existe,
La parte más preciosa de su esencia
En pos exhala del objeto amado.

OFELIA. Descubierto á enterrar lo llevaron.
¡Ay triste de mí!
Y su tumba con llanto regaron...
Adios, tórtolo mïo.

LAERT. Si tuvieras

Tu razon, y á vengarme me incitaras,
Me conmovieras ménos.

OFELIA. Vamos, canta: la cancion de la rueca: que á compás vá la letra. El infame mayordomo fué quien robó la hija de sü amo.

LAERT. Estas vaguedades son más que discursos.

OFELIA. (A Läertes.) Toma, romero; estö es para tus recuerdos: reza, ama y recuerda: y toma, trinitarias; estö es para tus pensamientos.

LAERT. Discreta hasta en su locura; äuna los pensamientos y los recuerdos.

OFELIA. (Al Rey.) Tomad hinojo para vos y fumaria. (A la Reina.) Y esta ruda para vos: y ésta para mí: ës yerba santa: ¡oh! ös la colocareis de diferente manera que yo. Esta es una margarita: os hubiera cogido violetas, pero se marchitaron cuando murió mi padre: dicen que murió santamente.

El amante pechi-rojo
Es el ave de mi amor.

LAERT. A los pensamientos, á la afliccion, á la pasion, al infierno mismo, imprime el sello de su dulzura y encanto.

OFELIA.
¿No podrá jamás volver?
¿No podrá jamás volver?
No, que cadáver está:
Termine tu vida ya
Que ya no puede volver.
Blanca su barba de nieve,
Blancos sus cabellos son;
Pero ya se fué, se fué;
Mi llanto amargo enjugué.
Que Dios le dé su perdon!

Y á todas las almas cristianas, como yo se lo pido á Dios. Que Dios os guarde. (Váse.)

LAERT.	¿No veis esto, oh Dios mïo?
REY.	Läertes, no me niegues el derecho
	De hablar á tu dolor. Elije al punto
	Tus más fieles amigos: que nos oigan,
	Y que juzguen despues entre nosotros:
	Si, de modo directo ó indirecto,
	Piensan que yo he faltado, el Reino mïo,
	Mi corona, mi vida, cuanto tenga
	Como compensacion he de entregarte;
	Pero, si así no fuese, es necesario
	Que tu adhesion me otorgues: de este modo
	Trabajaré con tu alma de consuno
	Para satisfacerte.
LAERT.	Que así sëa:
	Su modo de morir; su oculto entierro;
	Sin trofëos ni espada; sin escudo
	Su tumba; ningun rito ó ceremonia;
	Esto, como si voz del cielo fuese
	Que lo pide á la tierra, está clamando
	Aclaraciones; y aclararlo es justo.
REY.	Lo aclararás; y la justicia alcance
	A aquel que ha delinquido en este trance.
	Sígueme: yo te ruego.

ESCENA VI.

Otra habitacion en el Castillo.

Entran HORACIO y un crïado.

HORAC.	¿Quiénes son los que quieren hablarme?
CRIADO.	Marineros; dicen que os träen cartas.
HORAC.	Quë entren. (Váse el criado.) No sé quién, de

parte alguna de este mundo, pueda escribirme; como no sëa su alteza Hámlet.

Entran Marineros.

PRIM. MAR. Dios os guarde.

HORAC. Y á vos igualmente.

PRIM. MAR. Así sëa: si os llamais Horacio, como me han dicho, esta carta es para vos: la envïa el embajador que iba á Inglaterra.

HORAC. (Lee.) «Horacio: cuando esto lëas, trata de que estas gentes lleguen al Rey: le llevan cartas. Antes de dos dïas de navegacion, un bajel pirata, de guerrera apariencia, nos dió caza. Viendo que no podíämos hüirle, hicimos de tripas corazon; y en la lucha lo abordé: en ese instante, ambos buques se separaron, y yo solo quedé hecho prisionero. Me han tratado como ladrones misericordiosos; pero sabïan bien lo que se hacïan, pues ähora estoy obligado á servirles. Que reciba el Rey las cartas que le envïo; y ven á verme con la prisa que se tiene en hüir de la muerte. Palabras te diré al öido que te harán enmudecer; pero leves en demasïa comparadas con el ánima de los sucesos que revelan. Esta buena gente te conducirá donde yo me encuentro. Rosencrantz y Guildenstern siguen su vïaje á Inglaterra: mucho tengo que hablarte de ellos. Adiós. Quien es, como sabes, tuyo, Hámlet.» Venid, yo allanaré vuestro camino para entregar las cartas de seguida, con tanta más premura, porque quiero ver á quien os las dió.

ESCENA VII.

Otra habitacion en el Castillo.

Entran el REY y LÄERTES.

REY. Mi absolucion sancione tu conciencia,
Y cual amigo admíteme en tu pecho,
Pues ya has öido con juiciosa calma,
Que el que á tu noble padre ha asesinado
Atentaba á mi vida.

LAERT. Así parece;
Pero, ¿por qué no castigásteis luégo
Al criminal autor de estos desmanes,
Estando, como estábais, impulsado
A ello por la prudencia y vuestra propia
Seguridad á más de otros motivos?

REY. Por dos razones, que quizás tu juzgues
De fuerza escasa, mas que á mí me obligan.
Su madre vive en él; y yo, ya sëa
Por suerte ó por desgracia, de ella tengo
El alma y la existencia tan pendientes,
Que cual el astro invarïable gira
De un centro en torno, en torno de ella giro.
Es lä otra razon que me reträe
De dar publicidad á este suceso,
El grande amor que el pueblo le profesa;
Que en su cariño al sumergir sus faltas,
Cual fuente que la leña petrifica,
En gracias convirtiera sus errores.
Mis flechas, pues, consideré muy leves
Para tan fuerte viento, y me temïa
Que atrás contra mï arco se volvieran,
Sin ir á donde yo las asestaba.

LAERT. Así, pues, he perdido á mi buen padre.

Y delirante está la hermana mïa,
Cuyo valer, ¡oh inútil alabanza!
La envidia fué del universo entero:
¡Tal era de perfecta!—He de vengarme.

REY. No te quite eso el sueño: ni imagines
Que yo soy tan estúpido ó tan blando,
Que pueda consentir que así el peligro
Mese mi barba, y que lo juzgue juego.
Pronto más te diré: yo amé á tu padre
Y te amo á tí: pensar por tanto debes...

Entra un mensajero.

¿Qué ocurre, dí?

MENS. Cartas, señor, de Hámlet
Á Vuestra Majestad: ésta á la Reina.

REY. ¿De Hámlet? ¿Quién las trajo?

MENS. Marineros,
Segun dicen, señor: no los he visto.
Cláudio, que las tomó de quien las trajo,
Á mí me las ha dado.

REY. Tú, Läertes,
Vas á öirlas lëer. Déjanos solos.
(Váse el mensajero.)
(Lëe.) «Alto y poderoso señor: habeis de saber que he desembarcado desnudo en vuestro reino. Mañana pediré permiso para comparecer ante vuestros rëales ojos; y, luégo que os haya pedido la vénia, os manifestaré la razon de mi repentina y extraordinaria vuelta.»
¿Qué es esto? ¿Han vuelto todos, ó es engaño?

LAERT. ¿La letra conoceis?

REY. Es la de Hámlet.
«Desnudo,» dice; y en posdata «solo.»
¿Qué me aconsejas tú?

LAERT. Yo nada alcanzo,

Pero que venga: alivia mi martirio
Pensar que he de vivir para decirle
Ante su mismo rostro «tal has hecho.»

REY. Pues si es así, Läertes, y es preciso
Que así sëa, y no sëa de otro modo,
¿Quieres guiarte por mí?

LAERT. Señor, en tanto
Que nunca me obligueis á hacer las paces.

REY. Contigo las harás. Si vuelve ähora
Huyendo del vïaje, y ya no piensa
Emprenderlo otra vez, he de inducirle
A trance tal, que imaginado tengo,
En que es forzoso que rendido quede.
Ni el más mínimö hálito de culpa
Por su siniestro fin cabrá á ninguno,
Y ha de llamar hasta su propia madre
Casualidad á la ocurrencia.

LAERT. Pronto
Me hallo á seguir vuestro consejo: acaso
Arreglarlo pudiérais de manera
Que á mi brazo cupiese dar el golpe.

REY. Perfectamente. Grandes alabanzas,
En presencia de Hámlet de tí han hecho
Por una habilidad que dicen tienes:
Todas tus cualidades no han podido
Su estímulo excitar, y sólö esa,
Que es la que ménos vale, le dá envidia.

LAERT. ¿Qué cualidad es esa?

REY. Un mero adorno,
Que es útil á los jóvenes no obstante:
No ménos cuadran en los verdes años
Brillantes y ligeras vestimentas,
Que cuadran con la edad y los achaques
Los mantos y las pieles. Há dos meses
De Normandïa vino un caballero:

Jinetes hay en Francia; los he visto;
Pues yo mismo he luchado en contra suya:
¡Pero el galan que cito parecïa
Cosa de encantamento! ¡Qué fijeza!
¡Qué modo de obligar á su caballo!
Al verlo, se creyera que era parte
Del espléndido bruto que montaba.
Llegó á sobrepujar con su destreza
Cuanto jamás imaginado habïa
Que era posible hacer.

LAERT. ¿Era normando?

REY. Normando, sí.

LAERT. Lamond entónces era.

REY. El mismo.

LAERT. Lo conozco íntimamente:
Es la nata y la flor de esa comarca.

REY. Dijo te conocïa; y de tal modo
Ensalzó tus pröezas en el arte
De la propia defensa y tu maestrïa
Singular en el uso de la espada,
Qué exclamó: «¡qué espectáculo tan bello
Fuera verle luchar con su pareja!»
Y aseguró que esgrimidor ninguno
De su päís tendrïa ante tu estoque
Ni vista, ni quietud, ni movimiento.
Pues bien, estos elogios de tal suerte
A Hámlet con la envidia envenenaron,
Que ha ansiado y suplicado que volvieras,
Únicamente por luchar contigo.
Con esto yo...

LAERT. Señor, ¿y qué con esto?

REY. Dime, Läertes ¿á tu padre amabas,
Ó eres tan sólo del dolor la imágen
Sin corazon que sienta?

LAERT. No os alcanzo.

REY. Que amabas á tu padre no lo dudo;
Mas sé por experiencia que, aunque el tiempo
Suele engendrar amor, el tiempo logra
Su fuego apaciguar: es inherente
Del amor á la llama que en su centro
Haya un pábilo ó clavo que la gaste:
Nada en un mismo estado permanece:
La salud excesiva degenera
En plétora, y acaba por sí misma,
Todo aquello que quiero que së haga,
Debe hacerse al instante que lo quiero;
Porque «ese quiero» cambia y se amortigua
Y en relacion precisa se detiene
De las lenguas, las manos, y sucesos
Con que tropieza; y luégo es «el debiera»
El suspiro del pródigo, que punza
Al lanzarse.—Mas, la úlcera toquemos:
Hámlet está de vuelta: tú ¿qué harïas
Para mostrar en hechos, no en palabras,
Que en verdad eres hijo de tu padre?

LAERT. Lo degollara áun en la misma iglesia.

REY. No debe hallar santuario el asesino
Ni barrera ponerse á la venganza.
Pero, Läertes, sigue mi consejo:
Enciérrate en tu cuarto. Cuando venga
Hámlet, haré que sepa que volviste:
Yo le enviaré quien tu destreza alabe,
Para aumentar el brillo de la fama
Que aquel francés te dió: yo, en fin, desëo
Poneros frente á frente y que luchëis:
Aturdido, inocente y confïado,
No verá las espadas; y así es fácil,
Con mediana destreza, que tú escojas
Una que esté con punta; y, en un pase,
De tu padre te vengas.

LAERT. He de hacerlo:
Además untaré el estoque mïo
Con mezcla que he comprado á un saltimbanco;
Tan sutil, que una gota solamente
Puesta en la punta de un acero, basta
Para matar si con la sangre toca;
Y no habrá medicina en este mundo
Para salvar á quien arañe sólo.
Extenderé en la punta ese veneno,
Y, aunque sólo le toque, he de matarlo.

REY. Maduraremos este plan: se deben
Pesar las circunstancias y los medios
Que nos han de cuadrar: si acaso faltan,
Porque, en nuestra torpeza, se trasluzca
El proyecto, más vale no intentarlo:
Así, pues, este plan es conveniente
Que esté ligado á ötro, para asirlo
En caso que el primero fracasara...
¡Calla! vamos á ver. Apostaremos
Con gran solemnidad quién es quien vence...
Ya está:
Cuando os halleis sedientos y cansados,
Para lo cual harás sëa tu ataque
Todo lo más violento, y cuando pida
De beber, una copa preparada
Para el caso tendremos; y una gota
Será bastante á asegurar el logro
Del pretendido fin, en el supuesto
De no herirle tu hierro envenenado.

Entra la REINA.

¿Gertrúdis, qué sucede?

REINA. Desgracias tras desgracias se atropellan
En su marcha veloz: ahogada ha muerto
¡Oh Läertes! tu hermana.

LAERT. ¡Ahogada! ¿Dónde?

REINA. A orillas de un arroyo crece un sáuce
Que copia en el cristal sus blancas hojas:
Llegó allí con fantásticas guirnaldas
De collejas, ortigas, margaritas
Y purpúreas orquides, que abejeras
Llaman nuestras zagalas y distinguen
Con apodo grosero los pastores;
Y al colocar en las pendientes ramas
Sus coronas de yerbas, cruel renuevo,
Al desgajarse, sus troféos y ella
Precipita en la rápida corriente:
Su ropaje, extendido sobre el agua,
La sostuvo algun tiempo, cual sirena
Allí flotando; y en aquel momento
Trozos de antiguas coplas repetïa
Cual si no conociera su peligro,
Ó cual criatura, que nacido hubiese
En aquel elemento: pero pronto,
Mojados sus vestidos, ya le pesan,
Y miéntras canta á la infeliz sumergen,
Su tumba hallando en el inmundo cieno.

LAERT. ¡Ahogada, ay Dios!

REINA. ¡Ahogada, sí, äahogada!

LAERT. ¿A qué aumentar las aguas de ese rïo
Con las lágrimas mïas, pobre Ofelia?
Más, son ineludibles, sin embargo,
Pese á nuestra soberbia: cuando cesen
Terminará mi femenil flaqueza.
Adios, señor, de fuego es el discurso
Que os hiciera, y en llamas cundiria
Si mi llanto pueril no lo apagara. (Váse.)

REY. Tras sus huellas, Gertrúdis, seguiremos.
¡Cuánto tuve que hacer para calmarle!
Temo que nuevamente se enfurezca:
Sigámosle así, pues.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Un cementerio.

Entran dos sepultureros con azadas, etc.

PRIM. S. ¿Y ha de enterrarse en sagrado la que voluntariamente se fué al otro mundo?

SEG. S. Te digo que sí; y, por lo tanto, apresúrate á cavar su sepultura: la justicia ha intervenido decidiendo que se entierre entre cristianos.

PRIM. S. ¿Cómo puede ser eso, á ménos que se ahogara en defensa propia?

SEG. S. Pues así está decidido.

PRIM. S. Yo sostengo que ha sido «se offendendo» y no otra cosa. La cuestion es esta: ähogarse adrede implica un acto, y todö acto se divide en tres partes, que son: hacer, obrar y ejecutar: ergo, se ahogó adrede.

SEG. S. No tal, escuche el señor cavador...

PRIM. S. Permíteme. Aquí está el agua; corriente:

aquí está el sujeto; corriente: si el sujeto á este agua va y se ähoga, que quiera que no quiera va. Ten esto presente; pero si el agua va al sujeto y lo ähoga, entónces no se ähoga á sí mismo: ergo, quien no es culpable de su propia muerte, no ha acortado sus dïas.

SEG. S. Pero, ¿es eso ley?

PRIM. S. Por supuesto; es la ley de la justicia.

SEG. S. ¿Quiéres que te diga la verdad? Si no hubiese sido una señora, la hubieran enterrado fuera de sitio santo.

PRIM. S. Y vaya si es así. Pues no es justo que las gentes de alta clase tengan mejor derecho que los demás cristianos para ahogarse ó ahorcarse. Vamos, venga mi azada. Es la profesion más noble y más antigua la de jardineros, cavadores y sepultureros: usan las herramientas de Adan.

SEG. S. ¿Pero Adan usaba herramientas?

PRIM. S. ¿Eres hereje acaso? ¿Cómo entiendes tú las Sagradas Escrituras? Allí se dice «Adan cavaba.» ¿Podïa cavar sin herramientas? Vaya otro acertijo: si no lo aciertas confiesa que eres un...

SEG. S. Vete al diablo.

PRIM. S. ¿Quién construye con más solidez que el albañil ó el carpintero?

SEG. S. El que hace lä horca; que sobrevive á mil inquilinos.

PRIM. S. Tienes ingenio: te digo francamente que lä horca es buena respuesta; pero, ¿por qué es buena? Porque es buena para el que mal hace: ähora bien; tú haces mal en decir que lä horca es fábrica más sólida que la iglesia: ergo,

quizás lä horca sea buena para tí. Prueba otra vez.

SEG. S. «¿Quién construye con más solidez que el albañil ó el carpintero?»

PRIM. S. Sí, señor, dímelo y quedas zafo.

SEG. S. Allá voy.

PRIM. S. Vamos andando.

SEG. S. Voto vá, no caigo.

Entran HÁMLET y HORACIO, á distancia.

PRIM. S. No te aporrëes más los sesos: no porque lo muelan á palos andará más aprisa el burro flojo: y, cuando otra vez te hagan esa pregunta, contesta «el sepulturero;» pues las casas que construye duran hasta el dïa del juicio. Anda, vé á la taberna, y tráeme un trago. (Váse el segundo sepulturero.) (Cava y canta.)

Al amor quedó rendido
De jóven mi corazon;
Sin embargo, de marido
Nunca tuve vocacion.

HAML. ¿Será que estë hombre no tiene sentimiento alguno de su oficio, cuando canta al cavar una sepultura?

HORAC. La costumbre hä hecho que se connaturalice con esa ocupacion.

HAML. Así ës: la mano ociosa es la que tiene más delicado el tacto.

SEPULT.
Mas la vejez sigilosa
Con su garra me atrapó,
Conduciéndome á la fosa,
Cual si fuese tierra yo.

(Saca una calavera.)

HAML. Lengua tuvo esa calavera, y tal vez pudo cantar. ¡Cómo la arroja al suelo ese tunante, cual si fuese la quijada con que cometió Cäin

el primer asesinato! Quizás sería la cabeza de un estadista; y ähora së halla bajo el imperio de este zopenco; cabeza que tal vez quisiera engañar á Dios mismo, ¿no es cierto?

HORAC. Quizás.

HAML. O la de un cortesano, que sabría decir «¡Buenos días, bondadoso señor mío!» «¿Cómo os hallais, mi querido señor?» Pudiera ser la del conde de tal, que celebraba el caballo del marqués de cual cuando quería que se lo prestasen; ¿no es verdad?

HORAC. Sí, señor.

HAML. Por supuesto: y ähora, pasto de monseñor gusano, sin carne os veis; y os abofetëa la pala del enterrador: ¡cuán grandes revoluciones veríamos aquí si tuviésemos ingenio suficiente para comprenderlas! ¿Tan fácilmente fueron crëados estos huesos, como para servir de juego de bolos? Me duelen los míos sólo al pensarlo.

SEPULT. (Canta.) Una pala, y una azada,
Lienzo que lo ha de envolver,
Y un hoyo como morada
Debe este huésped tener.

(Saca otra calavera.)

HAML. Otra: ¿qué razon hay para que esa calavera no sëa la de un abogado? ¿Adónde están ähora sus sutilezas, sus finas distinciones, sus escritos, sus protocolos y sus trampas? ¿Cómo permite que este villano aporrëe su cabeza con su inmunda azada, y nï habla siquiera de demanda de agravio! Pero quizás fuerä éste en su tiempo un gran comprador de tierras, con sus escrituras, sus seguridades, sus registros, sus garantías y fianzas:

y ¿es ésta la seguridad de sus seguridades; la garantïa de sus garantías; que venga á ocupar finísimo barro el hueco que ocupaban sus finísimos sesos? Sus fïanzas sólo le afïanzan un pedazo de tierra, que podrïan cubrir dos de sus escrituras. Los títulos de sus propiedades no cabrïan donde él cupo; pero no por eso alcanzará más su sucesor. ¿No es cierto?

HORAC. Ni un punto más.

HAML. ¿Los pergaminos no se hacen de piel de carnero?

HORAC. Sí, señor y de piel de ternero tambien.

HAML. ¡Terneros y carneros son, pues, los que de ellos hacen aprecio! Voy á hablar á estë hombre. Oye, tú, ¿de quién es esa fosa?

SEPULT. Mïa. (Canta.)

Y un hoyo como morada
Debe este huésped tener.

HAML. Dirás que es tuya porque ähora ähí vives.

SEPULT. Y como vos no vivís aquí, claro es que no es vuestra: yo, sin embargo, vivo aquí.

HAML. Pues está mal que digas que ähí vives, miéntras vivas: esa morada es de muertos; no de vivos, y por lo tanto, mientes.

SEPULT. Como es mentira viviente, se va otra vez con vos.

HAML. ¿Para qué hombre la cavas?

SEPULT. No es para ningun hombre.

HAML. Corriente: ¿para qué mujer?

SEPULT. Tampoco es para ninguna mujer.

HAML. ¿Á quien van á enterrar?

SEPULT. Á üna que era mujer, pero murió; descanse en paz su alma.

HAML. ¡Qué escrupuloso es este tunante! Tenemos que hablarle con compás: cualquier ambigüe-

dad nos pierde. Por mi vida, Horacio, lo vengo observando durante estos tres últimos años: nuestro siglo se vá afinando de tal modo, que ya la planta del villano se acerca lo bastante para desollar los talones del señor.— ¿Cuánto tiempo hace que eres sepulturero?

SEPULT. Desde una época célebre: desde el dïa en que nuestro último Rey Hámlet venció á Fortinbrás.

HAML. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

SEPULT. ¿No lo sabeis? No hay tonto que no lo sepa: fué el dïa mismo en que nació el jóven Hámlet; el que está loco y han envïado á Inglaterra.

HAML. ¡Vaya! y ¿porqué lo han envïado á Inglaterra?

SEPULT. ¿Por qué? Porque estaba loco: allí recobrará la razon; y, si no, eso allí importa poco.

HAML. ¿Por qué?

SEPULT. No lo echarán de ver; todos allí están tan locos como él.

HAML. ¿Y cómo fué volverse loco?

SEPULT. De un modo raro, dicen.

HAML. ¿Cómo raro?

SEPULT. Sí, señor, perdiendo el juicio.

HAML. ¿Y sobre qué?

SEPULT. Sobre Dinamarca. He sido, entre mozo y hombre, enterrador treinta años.

HAML. ¿Cuánto tiempo yace un hombre bajo tierra sin corromperse?

SEPULT. Si no está podrido ántes de morir (y hoy dïa enterramos á muchos que apénas aguantan el que se les eche en la fosa) durará unos ocho ó nueve años: un curtidor os durará nueve años.

HAML. ¿Por qué más quë otro?

SEPULT. Porque, á causa de su oficio, su piel está tan curtida que el agua no la ataca en mucho tiempo; y el agua, caballero, es el gran destructor de estos trastos de cuerpos muertos. Aquí teneis esta calavera: esta calavera ha estado en la tierra hace veinte y tres años.

HAML. ¿De quién es?

SEPULT. ¡De un hi de tal más loco! ¿De quién creereis quë era?

HAML. No lo sé.

SEPULT. Mal tabardillo en él; ¡y qué trühan era! Una vez me bautizó con un jarro de vino del Rhin. Esta calavera, caballero, es la calavera de Yorick, el bufon del Rey.

HAML. ¿Esta?

SEPULT. Esta misma.

HAML. Déjame verla. (Coge la calavera.) ¡Ah, pobre Yorick! Lo conocí, Horacio. Era extremadamente gracioso y tenïa fecunda imaginacion: mil veces me llevó á cuestas, y ähora me horroriza y repugna. De aquí pendïan aquellos labios que tantas veces besé. ¿Qué se hicieron tus bromas, tus cabrïolas, tus canciones, tus chistosas salidas que hacïan desternillar de risa á los circunstantes? ¿Ni una siquiera, ni áun para burlarte de tu propio gesto? ¿Estás del todo alicäido? Anda, vé al tocador de la señora, y dile que, aunque se ponga una mano de pintura de un dedo de espesor, en esto vendrá á parar. Hazla rëir con eso. Horacio, contéstame á lo que te vöy á preguntar, te lo suplico.

HORAC. ¿Á qué, señor?

HAML. ¿Crëes que Alejandro ha tenido jamás esta traza?

HORAC. Por supuesto.

HAML. ¿Y que ha olido así? ¡Puf!

(Coloca en el suelo la calavera.)

HORAC. Sí, señor.

HAML. ¡A qué viles usos podemos descender, Horacio! ¿Por qué no ha de poder la imaginacion seguir la pista al noble polvo de Alejandro, hasta encontrarlo sirviendo de tapon á un barril de cerveza?

HORAC. Investigacion demasiado minuciosa serïa.

HAML. No tal, nada de eso: no hay más que seguirla modestamente, y es probable que á ëso vayamos á parar. Verbi gracia: Alejandro murió; Alejandro fué enterrado; Alejandro se convirtió en polvo; el polvo es tierra; la tierra es barro, y ¿por qué con ese barro en que se ha convertido no ha de poderse tapar un barril de cerveza?
Muerto el gran César, puede, barro inmundo,
Por ventura enlucir muro grietado,
¡Oh! que la tierra admiracion del mundo
Llene un hueco al burlar el cierzo helado!

Entran sacerdotes en procesion; el cadáver de OFELIA; LÄERTES y los dolientes lo siguen; el REY, la REINA y acompañamiento.

Mas ¡silencio! ¡Silencio! Á retirarnos,
Que el Rey llega y la Reina con su corte.
¿Quién con ceremonial tan incompleto
Es el que siguen? Tan escasa pompa
Proclama que el difunto á su existencia
Término puso con violenta mano.
Y era, sin duda, de elevada clase.

Quedemos aquí ocultos, y observemos.
(Retirándose con Horacio.)

LAERT. ¿Qué ceremonia falta?

HAML. Atento escucha,
Ese es Läertes, excelente jóven.

LAERT. ¿Qué ceremonia falta?

SACERD. En sus exequias
Nos hemos extendido hasta el extremo
Que nos es permitido: era dudoso
Su modo de morir, y, si no fuera
Por altas influencias más potentes
Que nuestras reglas mismas, se enterrara
Fuera de sitio santo, donde hubiera
Hasta el juicio final permanecido.
En lugar de piadosas oraciones,
Tiestos, guijos y piedras en su tumba
Se hubieran arrojado; mas que lleve
Su virginal corona se tolera,
Que se le arrojen flores, y áun que doblen:
Y el entierro....

LAERT. Qué, ¿nada más së hace?

SACERD. No más: profanaríämos el rito
Si un responso cantásemos ó un réquiem
Á la difunta, como hacer debemos
Con las almas que en santa paz acaban.

LAERT. Colocadla en la tierra; ¡de su hermoso
Y puro cuerpo brotarán violetas!
Y á tí te digo, sacerdote adusto,
Que mi hermana en el cielo será un ángel
Miéntras tú estés bramando en los infiernos.

HAML. ¡Ofelia! ¿Cómo?

REINA. ¡Con la flor las flores!
(Arroja flores en la sepultura.)
De mi Hámlet pensé que esposa fueras,
Y tu lecho nupcial, preciosa vírgen,

Ansiaba decorar, no tu sepulcro.
LAERT. ¡Oh maldicion! ¡Oh! ¡maldicion mil veces
Sobre aquel, cuyo golpe despiadado
Te privó de tu clara inteligencia!
Cesad de arrojar tierra: permitidme
Que la estreche otra vez entre mis brazos!
(Salta á la sepultura.)
Sobre muertos y vivos echad tierra;
Y que este llano se convierta en monte
Más alto que el Pelion ó que el cerúleo
Olimpo gigantesco!
HAML. ¿Quién es ese
Que con énfasis tal su duelo expresa?
Cuyas dolientes frases conjurando
Las estrellas están, que detenidas
En su carrera atónitas lo escuchan?
Aquí el dinamarqués Hámlet se encuentra.
(Salta á la sepultura.)
LAERT. ¡Tü alma sëa maldita!
HAML. ¡No rezas como debes! Te suplico
Que apartes ya tus dedos de mi cuello,
Que, aunque no tengo hiel, ni tengö ira,
Algo tengo yo en mí que es peligroso
Y que debe imponer á tu prudencia.
Quita de mí esas manos.
REY. Separadlos.
REINA. ¡Hámlet, querido Hámlet!
TODOS. ¡Caballeros!
HORAC. ¡Por Dios, señor, templanza!
(Los servidores los separan y salen de la sepultura.)
HAML. ¡Pues con él lucharé sobre este tema,
Miéntras la luz penetre en mis pupilas!
REINA. Hijo: ¿qué tema, dí?
HAML. Yo á Ofelia amaba:
Cuarenta mil hermanos no pudieran

Con todo su cariño dar la suma
De mi amor.—¿Tú por ella, dí, que harïas?

REY. Está loco, Läertes.

REINA. Por Dios Santo.
Ten tolerancia.

HAML. Vive Dios, ¿qué harïas?
¿Llloráras? ¿Pelëáras? ¿Ayunáras?
¿Te harás pedazos? ¿Beberás vinagre?
¿Ó comerás, cual yo, de un cocodrilo?
¿Á pujar aquí vienes? ¿Á insultarme
Metiéndote en su fosa? ¡Pues con ella
Queda enterrado vivo cuál yo quedo!
Y, pues de montes hablas, que recubran
Nuestros cuerpos fanegas á millones,
Hasta que queme en la region ignëa
Su cresta el llano, y excrecencia sólo
Parezca el Osa! ¿Hablar tan sólo quieres?
¡Pues voces he de dar á la par tuya!

REINA. Demencia sólö es; así en él obra
Momentos nada más su paroxismo:
Despues, como la tórtola paciente
Al descubrirse su dorada crïa,
Quedará silencioso y abatido.

HAML. Öidme, caballero. ¿Qué razones
Teneis para tratarme de tal modo?
Siempre os quise; mas eso nada importa;
¿Cómo evitar, aunque á Hércules no cuadre,
Que maye el gato ni que el can le ladre? (*Váse.*)

REY. Te ruego, Horacio, yo que con él vayas.
(*Váse Horacio.*)
(*A Läertes.*) Fortifica, Läertes, tu paciencia
Con lo que anoche dije: arreglaremos
Para estas circunstancias el asunto.
Gertrúdis, que vigilen á tü hijo.
Un monumento cubrirá esta tumba.

En breve han de cesar males presentes;
(A Laërtes.)
Hasta entónces, mostrémonos pacientes.
(Vánse.)

ESCENA II.

Un salon en el Castillo.

Entran HÁMLET y HORACIO.

HAML. Pues bien: oirás ähora lo que sigue:
¿Recuerdas tú las circunstancias todas?
HORAC. ¡Recordarlas, señor!
HAML. Dentro del pecho
Una especie de lucha sostenïa
Que me quitaba el sueño; cual rebelde
Marinero en el cepo me encontraba.
Audaz,—y bendecir la audacia quiero,
Porque el atrevimiento en ocasiones
Sirve mejor que los discretos planes,
Lo que debe enseñarnos que nos guïa
Una deidad á nuestro fin prescrito
Aunque lo desbastemos cual queramos.
HORAC. ¡Cuán ciertö es!
HAML. Del camarote subo,
En mi capote de marino envuelto:
Entre la oscuridad los busco á tientas,
Y logro mi propósito: el paquete
Encuentro y á mi cámara retorno.
Mis temores olvidan cumplimientos;
Y el sello de esa cédula, atrevido
Rompí, y en ella pude ver, Horacio,—

¡Oh truhanada de Rey!—entremezclada
Con copia de argumentos y razones,
Para probar que á la salud conviene
De Dinamarca y de Inglaterra misma,
Y muchos aspavientos y zozobras
Por cuenta mïa, órden terminante
Para que luégo, sin tardanza alguna,
Sin esperar á que se afile el hacha
Del verdugo, me corten la cabeza.

HORAC. ¿Es posible?

HAML. Aquí está; leeráslo luégo.
Pero ¿quieres saber lo que yö hice?

HORAC. Os lo ruego.

HAML. Cercado así de infamias,
Aun ántes que pensara en el prefacio,
Principiaron mis sesos la comedia:
Sentéme; y, nueva carta imaginando,
Con pulso la escribí. Pensé en un tiempo,
Como nuestros políticos, indigno
Escribir claro; y lo posiblë hice
Para olvidar la letra que tenïa;
Pero al fin me ha servido grandemente.
Lo que escribí querrás saber ähora.

HORAC. Sí tal, señor.

HAML. Con ardoroso empeño
El Rey al de Inglaterra suplicaba,
Que, así cual tributaria fiel lë era,
Que, así el amor entre ellos floreciese
Cuál la palma; y así por todo tiempo
Su corona de espigas ostentase
En su frente la paz, como que enlaza
Recíproca amistad; con otros muchos
Asís, repletos de importancia suma;
Al llegar esa cédula á sus manos,
Sin debate, sin más explicaciones,

Á los dos emisarios que el escrito
Llevaban, muerte en el instante diese,
Y ni la confesion les permitiera.

HORAC. Y ¿qué sello pusísteis?

HAML. Hasta en eso
Fué el cielo previsor, porque llevaba
En mi bolsillo el sello de mi padre
En todo igual al sello de ese escrito.
Doblando el documento de igual modo,
Lo suscribí; sellélo, y colocado
En vez del otro, nada conocieron,—
Ahöra bien, en el siguiente dïa
Ocurrió el abordaje; y tú ya sabes
Lo que pasó despues.

HORAC. Por lo que escucho,
Fin Rosencrantz y Guildenstern lograron.

HAML. Admitieron gustosos el emplëo:
No debe remorderme la conciencia:
Son de su propia perdicion la causa.
Cuando dos fuertes enemigos luchan
Es peligroso que intervenga el débil
Entre sus recios y sangrientos golpes.

HORAC. ¡Qué Rey, qué Rey es éste!

HAML. Dí, ¿no piensas,
Ponte tú en mi lugar, que al que ha matado
Á mi padre, á mi madre ha seducido,
Que entre mis esperanzas se interpuso
Y usurpó mis derechos, y vilmente
Echó su anzuelo en busca de mi vida,
Debïa yo, tranquilo en mi conciencia,
Su merecido dar con este brazo?
Y ¿no es buscar la maldicion del cielo,
Permitir que este humano cáncer siga
Causando más estragos?

HORAC. De Inglaterra

Pronto tendrá noticias que publiquen
Cuál el éxito ha sido del asunto.

HAML. En breve: pero el ínterin es mïo,
Y la vida de un hombre es de un instante.
Lo que lamento, mi querido Horacio,
Es recordar cómo falté á Läertes,
Pues en la imágen de mi causa vëo
Reflejarse la suya. He de buscarlo,
Porque con él reconciliarme ansïo:
La extremidad de su dolor me puso
Fuera de mí.

HORAC. ¡Silencio! ¿Quién se acerca?

Entra OSRIC.

OSRIC. Sëa vuestra alteza muy bien venido á Dinamarca.

HAML. Mil gracias, señor mïo. ¿Conoces á este abejorro?

HORAC. No, señor.

HAML. Tanto mejor para tí: oprobio es conocerlo. Es señor de muchas y fértiles tierras: y, como animal, dueño de muchos animales, tiene su pesebre en la mesa del Rey. Es una corneja; pero, como digo, gran cosechero de estiércol.

OSRIC. Mi querido señor! si vuestra alteza tuviese la dignacion de öirme, le trasmitirïa un mensaje de parte de Su Majestad.

HAML. Lo recibiré, señor mïo, con toda diligencia dë ánimo.—Que sirva vuestro sombrero para el uso á que está destinado. Es para la cabeza.

OSRIC. Se lo agradezco á vuestra alteza: hace mucho calor.

HAML. No tal, crëedme; hace mucho frïo; el viento sopla del Norte.

OSRIC. Es cierto: hace un frïo muy regular.

HAML. Y, sin embargo, siento el aire caluroso y opresivo para mi complexion.

OSRIC. En efecto, señor: el aire está muy opresivo... como si dijerámos... no sé por qué causa.— Alteza, Su Majestad me ha encargado os significara que ha hecho una gran apuesta en vuestro favor. El asunto, señor, es este.

HAML. Os suplico que... (Haciendo ademanes para que se cubra.)

OSRIC. No, mi querido señor: es por conveniencia: con toda verdad lo aseguro á vuestra alteza. — Señor, acaba de llegar á la corte Läertes, que es, créälo vuestra alteza, un cumplidísimo caballero: las más relevantes prendas le adornan; es su trato exquisito; y en extremo lucido. En verdad, que para hablar de él como se merece, debe apellidársele la flor y la nata de la gentileza; porque en él se äunan cuantas dotes son de deseär en un caballero.

HAML. Señor mïo, no estropëais por cierto su definicion; pero tengo la certeza de que se confundirïa nuestra aritmética mental queriéndolo inventariar detalladamente; y quedaríämos á pröa de buque de tan buena marcha. Pero, dentro de la verdad de la hipérbole, lo considero ser de raro mérito y la reunion en él de prendas tan raras y extraordinarias, hacen, hablando de él como se merece, que su semejanza se halle sólo en su espejo: porque ¿quién lo puede alcanzar? su sombra, nada más.

ORISC. Vuestra alteza habla dë él de una manera enteramente infalible.

HAML. Á propósito, señor mïo, ¿por qué se entre-

mezcla el nombre de este caballero con nuestros recíprocos alientos?

ORISC. Señor?

HORAC. ¿No es posible entenderse en lengua cristiana? Lo podíäis hacer desde luégo.

HAML. ¿A qué viene nombrar á este caballero?

ORISC. ¿A Läertes?

HORAC. Se le vaciaron los bolsillos: ya gastó sus palabritas de oro.

HAML. Sí, señor.

OSRIC. Sé que no ignorais...

HAML. Me alegra que lo sepais; pero, francamente, aunque no lo supiérais, vuestra opinion no me habïa de aprovechar gran cosa. — ¿Conque..?

OSRIC. No ignorais cuán perfecto es Läertes...

HAML. No me atrevo á confesar tanto, no me fuera á comparar con él en perfeccion; porque conocer bien á un hombre, es conocerse uno á sí propio.

OSRIC. Quiero decir; cuán perfecto es en el arte de la esgrima. Segun la voz de la fama, no tiene rival.

HAML. ¿Qué arma es la suya?

OSRIC. Daga y espada.

HAML. Esas son dos armas: pero vamos.

OSRIC. Señor, el Rey ha apostado con él seis caballos de Berberïa; contra los cuales él, segun entiendo, ha parado seis espadas y seis dagas francesas, con sus correspondientes accesorios; como cinturones, tahalïes, y demás: tres de estos colgantes son de exquisito gusto y corresponden con las empuñaduras: son colgantes preciosísimos y extremadamente lujosos.

HAML. ¿Qué entendeis por colgantes?

HORAC. Ya sabïa yo que harïan falta notas marginales ántes que acabáramos.

OSRIC. Los colgantes son los tahalïes.

HAML. La frase estarïa mejor aplicada si pendieran en vez de suspender; miéntras tanto, mejor será que los llameis tahalïes. Pero vamos á ver: seis caballos de Berbería contra seis espadas francesas con sus correspondientes accesorios y tres colgantes lujosísimos: estä es la apuesta del Francés contra el Dinamarqués. ¿Y por qué se ha paradö esto, como vos decís?

OSRIC. El Rey ha apostado que en doce golpes, él no os ha de llevar de ventaja más de tres. Es decir, que por doce suyas, vos dareis nueve estocadas, y se ha de ver desde luégo, si vuestra alteza accede á darme respuesta.

HAML. ¿Y si mi respuesta es, no?

OSRIC. Quiero decir, si vuestra alteza accede á poner su persona á prueba.

HAML. Señor mïo, pasearé aquí en la galerïa: si Su Majestad gusta, cualquier hora es buena para mí. Que traigan las espadas, que si el caballero lo desëa y el Rey sostiene su apuesta, haré cuanto pueda por ganar; y si no lo consigo, sólo ganaré mi humillacion y las estocadas de nones.

OSRIC. ¿Me permitís, señor, que os exponga de esta manera?

HAML. A este efecto con cuantos adornos os sugiriere vuestra naturaleza.

OSRIC. Me recomiendo, señor, á vuestra consideracion.

HAML. Todo vuestro, todo vuestro. (Váse Osric.) Hace

bien en recomendarse; no habrá otra lengua que lo haga por él.

HORAC. Este ave frïa së echa á volar llevándose el cascaron en la cabeza.

HAML. Sin embargo, tantëa la teta ántes de mamar. Este (como muchos de la misma crïa que conozco, y á quienes la inmunda sociedad adula) posëe únicamente el compás de lä época en que vive y los exteriores hábitos de la política. Son estas gentes una especie de espuma que traspasa las más sanas y mejor cimentadas opiniones; pero, ¡ay dë ellas si se les pone á prueba y se les sopla! la espuma se desvanece.

Entra un señor.

SEÑOR. Señor, el jóven Osric, que os ha visto de parte de Su Majestad, ha manifestado que estábais esperando en este salon. Su Majestad desëa saber si estais dispuesto á luchar con Läertes, ó si quereis tomaros más tiempo.

HAML. No varïo de propósitos: estoy á la disposicion del Rey. Si está pronto, yo tambien lo estoy; ähora ó en cualquier tiempo, con tal que me halle tan dispuesto como en este momento.

SEÑOR. El Rey, la Reina, todos vienen.

HAML. Que vengan en buen hora.

SEÑOR. La Reina desëa que hagais alguna demostracion de afecto hácia Läertes ántes de dar comienzo al asalto.

HAML. Dice muy bien. (Váse el Señor.)

HORAC. Señor, vais á perder la apuesta.

HAML. No lo crëo: desde que se marchó á Francia, me he ejercitado sin descanso. Ganaré con la ventaja que llevo. No puedes imaginarte, sin

embargo, que mal me siento hácia aquí; hácia el corazon; pero no importa.

HORAC. ¿Cómo no, señor?

HAML. Es una tonteria. Pero especie de presentimiento que quizás turbara á una mujer.

HORAC. Si algo recela vuesträ alma, obedeced su impulso: yo haré de manera que no vengan: diré que os sentís indispuesto.

HAML. De ningun modo: ¡no crëo en agüeros! Una providencia especial interviene hasta en la cäida de un pajarillo. ¡Si ha de ser ähora; no será luégo: si no ha de ser luego, será ähora; si no es ähora será más tarde! Lo que conviene es estar pronto; y, puesto que nadie sabe qué es lo que deja ¿qué importa dejarlo á tiempo?

Entran el REY, la REINA, LÄERTES, OSRIC, señores y servidores, con espadas, etc.

REY. Vén, Hámlet, ven, de mí toma esta mano.

(El Rey une las manos de Hámlet y Läertes.)

HAML. Perdonadme, señor: os he ofendido;
Mas perdonadme vos, cual caballero.
Los que aquí están presentes
Saben, y vos sabeis sin duda alguna,
Cuán dolorosa excitacion me agita.
Si vuestros sentimientos he ultrajado,
O herido vuestro honor ó vuestro orgullo,
Que fué demencia al despertar confieso.
¿Fué Hámlet, pues, quien ofendió á Läertes?
No fué Hámlet: si fuera de sí Hámlet,
No siendo el mismo sér, hiciere ofensa
Á Läertes, no es Hámlet quien le ultraja;
Hámlet lo niega. Y ¿quién lo ultraja entónces?
Es su demencia: y vése, de este modo,
Que entre los ultrajados está Hámlet;

Porque del pobre Hámlet, enemiga
Es su propia locura. Aquí, ante todos,
Proclamaré que mi intencion no ha sido
Ofenderos; y espero que me absuelva
Vuestra alma generosa, y considere
Que disparé una flecha que, en mi casa,
Vino á herir á mi hermano.

LAERT. Satisfecho
Mi pecho está, que es lo que más debïa
Incitar mi venganza: en lo que atañe
Á mi honor, sin embargo, me reservo:
Reconciliarme no es posible ähora:
Personas más juiciosas y sin tacha
Deben aconsejarme de qué modo
Las paces se han de hacer, para que quede
Ileso el nombre mïo. Yo hasta entónces
Esa amistad que me ofreceis acepto,
Y á ella no faltaré.

HAML. Cuál yo la brindo;
Y con franqueza fraternal ähora
Debatiré esta apuesta. ¡Las espadas!
Vamos, pues.

LAERT. Vamos, pues: dadme á mí üna.

HAML. Läertes, tu blanco soy: con mi impericia
Tu habilidad ha de lucir, cuál luce
Brillante estrella en noche tenebrosa.

LAERT. De mí os burlais.

HAML. No tal, por esta mano.

REY. Osric, dá las espadas. ¡Ya tu sabes,
Hámlet, qué apuestä es?

HAML. Perfectamente:
Por el más débil apostais sin duda.

REY. Nada temo: tirar á ámbos he visto;
Mas, como debe ser hoy más mäestro,
Dénos esta ventaja.

LAERT. Muy pesada
Es ésta; permitid que pruebe otra.
HAML. Esta me gusta. ¿Son del mismo largo
Todas estas espadas? (Se ponen en guardia.)
OSRIC. Por supuesto.
REY. Sobre esa mesa colocad las copas.
Si es el golpe primero ó el segundo
De Hámlet, ó dá un quite en el tercero,
De las murallas los cañones truenen;
Que el Rey ha de brindar por que de Hámlet
Se aumente luégo el ardoroso brïo;
Y en la copa echará más grande perla
Que en la corona real de Dinamarca
Los cuatro reyes últimos usaron.
Dadme las copas; que el tambor anuncie
Al clarin, el clarin al guardia fuera,
El cañon á los cielos, y los cielos
Á la tierra que el Rey bebe por Hámlet.—
Principiad: jueces, concentrad la vista.
HAML. Vamos.
LAERT. Vamos, señor.
HAML. ¡Una!
LAERT. ¡No!
HAML. ¡Jueces!
OSRIC. Estocada evidente.
LAERT. Bien: sigamos.
REY. Parad; echadme vino. Tuya es, Hámlet,
La perla: á tu salud.—Dadle la copa.
(Clarines y cañonazos fuera.)
HAML. Beberé luégo: acabaré el ataque.
Vamos; otra estocada.—Tú, ¿qué dices?
LAERT. Estocada, estocada, lo confieso.
REY. Ganará nueströ hijo.
REINA. Ya te falta
El aliento. Ven, Hámlet, y tu frente

Seca con mi pañuelo: á tu fortuna
Tambien la Reina beberá.

HAML. ¡Señora!

REY. No bebas tú, Gertrúdis.

REINA. Permitidme,
Quiero beber, señor. (Bebe.)

REY. (Aparte.) La copä era
Que envenené. ¡Ya es demasiado tarde!

HAML. A beber no me atrevo todavïa: (A la Reina.)
Despues.

REINA. Ven, deja que el sudor te enjugue.

LAERT. Señor, ahora he de darle.

REY. ¡No lo crëo!

LAERT. (Aparte.) Lucho con mi conciencia, sin embargo.

HAML. Vamos, Läertes, ven por la tercera:
Te chancëas; te ruego que me ataques
Con violencia; sospecho que te burlas.

LAERT. No tal; vamos.

OSRIC. No cuenta, á ningun lado.

LAERT. ¡Ahora sí! (Hiere á Hámlet.)

(Hámlet al sentirse herido arrebata á Läertes su espada y con ella lo hiere.)

REY. Separadlos, se enfurecen.

HAML. No: sigamos. (La Reina cäe.)

OSRIC. ¡La Reina! ¡Ved qué ocurre!

HORAC. ¡Heridos ambos! Mi señor, ¿qué es esto?

OSRIC. Läertes, ¿qué es esto?

LAERT. Nada, Osric; më hallo
Entre las redes que tendí prendido,
Y debo á mi traicion mi justa muerte.

HAML. ¿Qué le pasa á la Reina?

REY. Se desmaya
Al verlos perder sangre.

REINA. No, no es eso;
Es la bebida, la bebida sólo.

¡Ay, mi querido Hámlet! ¡La bebida!
¡La bebida! Yo muero envenenada. (Muere.)

HAML. ¡Oh, infamia vil! ¡Cerrad las puertas! ¡Hola!
¡Traicion! ¡Yo la he de hallar!

LAERT. Aquí la tienes,
Hámlet: Hámlet, estás de muerte herido,
No hay medicina que salvarte pueda:
Ni mediä hora tienes ya de vida;
Se halla en tus manos el acero infame
Con punta, envenenado: mi vileza
Contra mí se volvió; jamás del suelo
Ya me alzaré: tu madre envenenada
Ha muerto. El Rey, el Rey es el culpable.

HAML. ¡Con punta! ¡Envenenado! Pues entónces,
¡Veneno, á trabajar! (Hiere al Rey.)

TODOS. ¡Traicion! ¡traicion!

REY. Herido sólo estoy, favor, ¡oh amigos!

HAML. Tu pócima, asesino incestüoso,
(Le hace beber de la copa.)
Maldito, vil Dinamarqués, apura.
¿Esta tu perlä, es? Sigue á mi madre.
(El Rey muere.)

LAERT. Su fin es justo. Preparó el veneno.
Recíproco perdon, querido Hámlet,
Nos concedamos: sobre tí no caiga
La muerte de mi padre ni la mïa;
Ni sobre mí la tuya. (Muere.)

HAML. ¡Que el cielo te perdone! Ya te sigo.
Yo muero, Horacio.—¡Adiós, Reina infelice!
Y á vosotros que pálidos y mudos
Temblando veis tan espantosa escena,
Si el tiempo me alcanzara... (mas, severos
Los plazos son de ese cruel ministro,
La muerte) ¡cuánto relatar podrïa!
¡Sëa! Desfallecer me siento, Horacio;

Tú vivirás; y narrarás mi historia
A quienes de mí duden.

HORAC. No por cierto:
Más que dinamarqués yo soy romano.
Aquí licor aún queda.

HAML. Si eres hombre,
Dame esa copa: suelta: por el cielo
La has de soltar. ¡Oh, mi querido Horacio,
Cuán oprobioso nombre fuera el mïo,
Si ocultos tantos crímenes quedáran!
Si en el fondo del pecho atesoraste
En algun tiempo mi amistad, evita
Esa ventura que apeteces: vive:
Llora algun tiempo en este amargo mundo
Para narrar mi verdadera historia.
(Marcha lejana y cañonazos.)
¿Qué significa ese marcial estruendo?

OSRIC. El jóven Fortinbrás triunfante vuelve
Ya de Polonia, y su cañon saluda
A los embajadores de Inglaterra.

HAML. Yo muero, Horacio: la fatal ponzoña
Ya mi espíritu embarga: y ya no puedo
Escuchar de Inglaterra las noticias;
Mas profetizo que será nombrado
Rey Fortinbrás: mi voto moribundo
Es parä él. Anúncialo y refiere
De estos sucesos los detalles todos.
A mí me resta ya sólo el silencio. (Muere.)

HORAC. ¡Cuán generoso corazon estalla!
¡Príncipe amado, adiós! ¡Que á tu descanso,
Los ángeles cantando te acompañen! —
¿Por qué el tambor se acerca hasta este sitio?
(Marcha dentro.)

Entran FORTINBRÁS, Embajadores de Inglaterra y otros.

FORT. ¿En dóndë es?

HORAC. ¿Qué es lo que ver ansiäis?
Si es escena de horrores y de espanto,
Permaneced aquí.

FORT. ¡Matanza horrenda!
Soberbia muerte ¿qué festin preparas
En tu eternal mansion, que, furibunda,
De un solo golpe aquí sangrienta postras
Tantas ilustres víctimas?

EMBAJ. ¡Horrible
Espectáculö es! y llegan tarde
Las nuevas de Inglaterra, pues no pueden
Öir esos öidos de nosotros
Que cumplidas sus órdenes quedaron,
Y Rosencrantz y Guildenstern murieron:
¿Quién nos dará las gracias?

HORAC. No su boca
Aunque vivo estuviera: tales muertes
El no ordenó jamás. Pero supuesto
Que en tan sangriento instante habeis llegado,
De la guerra Polaca vos, vosotros
De Inglaterra, ordenad que se coloquen
En negro catafalco los difuntos,
Y se expongan del público á la vista.
Yo he de decir al mundo, que lo ignora,
Cuanto ha ocurrido: escuchareis vosotros
La narracion de infamias, de sangrientos
Actos contra natura, de casuales
Juicios y accidentales homicidios,
De muertes con astucia proyectadas,
De planes que frustrar quiso la suerte,
Recayendo el castigo, que era justo,
En sus propios autores: todö esto
Debo explicar.

FORT. Al punto hemos de öirlo,
Y que vengan los nobles á escucharos.

En cuanto á mí, con pena á mi fortuna
Los brazos abro; tengo hácia este Reino
Históricos derechos, que mi suerte
Me impulsa á reclamar en tal instante.

HORAC. De eso tambien hablar me corresponde
Y publicar su consignado voto,
Que otros despues arrastrará consigo.
Mas haced lo que he dicho sin tardanza,
Que agitado se encuentra el pueblo entero;
No ocurran más desgracias, más horrores.

FORT. Como á guerrero, cuatro capitanes,
Á Hámlet llevarán al catafalco.
¡Hubiera sido, si reinado hubiera
Un excelente rey! Que le acompañe
La música marcial: guerreros ritos
En su honor se efectüen. Estos cuerpos
Llevaos de aquí, que semejante escena
Es más propia de un campo de batalla:
Ordenad que descarguen los soldados.

(Marcha fúnebre. Vánse llevando los cadáveres: despues se oyen disparos.)

